URSULA K. LE GUIN

PLANETA DE EXILIO

SUPER FICCIÓN

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

En el planeta Eltanin, una colonia de terráqueos de la Liga Planetaria está al borde de la extinción debido a las duras condiciones de vida del planeta y a una amenaza inesperada. No tienen otros vecinos que los nómadas primitivos, que, aunque temen a los terrestres, se instalan en las cercanías de la colonia durante los crueles inviernos que duran quince años. En el invierno que se avecina, un riesto hasta ahora desconocido se cierne sobre todos ellos. Las hordas bárbaras del norte, los criminales espectros de la nieve, se acercan a la colonia, y si los terrestres no se unen a los nómadas, superando seis siglos de desconfianzas, éste puede ser el último invierno para todos ellos.

- Ursula K. Le Guin
  - 1. Un poco de oscuridad
  - 2. En la tienda roja
  - 3. El verdadero nombre del Sol
  - 4. Los jóvenes altos
  - 5. Crepúsculo en los bosques
  - 6. Nieve
  - 7. La Marcha hacia el Sur
  - 8. En la Ciudad Extraña
  - 9. Las guerrillas
  - 10. El viejo jefe
  - 11. El asedio de la ciudad
  - 12. El asedio de la Plaza
  - 13. El último día
  - 14. El primer día

Ursula K. Le Guin
Planeta de exilio

1. Un poco de oscuridad

En los últimos días de la última fase lunar de Otoño, sopló un viento frío desde las cordilleras septentrionales a través de los bosques moribundos de Askatevar que olía a humo y a nieve. Leve e indefinida como un animal montaraz de piel clara, Rolery se deslizó por el bosque, a través de las arremolinadas hojas muertas, alejándose de los bulliciosos campos de la última cosecha y de los muros que, piedra a piedra, estaban levantando en la ladera de Tevar. Iba sola, y nadie la llamó. Siguió un tenue sendero que se dirigía hacia el oeste, marcando y remarcando en surcos por el paso hacia el sur de los piesraíces, obstruido en algunos tramos por troncos caídos o enormes amontonamientos de hojas secas.

Al pie de la Loma del Límite donde el sendero se bifurcaba, ella prosiguió en línea recta, pero antes de haber avanzado diez pasos, se volvió rápidamente hacia un crujido rítmico que se aproximaba por detrás.

Por el sendero del norte, descalzo, pisando la hojarasca, descendía un heraldo; la larga cuerda que ataba sus cabellos balanceándose tras él. Venía del norte en una carrera firme, de largas zancadas regulares, y sin mirar siquiera a Rolery que estaba entre los árboles, pasó veloz y se alejó. El viento parecía arrastrarlo hacia Tevar con las noticias que llevaba: tormenta, desastre, Invierno, guerra… Indiferente, Rolery se volvió y siguió su propio y borroso sendero, que zigzagueaba hacia arriba entre los grandes troncos secos y crujientes, hasta que al final, allá en la cima, vio el cielo claro ante ella, y bajo el cielo, el mar.

El bosque muerto había sido clareado desde la parte occidental de la loma. Sentada al abrigo de una gran capa, ella pudo contemplar el remoto y radiante oeste, las infinitas extensiones grisáceas del llano que cubrían las mareas, y, un poco más abajo de ella y a la derecha, la ciudad amurallada de los lejosnatos con sus tejados rojos sobre los acantilados marinos.

Altas casas de piedra pintadas de colores brillantes mezclaban confusamente ventanas bajo ventanas y tejados bajo tejados, descendiendo por la inclinada cima del acantilado hasta su borde. A extramuros, bajo las rocas más bajas del sur de la ciudad, se extendían kilómetros de pastos y tierras de cultivo, todas ellas dispuestas en bancales y protegidas por diques, perfectas como el dibujo de una alfombra. Desde la muralla de la ciudad al borde del acantilado, sobre diques y dunas y por encima de la playa y los lustrosos arenales de la marea baja durante más de medio kilómetro, apoyándose en enormes arcos de piedra, se extendía una calzada, que unía la ciudad con una extraña isla negra que había en medio de las arenas. Parecía como un

rimero marino, que resaltaba negro y sombrío sobre los lisos y brillantes planos y relucientes niveles de las arenas, roca siniestra, obstinada, cuya parte superior se arqueaba y erguía, una talla más fantástica que lo que el viento o el mar pudieran esculpir. ¿Era una casa, una estatua, un fuerte o un mojón funerario? ¿Qué habilidad negra la había vaciado, y construido el increíble puente, en aquellos lejanos tiempos en que los lejosnatos eran poderosos y guerreaban? Rolery no había hecho nunca mucho caso a las confusas historias de brujería que se contaban cuando se mencionaba a los lejosnatos; pero ahora, ante aquel lugar negruzco en medio del arenal, vio que era extraño, la primera cosa verdaderamente extraña que ella había visto en su vida: construida en una época pasada que nada tenía que ver con ella, por manos que guardaban parentesco con su carne y su sangre, imaginada por mentes ajenas. Era siniestra, y le atraía. Fascinada, contempló una figura diminuta que caminaba por aquella alta calzada, empequeñecida por la distancia y altura, un puntito o pincelada de oscuridad saliendo lentamente de las negras torres entre las brillantes arenas.

El viento aquí era menos frío; el sol brillaba a través de los jirones de nubes en el extenso oeste, haciendo relucir allí abajo calles y tejados. La ciudad le atraía por su rareza, y sin detenerse para cobrar valor o llegar a una decisión, de modo atolondrado, Rolery bajó con agilidad y rapidez la ladera y entró por la puerta de la ciudad.

Ya dentro, siguió andando como si tal cosa, descuidada y voluntariosa. Aunque más bien la movía el orgullo: su corazón le latió aceleradamente mientras seguía las piedras grises y perfectamente planas de aquella calle tan rara. Iba mirando de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda, apresuradamente, a las altas casas, todas construidas sobre el suelo, con tejados inclinados, y ventanas de piedra transparente (¡así qué lo que decían era verdad!), y los estrechos pedazos de tierra frente a algunas casas, donde enredaderas kellen y hadun de brillantes hojas escarlata o naranja trepaban por paredes azules o verdes, dando una nota de color al gris parduzco del paisaje otoñal. Cerca de la puerta del este había muchas casas desocupadas; el color estaba cayendo en costras de la piedra, y las ventanas resplandecientes habían desaparecido. Pero más abajo, descendiendo por calles y escaleras, las casas estaban habitadas, y ella empezó a encontrarse con lejosnatos.

Se la quedaron mirando. Ella había oído decir que los lejosnatos miraban a uno fijamente; pero no quiso comprobar si era verdad. Al menos ninguno de ellos la detuvo; su vestido no se diferenciaba mucho del de ellos, y algunos de aquellos seres, según pudo comprobar al mirarlos rápidamente de reojo, no tenían la piel mucho más oscura que los hombres. Pero en las caras que no se atrevió a

mirar percibió la sobrenatural oscuridad de los ojos.

De pronto, la calle por la que ella iba andando terminó en una gran plaza, completamente llana, y bañada de oro y sombras por el sol poniente. Cuatro casas la rodeaban, casas del tamaño de pequeñas colinas, con filas de arcos delante, sobre los que se alternaban piedras grises y transparentes. Sólo cuatro calles llevaban a esta plaza, y cada una de ellas podía ser cerrada por un portalón cuyos goznes estaban incrustados en los muros de las cuatro casas grandes; así que la plaza era como un fortín dentro de un fuerte o una ciudad dentro de una ciudad. Dominaba el conjunto un edificio que se elevaba hacia el cielo, brillante por la luz del sol.

Era un lugar poderoso, pero vacío de gente.

En un ángulo de la plaza, que era tan grande como un campo, había unos muchachos lejosnatos jugando sobre la arena. Dos chicos estaban empeñados en un tenaz y habilidoso encuentro de lucha libre, y un grupo de niños vestidos con chaquetas almohadilladas y gorros, practicaban la esgrima con espadas de madera con igual tenacidad. Era maravilloso contemplar a los luchadores, que parecían ejecutar una lenta y peligrosa danza el uno alrededor del otro, agarrándose luego repentinamente con destreza y gracia. Junto con un par de lejosnatos, altos y silenciosos, arrebujados en sus pieles, Rolery se quedó mirando. Cuando de pronto el luchador mayor dio un salto mortal para caer sobre su musculosa espalda, ella ahogó un grito que coincidió con el de él, y luego se echó a reír de sorpresa y admiración:

—¡Buen lanzamiento, Jonkendy! —gritó junto a ella un lejosnato, y una mujer, en el otro extremo de la arena, aplaudió.

Desatentos a todo, absortos en su juego, los muchachos siguieron la lucha, acometiéndose, tanteándose y defendiéndose.

Ella no había conocido nunca a los guerreros adultos de aquel pueblo de brujos, ni apreciado su fuerza y habilidad. Aunque ella había oído decir que practicaban la lucha, siempre los había imaginado vagamente como jorobados y parecidos a arañas viviendo en una sombría madriguera, inclinados sobre una rueda de alfarero, haciendo aquellos delicados cacharros de cerámica y piedra clara que luego iban a parar a las tiendas de campaña de los humanos. Y se contaban historias y circulaban rumores y fragmentos de cuentos; un cazador era «afortunado como un lejosnato»; había una cierta clase de tierra llamada «mineral de brujos» porque el pueblo de los brujos la apreciaba mucho y por ella daba cualquier cosa a cambio. Pero Rolery no sabía más que retazos de la verdad. Desde mucho tiempo antes de que ella naciera, los Hombres de Askatevar habían vagado por el norte y el oeste de sus tierras. Ella no había visto nunca llevar una cosecha a los graneros que había bajo la colina de Tevar, porque jamás había estado en este límite occidental hasta esta fase lunar, cuando todos los

hombres del pueblo de Askatevar se reunieron con sus rebaños y familias para construir la Ciudad de Invierno sobre los graneros enterrados. Ella no sabía nada, realmente, sobre aquella raza extraña, y cuando se dio cuenta de que el luchador que había salido victorioso, el joven delgado llamado Jonkendy, la estaba mirando fijamente a la cara, volvió la cabeza y se apartó atemorizada y disgustada. Él se acercó a ella, su cuerpo desnudo brillando oscuramente por el sudor.

—Has venido de Tevar, ¿no? —le preguntó, en idioma humano, aunque la mitad de las palabras sonaban equivocadas.

Sintiéndose feliz por su victoria, y quitándose la arena de sus pequeños brazos, él le sonrió.

—Sí.

—¿Qué podemos hacer por ti aquí? ¿Quieres algo?

Ella no pudo mirarlo tan de cerca, claro; pero el tono de él era a la vez amistoso y burlón. Era una voz juvenil; pensó que probablemente era más joven que ella; pero no quería ser objeto de burla.

—Sí —respondió con frialdad—. Quiero ver esa roca negra que hay en medio de las arenas.

—Pues ve. La calzada está abierta.

Pareció como si él tratara de atisbar la cara que ella mantenía baja. Ella se apartó un poco más de él.

—Si alguien te detiene, dile que Jonkendy Li te ha enviado —le dijo el muchacho—, ¿o prefieres que vaya contigo?

La chica no respondió a esto. Con la cabeza alta y la mirada baja, se encaminó hacia la calle que llevaba desde la plaza a la calzada. Ninguno de aquellos sonrientes y negros falsos hombres debía de pensar que ella estaba atemorizada…

Nadie la siguió. Nadie pareció fijarse en ella al pasar a su lado en la corta calle. Llegó a los grandes pilares de la calzada, miró hacia atrás, luego hacia el frente, y se detuvo.

El puente era inmenso, una carretera para gigantes. Desde lo alto de la loma le había parecido frágil, pasando sobre campos, dunas y playa con el ritmo ligero de sus arcos; pero ahora podía ver que era lo suficientemente ancho para que lo cruzaran veinte hombres de frente, y llevaba recto hasta los amenazantes portalones negros de la torre roca. No había barandillas que protegieran contra las ráfagas de aire. A nadie se le habría ocurrido dar un paseo por él; no era un paseo para pies humanos.

Una calle lateral la condujo a una puerta occidental en la muralla de la ciudad. Pasó apresuradamente junto a corralesy establos y salió por la puerta sin que nadie lo advirtiera, intentando bordear las murallas y regresar en seguida a casa.

Pero aquí donde los acantilados eran de menor elevación,con

muchos escalones cavados en ellos, los campos situados al pie tenían un aspecto pacífico y parecían bien cuidados enla tarde amarillenta. Justo más allá de las dunas estaba la extensa playa, donde ella podía encontrar las largas y verdes flores marinas que las mujeres de Askatevar llevaban en su pecho, y con las que en los días de fiesta se hacían guirnaldas para el cabello. Había olfateado el extraño olor del mar. Ella jamás había paseado por los arenales marinos. El sol aún no se había desvanecido bajo el horizonte. Rolery descendió por una de aquellas escaleras del acantilado y cruzó los campos, atravesó diques y dunas y corrió al final hacia el llano y brillante arenal que se prolongaba hasta perderse de vista hacia el norte, el oeste y el sur.

Soplaba el viento, bajo el débil brillo del sol. Frente a ella, muy lejos desde el oeste, oyó un sonido incesante, una inmensa y remota voz murmurante y adormecedora. La arena se extendía bajo sus pies, firme, igual e interminable. Corrió por el gozo de correr, se detuvo y con una risa de júbilo miró a los arcos de la calzada que parecían marchar solemnes y enormes junto a la diminuta y oscilante línea de la huella de sus pies, corrió de nuevo y se detuvo otra vez para recoger del suelo conchas plateadas que estaban medio enterradas en la arena. Brillante como un puñado de guijarros de color, la ciudad de los lejosnatos parecía colgada sobre la cumbre del acantilado por detrás de ella. Antes de que se cansara de viento salado, espacio y soledad, había llegado casi hasta la torrerroca, que ahora descollaba con su densa negruraentre ella y el sol.

El frío acechaba bajo aquella sombra larga. Tiritó y echó a correr de nuevo para salir de la sombra, alejándose todo lo que pudo de aquella negra masa rocosa. Quería ver cuán bajo estaba ya el sol en el horizonte, hasta dónde había de ir ella para ver las primeras olas del mar.

El viento trajo a sus oídos una voz débil y profunda a la vez, que decía algo, llamaba de un modo tan extraño e insistente que ella se detuvo de pronto, y se volvió para mirar con cierto temor la gran isla negra que se elevaba en medio de las arenas. ¿Es que aquel lugar de brujería la estaba llamando?

Sobre la calzada sin barandilla, encima de uno de los estribos que se hincaban en la isla de roca, alta y distante, una figura negra la llamaba.

Se volvió y comenzó a correr, luego se detuvo y regresó. Empezaba a estar aterrorizada. Quería correr y no podía. El terror la dominó y no pudo mover ni una mano ni un pie. Se estuvo quieta, temblando, sintiendo como un rugido en sus oídos. El brujo de la torre negra estaba tejiendo su tela de araña alrededor de ella. Alargando sus brazos volvió a gritarle de nuevo las palabras penetrantes que ella no comprendía, debilitadas por el viento como el grito de un ave marina:

¡Staak! ¡Staak! El rugido en sus oídos era más fuerte, y ella se agachó en la arena.

Entonces, de pronto, oyó una voz clara y tranquila que le gritaba:

—¡Corre! ¡Levántate y corre! ¡A la isla, ahora, rápido!

Y antes de que ella se diera cuenta, se puso de pie y echó a correr. La voz tranquila siguió hablándole para guiarla. Sin verlas, sollozando para recobrar el aliento, llegó a las escaleras negras talladas en la roca y empezó a subir por ellas con torpeza. En un recodo, una figura negra salió a su encuentro. Ella alzó su mano y fue medio conducida, medio arrastrada, más arriba de la escalera, y luego la soltaron. Cayó contra la pared, porque sus piernas ya no la sostenían. La figura negra la agarró, la ayudó a ponerse de pie, y le habló con voz alta, con aquella misma voz que antes había penetrado en su cerebro:

—Mira —le dijo—. Ahí viene.

Las aguas chocaron y bulleron bajo ellos con un rugido que hizo estremecer la sólida roca. Las aguas separadas por la isla se unieron rugientes, barrieron, silbaron y espumaron, chocando en la larga ladera que descendía a las dunas, y al final se aquietaron en un mecido de olas brillantes.

Rolery seguía cogida a la pared, temblando. No podía evitar aquellos temblores.

—La marea sube aquí un poco más rápida que un hombre corriendo —dijo la voz tranquila tras ella—. Y cuando sube, tiene unos seis metros de profundidad alrededor del Rimero. Sube por aquí… Por eso vivíamos allí en otras épocas, ¿ves? La mitad del tiempo es una isla. Servía para atraer a un ejército enemigo hasta las arenas justo antes de que la marea subiera, en el caso de que no entendiera mucho de mareas… ¿Te encuentras bien?

Rolery se encogió de hombros levemente. Él no pareció comprender el gesto, así que ella le dijo:

—Sí.

Podía comprender el idioma de él; pero él empleaba muchas palabras que ella no había oído nunca, y pronunciaba mal casi todas las restantes.

—¿Has venido de Tevar?

Ella volvió a encogerse de hombros. Se sentía enferma y tenía ganas de llorar. Mientras subía el siguiente tramo de escalera cortada en la negra roca, se alisó el pelo, y desde el resguardo que ésta le ofrecía, miró de reojo, por una fracción de segundo, a la cara del lejosnato. Era fuerte, ruda y oscura, con ojos ceñudos y brillantes, los ojos oscuros de aquellos seres extraños.

—¿Qué estabas haciendo en la arena? ¿No te advirtió nadie sobre la marea?

—No sabía nada —susurró ella.

—Pues vuestros mayores lo saben. O al menos lo sabían la pasada Primavera cuando vuestra tribu vivió aquí junto a la costa. Los hombres tienen la memoria muy corta —lo que dijo era duro; pero su voz fue en todo momento tranquila y sin aspereza—. Ahora por aquí. No te preocupes, todo este sitio está vacío. Hace mucho tiempo que ninguno de los nuestros ha puesto pie en el Rimero…

Habían entrado por una puerta a un túnel oscuro, y salido a una habitación que a ella le pareció enorme, hasta que entraron en la siguiente. Cruzaron portalones y patios a cielo abierto, caminaron a lo largo de galerías porticadas que se asomaban al mar muy por encima de él, y a través de habitaciones y salones abovedados, silenciosos, vacíos, moradas de los vientos marinos. El mar se agitaba y retorcía ahora en espumas plateadas allá en la profundidad. Ella se sentía mareada, insustancial.

—¿Vive alguien aquí? —pregunto con su vocecita.

—Ahora no.

—¿Es vuestra Ciudad de Invierno?

—No. Invernamos en la ciudad. Todo esto fue construido para que sirviera de fuerte. Teníamos muchos enemigos en tiempos pretéritos… ¿Qué estabas haciendo en la arena?

—Quería ver…

—¿Ver qué?

—La arena, el océano. Era la primera vez que venía a vuestra ciudad…

—¡Está bien! No hay nada de malo en ello.

Él la condujo por una galería tan alta, que le hizo sentirse aturdida. Las chillonas aves marinas volaban entre los altos y puntiagudos arcos. Luego pasaron por un último corredor estrecho a cuyo final salieron por una gran puerta, y franquearon un puente rechinante de espadametal que terminaba en la calzada.

Caminaron entre la torre y la ciudad, entre el cielo y el mar, en silencio, el viento empujándoles siempre hacia la derecha. Rolery tenía frío y se sentía enervada por la altura, por lo extraño de aquel paseo, por la presencia del oscuro falsohombre a su lado, caminando junto a ella paso a paso.

Al entrar en la ciudad, él le dijo bruscamente:

—No volveré a hablarte con la mental. Pero antes tuve que hacerlo.

—Cuando tu me dijiste que corriera… —empezó a decir ella, luego vaciló, no muy segura de lo que estaba diciendo, o de lo que le había ocurrido allá en la arena.

—Pensé que eras uno de los nuestros —repuso él, como si estuviera enfadado, y luego se controló—. No podría haber soportado ver cómo te ahogabas. Aunque te lo hubieras merecido. Pero no te

preocupes. No lo volveré a hacer de nuevo, y eso no me dio ningún poder sobre ti. No importa lo que tus mayores puedan decirte. Puedes irte, eres libre como el viento e ignorante como siempre.

Su dureza era real, y ello asustó a Rolery. Impaciente por el temor, y a pesar de que estaba temblando, preguntó de modo imprudente:

—¿También soy libre de volver?

Al oír eso, el lejosnato se la quedó mirando. Aunque ella no pudo alzar la mirada, se dio cuenta que la expresión de él había cambiado.

—Sí, lo eres. ¿Puedo saber cómo te llamas, hija de Askatevar?

—Soy Rolery, del linaje de Wold.

—¿Wold es tu abuelo? ¿Tu padre? ¿Vive todavía?

—Wold cierra el círculo en el golpeteo de Piedras —contestó ella con altivez, tratando de afirmarse a sí misma contra aquel aire de total autoridad de él. ¿Cómo podía un lejosnato, un falsohombre, sin linaje y por debajo de la ley, ponerse tan serio y altanero?

—Dale saludos de parte de Jakob Agat Alterra. Dile que iré a Tevar mañana a hablar con él. Adiós, Rolery —y alargó su mano al modo del saludo entre iguales. Ella, sin pensarlo hizo lo mismo, y puso su palma abierta contra la de él.

Luego ella se volvió y subió corriendo las empinadas calles y escalones, colocándose su capucha de piel sobre la cabeza, apartándose de los pocos lejosnatos por cuyo lado pasó. ¿Por qué la miraban fijamente a la cara como si fueran cadáveres o pescados? Los animales de sangre caliente y los seres humanos no se miraban fijamente los unos a los otros de ese modo. Ella salió por la Puerta de Tierra con una gran sensación de alivio, y ascendió rápidamente hacia la loma con los últimos rayos rojizos del sol, descendiendo luego por el bosque moribundo, y recorriendo los senderos que llevaban a Tevar. Cuando el crepúsculo se volvió oscuridad, ella vio, por encima de los rastrojos, pequeñas estrellas de luz de fuego procedentes de las tiendas de campaña que rodeaban la inacabada Ciudad de Invierno que se levantaba sobre la colina. Y se apresuró en busca del calor, la cena y la compañía de seres humanos. Pero aun en la gran tienda de las hermanas de su linaje, arrodillada junto al fuego y atracándose de asado entre las mujeres y los niños, volvió a sentir una sensación extraña que persistía en su mente. Cerrando su mano derecha, pareció apretar contra su palma un poco de oscuridad, donde él la había tocado.

2. En la tienda roja

—Estas gachas están frías —refunfuñó él, apartándolas a un lado.

Viendo la paciente mirada de la anciana Kerly, mientras ella tomaba el cuenco para recalentarlo, se llamó a sí mismo viejo idiota. Pero ninguna de sus esposas (sólo le quedaba una), ninguna de sus hijas, ninguna de las mujeres era capaz de preparar un cuenco de gachas de harina de bhan como Shakatany lo había hecho. ¡Qué buena cocinera había sido! ¡Y qué joven! Su última esposa joven. Y había muerto, allá en los terrenos de pasto del este, había muerto tan joven mientras él había seguido viviendo y viviendo, esperando a que llegara el duro Invierno.

Entró una muchacha llevando una túnica de cuero estampada con la marca trifoliada de su linaje, una de sus nietas, probablemente. Se parecía un poco a Shakatany. Él le habló, aunque no se acordaba de su nombre:

—¿Fuiste tú, parienta, la que viniste la pasada noche?

Él la reconoció por el modo de volver la cabeza y por su sonrisa: era a la que embromaba de continuo, la chica indolente, imprudente, dulce, solitaria; la niña nacida fuera de temporada. ¿Cómo demonios se llamaba?

—Te traigo un mensaje, Abuelo.

—¿Qué mensaje?

—De uno que tiene un nombre muy largo. Creo que me dijo Jakat-abat-bolterra. No me acuerdo bien.

—¿Alterra? Así es como los lejosnatos llaman a sus jefes. ¿Dónde has visto a ese hombre?

—No es un hombre, Abuelo, es un lejosnato. Te envía saludos, y el mensaje es que vendrá hoy a Tevar para hablar con el mayor.

—¿Eso te ha dicho? —respondió Wold, asintiendo ligeramente y admirando su desfachatez—. ¿Y tú eres la portadora del mensaje?

—Me habló de manera casual…

—¿Sabes, parienta, que entre los hombres de Pernmek se castiga que una mujer que no lleve velo hable con un lejosnato?

—¿Se la castiga cómo?

—No importa.

—Los hombres de Pernmek son un hatajo de comedores de kloob, y se afeitan las cabezas. Y ¿qué saben ellos de los lejosnatos? Nunca se han acercado a la costa… Una vez oí decir en una tienda que el mayor de mi linaje tuvo una esposa lejosnata. En otros tiempos.

—Y es cierto. En otros tiempos.

La chica aguardó, y Wold se quedó absorto, como si mirara hacia otra época, al pasado, la Primavera. Colores y fragancias hacía mucho

desvanecidos, plantas que no habían florecido durante cuarenta fases lunares, el casi olvidado sonido de una voz.

—Ella era joven —prosiguió el anciano—. Murió joven. Antes de que llegara el Verano —al rato añadió—: Además, eso no tiene nada que ver con que una chica sin velo hable a un lejosnato. Hay una diferencia, pacienta.

—¿Qué diferencia?

Aunque impertinente, ella se merecía una respuesta:

—Hay varias razones, y algunas son mejores que otras, Y la principal es ésta: un lejosnato toma una sola esposa, así que una verdadera mujer que se case con él no le dará hijos.

—¿Por qué no Abuelo?

—¿Es que las mujeres ya no hablan en la tienda de las hermanas? ¿Es que eres tan ignorante? ¡Porque humanos y lejosnatos no pueden concebir juntos! ¿Nunca habías oído decir eso? O una coyunda estéril o bien abortos, monstruos deformes que se malogran. Mi esposa, Arilia, que era lejosnata, murió al abortar un hijo. Su pueblo no tiene reglas como el nuestro; sus mujeres son como hombres, se casan con quien quieren. Pero entre los Seres Humanos hay leyes: las mujeres se acuestan con hombres, se casan con hombres, dan a luz criaturas humanas.

Ella pareció sentirse un poco enferma y afligida. Luego, mirando hacia el ajetreo bullicioso que había en las murallas de la Ciudad de Invierno, dijo:

—Una buena ley para mujeres que tienen hombres con quienes acostarse…

Parecía tener unas veinte fases lunares de edad, lo que significaba que era la que había nacido fuera de temporada, justo en plena barbechera de Verano, cuando no nacían niños. Los hijos de la Primavera serían ahora dos o tres veces mayores que ella en edad, estarían casados, se habrían vuelto a casar, eran prolíficos; los otoñatos eran todos niños aún. Pero algún primaverato la tomaría a ella por tercera o cuarta esposa; ella no tenía por qué quejarse. Quizás él dispusiera su matrimonio, aunque eso dependía de las afiliaciones de ella.

—¿Quién es tu madre, parienta?

Ella se quedó mirando al broche del cinturón de él, y contestó:

—Shakatany fue mi madre. ¿Es que la ha olvidado usted?

—No. Rolery —replicó el anciano al cabo de un rato—. No la he olvidado. Y ahora escucha, hija, ¿dónde hablaste con ese Alterra? ¿Se llama Agat?

—Esa palabra forma parte de su nombre.

—Yo conocí a su padre y a su abuelo. Es pariente de la mujer…, de la lejosnata de que hablamos. Puede que sea el hijo de su hermana

o hijo de un hermano.

—Entonces es sobrino de usted. Mi primo —dijo la chica, echándose a reír de repente.

Wold hizo también una mueca ante la lógica grotesca de este parentesco.

—Me encontré con él cuando fui a ver el océano —explicó ella—. Allá en la arena. Antes había visto a un heraldo que venía del norte. Ninguna de las mujeres lo sabe. ¿Hay noticias? ¿Es que va a empezar la Marcha hacia el Sur?

—Quizá —repuso Wold. Él se había vuelto a olvidar del nombre de la chica—. Y ahora corre, hija, ve a ayudar a tus hermanas en los campos —le dijo.

Y olvidándose de ella y del cuenco de gachas de bhan que había estado esperando, se levantó con dificultad y dio una vuelta fuera de su tienda para ver a las cuadrillas de trabajadores sobre las madrigueras y las murallas de la Ciudad de Invierno, y más allá de ellas, hacia el norte.

Esta mañana, por aquella parte de septentrión el cielo se veía muy claro y azul, y se adivinaba frío sobre las desnudas colinas.

Con toda claridad recordó la vida en las madrigueras excavadas en las cimas: los cuerpos amontonados de cien durmientes, las ancianas despertándose para ir a reavivar los fuegos que enviaban calor y humo a todos sus poros, el olor a hierba de Invierno hervida, el ruido, el hedor, el calor que en Invierno daba la proximidad a aquellos refugios subterráneos construidos bajo el suelo helado. Y la fría y limpia quietud del mundo de arriba, azotado por el viento o cubierto por la nieve, cuando él y otros jóvenes cazadores llegaban hasta muy lejos de Tevar a la caza de pájaros de nieve y korios, y de los gordos wespries que seguían el curso de los ríos helados desde el norte más remoto. Y por encima de todo, al otro lado del valle, desde una mancha de pasto invernal, la aparición de la blanca cabeza colgante de un demonio de las nieves… Pero antes, antes de la nieve, el hielo y las bestias blancas del Invierno, hubo una vez una atmósfera brillante como ésta, un día soleado de viento dorado y cielo azul, frío por encima de las colinas. Y él, que aún no era un hombre, sino sólo un crío entre otros críos y mujeres, al mirar hacía arriba sólo veía caras blancas y planas, plumas rojas, capas muy raras, pieles grises emplumadas; voces que parecía que ladraban como animales con palabras que él no entendía, mientras que los hombres de su linaje y los Mayores de Askatevar respondían con voz firme, ordenando a los caras planas que no prosiguieran. Y aún antes de eso hubo un hombre que vino corriendo desde el norte con un lado de su cara quemado y sangrando, gritando:

—¡Los gaales! ¡Los gaales! ¡Vienen cruzando nuestro campamento

de Pekna!

Y mucho más claro que cualquier voz actual, él oyó aquel ronco grito que resonó a lo largo de toda su vida, las sesenta fases lunares que había entre él y aquel chiquillo que miraba fijamente y escuchaba con atención en aquel brillante día. ¿Dónde estaba Pekna? Perdida bajo las lluvias, y las nieves; y los deshielos de la Primavera habían arrastrado los huesos de las víctimas de la matanza, las tiendas de campaña podridas, el recuerdo, el nombre.

No habría matanzas esta vez cuando los gaales vinieran al sur a través de los campos de Askatevar. Él ya se había cuidado de eso. Había algo de bueno en vivir mucho tiempo y recordar males pasados. Ni un solo clan o familia de los Hombres de todo este linaje fue dejado en las Tierras de Verano para que fuera sorprendido sin advertirlo los gaales o la primera ventisca. Todos estaban aquí. Eran veinte cientos con los pequeños otoñatos numerosos como hojas arremolinándose alrededor de sus pies, y mujeres charlando y espigando en los campos como bandadas de aves emigrantes, y hombres reunidos en cuadrillas para construir las casas y murallas de la Ciudad de Invierno con las viejas piedras de los viejos cimientos, o cazando los últimos animales emigrantes; hachando y almacenando montones interminables de leña de los bosques y turba del Pantano Seco, recogiendo todas las cabezas de hannes y metiéndolas en grandes establos, y dándoles pienso hasta que volviera a crecer la hierba de Invierno. Todos ellos, en estas tareas que ya les habían ocupado media fase lunar, le habían obedecido, y él había obedecido las viejas leyes del Hombre. Cuando los gaales llegaran, ellos cerrarían las puertas de la ciudad: cuando las ventiscas comenzaran, ellos cerrarían las aberturas de las madrigueras, y así sobrevivirían hasta la Primavera. Sobrevivirían.

Se sentó en el suelo detrás de su tienda, acomodándose con dificultad, alargando sus nudosas piernas cicatrizadas hacia la luz del sol. Un sol que parecía pequeño y blanquecino, aunque el cielo mostraba un azul impoluto; aparentaba tener la mitad del tamaño del gran sol del Verano, más pequeño aún que la Luna. «Cuando el sol se encoge más que la luna, el frío pronto nos importuna…» El suelo estaba empapado por las continuas lluvias que les habían atormentado durante toda esta fase lunar, y marcando aquí y allá por los pequeños surcos dejados por los piesraíces emigrantes. ¿Que era lo que la muchacha le había preguntado sobre los lejosnatos, y acerca del heraldo? ¡Ah, ya! Aquel individuo vino jadeando ayer, ¿fue ayer?, contando que los gaales habían atacado la Ciudad de Invierno de Tlokna, situada al norte, cerca de las Montañas Verdes. Ese cuento podría ser una mentira o un producto del pánico. Los gaales nunca atacaban ciudades amuralladas. Los bárbaros de nariz plana, con sus plumas y suciedad, que corrían hacia el sur como animales sin

madriguera cuando se aproximaba el Invierno, eran capaces de tomar una ciudad. Y además, Pekna era sólo un pequeño campamento de caza, no una ciudad amurallada. El corredor había mentido. Todo iba bien. Ellos sobrevivirían. ¿Dónde estaba aquella mujer loca con su desayuno? Aquí, ahora, hacía calor, aquí al sol…

La octava esposa de Wold subió penosamente con un cuenco de bhan humeante, vio que él estaba dormido, suspiró rezongando, y bajó penosamente de nuevo dirigiéndose hacia el fuego de cocinar.

Aquella tarde, cuando el lejosnato llegó a su tienda, rodeado de guardianes melancólicos, y seguido de un montón de chiquillos andrajosos que lo miraban de reojo y se mofaban de él, Wold recordó riéndose lo que la chica le había dicho: «Tu Sobrino. Mi primo». Se levantó como pudo y se quedó de pie para saludar al lejosnato evitando mirarle a la cara y alargándole la mano en el saludo entre iguales.

Y sin vacilar, el forastero le saludó como un igual. Ellos tenían siempre esa arrogancia, ese aire de saberse tan buenos como los hombres, lo creyeran o no realmente. Este individuo era alto, bien proporcionado, aún joven; andaba como un jefe. Exceptuando su tez morena y sus ojos negros y espectrales, podría haber sido tomado por un humano.

—Soy Jakob Agat, Mayor.

—Bienvenido a mi tienda y a las tiendas de mi linaje, Alterra.

—He oído con mi corazón —contestó el lejosnato.

Ante lo cual Wold hizo una pequeña mueca, pues no había oído a nadie decir eso desde los tiempos de su padre. Era extraño cómo los lejosnatos recordaban siempre los antiguos modales y sacaban a relucir cosas ya enterradas en el pasado. ¿Cómo podía conocer este individuo joven una frase que sólo Wold y quizás un par de los hombres más ancianos de Tevar recordaban? Ello formaba parte de la extrañeza de los lejosnatos, que era llamada brujería, y que hacía que la gente temiera a aquellas gentes morenas. Pero Wold nunca les había temido.

—Una mujer noble de tu linaje moró en mis tiendas, y yo pasé muchas veces por las calles de vuestra Ciudad en Primavera. Lo recuerdo. Por ello digo que ningún hombre de Tevar rompa la paz entre nuestros pueblos mientras yo viva.

—Ningún hombre de Landin la romperá mientras yo viva.

El anciano jefe se había sentido conmovido por su breve discurso; había lágrimas en sus ojos, y se sentó en su arca de cuero pintado carraspeando y parpadeando. Agat siguió de pie, muy erguido, vestido con capa negra, ojos oscuros en un rostro moreno. Los jóvenes cazadores que le guardaban se inquietaron, los niños atisbaron susurrando y empujándose a la puerta de la tienda. Con un gesto,

Wold los echó a todos fuera. La cortina de la puerta fue bajada, la anciana Kerly avivó el fuego, y luego salió apresuradamente, y él se quedó a solas con el forastero.

—Siéntese —le dijo.

Agat no se sentó, y repuso:

—Escucharé.

Y siguió de pie. Si Wold no le pedía que se sentara, delante de otros humanos, él no se sentaría cuando nadie le viera. Wold no pensó en ello ni tomó ninguna decisión, simplemente lo percibió a través de una piel vuelta sensible por sus muchos años de jefatura y de mando sobre personas.

Suspiró y llamó:

—¡Mujer! —con su voz baja y cascajosa. La anciana Kerly reapareció, y le miró con fijeza—. ¡Siéntate! —dijo Wold a Agat, quien se sentó con las piernas cruzadas, junto al fuego—. ¡Vete! —refunfuño Wold a su esposa, que desapareció.

Silencio. Despacio y trabajosamente, Wold deshizo los lazos de una pequeña bolsa de cuero que colgaba del cinturón de su túnica, sacó un diminuto terrón de aceite de gesina solidificado, partió de él un fragmento aún más pequeño, lo volvió a guardar en la bolsa, ató de nuevo ésta y puso el fragmento sobre un carbón encendido al borde del fuego. Un pequeño rizo de un humo acre y verdoso se elevó; Wold y el forastero inhalaron profundamente y cerraron los ojos. Wold se apoyó contra el gran orinal recubierto de pez y dijo:

—Te escucho.

—Mayor, hemos tenido noticias del norte.

—Nosotros también. Ayer vino un heraldo.

«Fue ayer», pensó.

—¿Te habló de la Ciudad de Invierno de Tlokna?

El anciano se quedó mirando al fuego durante un rato, aspirando profundamente, como si quisiera una última vaharada de gesina, mordiéndose la parte interior de sus labios, su cara (como él bien sabía) tan embotada como un pedazo de madera, inexpresiva, senil.

—No me gustaría ser portador de malas noticias —dijo el forastero con su voz tranquila y grave.

—Y no lo eres, pues ya hemos oído decir eso. Es muy difícil, Alterra, saber la verdad por historias que vienen de muy lejos, de otras tribus, de otros terrenos de pastos. Incluso un heraldo tarda ocho días en ir de Tlokna a Tevar, y el doble si va con tiendas y hannes. ¿Quién sabe? Estaremos preparados para cerrar las puertas de Tevar inmediatamente cuando se produzca la Marcha hacia el Sur. Y vosotros, en vuestra ciudad que nunca dejáis, ¿no necesitáis reparar las puertas?

—Mayor, esta vez harán falta puertas muy fuertes. Tlokna tenía

murallas, y puertas, y guerreros. Y ahora ya no tiene nada. Y eso no es un rumor. Allá había hombres de Landin hace diez días; estaban vigilando las fronteras a la espera de los primeros gaales. Pero los gaales se han presentado todos de una *vez*…

—Alterra, yo te he escuchado… Ahora escúchame tú a mí. Los hombres a veces se asustan y huyen antes de que el enemigo llegue. Hemos oído contar que si esto, que si lo otro. Pero yo soy viejo. He visto dos Otoños, he visto venir el Invierno, he visto a los gaales venir hacia el sur. Yo te diré la verdad.

—Te escucho —dijo el forastero.

—Los gaales viven en el norte, más allá de las tierras más lejanas pobladas por los hombres que hablan nuestro lenguaje. Tienen allá ricas tierras herbosas de Verano, según cuentan, al pie de montañas con ríos de hielo en sus cimas. A mediados de Otoño el frío y los animales de la nieve empiezan a descender hacia sus tierras desde el norte más remoto donde siempre es Invierno, y, al igual que nuestros animales, los gaales se dirigen hacia el sur. Llevan con ellos sus tiendas; pero no construyen ciudades ni guardan grano. Atraviesan los terrenos de pastos de Tevar mientras las estrellas del Árbol aparecen con el crepúsculo, y antes de que salga la Estrella de Nieve, en la transición de Otoño a Invierno. Si encuentran familias que viajen sin protección, caza, rebaños o campos sin guardar, matan y roban. Si ven una Ciudad de Invierno construida, con guerreros en sus murallas, pasan esgrimiendo sus espadas y gritando, y nosotros disparamos algunos dardos contra las espaldas de los últimos… Prosiguen su marcha, y se detienen sólo en alguna parte muy al sur de aquí; algunos hombres dicen que es un sitio caliente donde ellos pasan el Invierno, pero, ¿quién sabe? Así es la Marcha hacia el Sur. Lo sé. Yo la he visto, Alterra, y también les he visto regresar al norte en el deshielo, cuando los bosques brotan. No atacan ciudades de piedra. Son como el agua que corre y hace ruido, pero a la que la piedra divide sin moverse. Y Tevar es de piedra.

El joven lejosnato inclinó su cabeza, meditando, lo suficiente para que Wold pudiera mirar directamente a su cara por un instante.

—Todo lo que usted dice, Mayor, es verdad, totalmente verdad, y siempre ha sido verdad en años pasados. Pero ahora… son otros tiempos… Yo soy uno de los dirigentes de mi pueblo, como usted es uno del suyo. He venido a hablar de jefe a jefe, en busca de ayuda. Créame, escúcheme, nuestros pueblos deben de ayudarse mutuamente. Ha surgido un gran hombre entre los gaales, un dirigente al que ellos llaman Kubban o Kobban. Ha unido todas sus tribus y creado un ejército con ellas. Los gaales ya no roban hannes extraviados a lo largo de su camino, ponen sitio y toman las Ciudades de Invierno en todos los terrenos de pastos a lo largo de la costa, matan a los

primaveranatos, esclavizan a las mujeres, dejan en cada ciudad conquistada guerreros gaales para conservarla y gobernarla durante todo el Invierno. Cuando llegue la Primavera, los gaales, en vez de regresar otra vez al norte, se quedarán; estas tierras serán suyas, estos bosques y campos de cultivo y pastos de Verano, y ciudades, y todos sus habitantes…, lo que quede de ellos…

El anciano apartó la mirada por un momento y luego dijo gravemente, irritado:

—Tú hablas, pero yo no te escucho. Dices que mi pueblo será derrotado, aniquilado, esclavizado. Mi pueblo está formado por hombres y tú eres un lejosnato. ¡Guárdate tu negra charla para su propio negro destino!

—Si los hombres están en peligro, nosotros corremos más peligro aún. ¿Sabes cuántos de los nuestros hay ahora en Landin, Mayor? Menos de dos mil.

—¿Tan pocos? ¿Y qué pasa con las otras ciudades? Vuestro pueblo vivía en la costa hasta el norte cuando yo era joven.

—Desaparecieron. Los supervivientes se vinieron a vivir con nosotros.

—¿Guerra? ¿Enfermedades? Vosotros los lejosnatos no tenéis enfermedades.

—Es difícil sobrevivir en un mundo para el que no fuimos creados —dijo Agat con austera brevedad—. De todos modos nosotros somos pocos, débiles en número. Pedimos ser los aliados de Tevar cuando lleguen los gaales, que vendrán dentro de treinta días.

—Antes de eso, si ya están en Tlokna. Ya van retrasados, porque la nieve empezará a caer cualquier día de estos. Tendrán que darse prisa.

—No se dan prisa. Mayor. Vienen lentamente porque vienen todos juntos, ¡son cincuenta, sesenta, setenta mil!

De repente, y del modo más horrible, Wold vio lo que el otro estaba diciendo: vio la horda interminable desfilando a través de los pasos de montaña, dirigida por un alto jefe de cara plana, vio a los hombres de Tlokna (¿o eran los de Tevar?) yaciendo muertos bajo las murallas derribadas de su ciudad, formándose esquirlas de hielo sobre los charcos de sangre… Meneó su cabeza como para sacudirse estas visiones. ¿Qué era lo que se había apoderado de él? Permaneció sentado en silencio durante un rato mordiéndose la parte interior de sus labios.

—Bueno, ya te he oído, Alterra.

—No del todo. Mayor. —Esto era rudeza bárbara, pero aquel individuo era un forastero, y al fin y al cabo un jefe entre los suyos. Wold le permitió que siguiera hablando—: Tenemos tiempo para prepararnos. Si los hombres de Askatevar, y los de Allakskat y de

Pernmek hacen una alianza, y aceptan nuestra ayuda, podremos crear un ejército propio. Si los aguardamos con todas nuestras fuerzas, preparados contra los gaales, en la frontera norte de vuestros tres terrenos de pastos, entonces la Marcha hacia el Sur en vez de enfrentarse contra todo ese poderío se desviará y descenderá por los senderos de montaña en dirección al este. Nuestras crónicas dicen que por dos veces en tiempos anteriores ellos tomaron ese camino oriental. Como ya es tarde y han comenzado los fríos, ya escasea la caza, los gaales pueden apartarse y alejarse apresuradamente si encuentran hombres dispuestos a luchar. Yo creo que ese Kubban no tiene otra táctica que la sorpresa y el número. Podemos rechazarle.

—Los hombres de Pernmek y de Allakskat están ahora en sus Ciudades de Invierno, como nosotros. ¿Es que aún no conoces las Costumbres de los Hombres? ¡Nosotros no nacemos la guerra en Invierno!

—¡Vaya a contarles eso a los Gales, Mayor! ¡Reúna a su propio consejo, pero crea en mis palabras!

El lejosnato se levantó, puesto de pie por la intensidad de su súplica y advertencia. Wold lo sintió por él, como a menudo lo sentía por los jóvenes, que no habían visto cómo la pasión y los planes no conducían a nada una y otra vez, cómo sus vidas y actos se desperdiciaban entre el deseo y el temor.

—Ya le he oído —dijo con impasible benignidad—. Los Mayores de mi pueblo también oirán lo que usted acaba de decir.

—Entonces, ¿puedo volver mañana para enterarme…?

—Mañana, al día siguiente…

—¡Treinta días, Mayor! ¡Nos quedan treinta días como máximo!

—Alterra, los gaales vendrán y se marcharán. El Invierno llegará y seguirá. ¿De qué le servirá a un guerrero victorioso regresar a una casa inacabada cuando la tierra esté cubierta de hielo? Cuando estemos preparados para resistir al Invierno nos ocuparemos de los gaales… Y ahora, vuelve a sentarte. —Volvió a meter la mano en su bolsa para buscar un nuevo trocito de gesina y aspirar otra vaharada —. Tu padre se llamaba también Agat. ¿verdad? Yo lo conocí cuando él era joven. Una de mis hijas más inútiles me dijo que se había encontrado contigo cuando paseaba por la arena.

El lejosnato le dirigió una rápida mirada, y contestó:

—Sí, nos encontramos en la arena antes de que subiera la marea.

3. El verdadero nombre del Sol

¿Qué era lo que producía las mareas a lo largo de esta costa, la gran pleamar y bajamar diurnas de cuatro metros y medio a quince metros de agua? Ninguno de los Mayores de la Ciudad de Tevar podía responder a esa pregunta. Cualquier niño de Landin lo habría sabido contestar: era la luna la que producía las mareas, la atracción de la Luna…

Y la Luna y la Tierra se circunvalaban entre sí, una rotación majestuosa que tardaba cuatrocientos días en completarse, una fase lunar. Aquella especie de doble planeta giraba alrededor del sol, en una grande y solemne danza rotatoria en medio de la nada. Sesenta fases lunares duraba aquella danza, veinticuatro mil días, la vida de una persona, un año. Y el nombre del centro y sol, el nombre del sol de Eltanin, era Gamma Draconis.

Antes de penetrar por debajo de las ramas grises del bosque. Jakob Agat alzó la mirada hacia el sol que se hundía entre una colina por encima de la cordillera occidental, y en su pensamiento lo llamó por su verdadero nombre, cuyo significado era que no se trataba simplemente del Sol, sino de un sol: una estrella entre las estrellas.

La voz de una niña que jugaba sonó tras él en las laderas de la colina de Tevar, recordándole las caras de befa que le habían mirado de reojo, los murmullos burlones que ocultaban el temor, los gritos a su espalda:

—¡Ha venido un lejosnato! ¡Venid a mirarlo!

Agat, solo bajo los árboles, caminó más deprisa, tratando de alejarse de la humillación. Había sido humillado entre las tiendas de Tevar, y al sentirse aislado también había sufrido. Como había vivido durante toda su vida en una pequeña comunidad de los de su propia especie, de quienes conocía todos los nombres, caras y corazones, era difícil para él encararse con los forasteros. En especial con los forasteros hostiles de especies diferentes, y sobre todo si eran numerosos y estaban en su propio terreno. Sintió ahora el temor y la humillación con tal fuerza, que por un momento dejó de andar.

«¡Maldita sea si vuelvo a ir allí! —penso—. ¡Que ese viejo loco haga lo que quiera y siga sentado ahumándose en su tienda apestosa hasta que los gaales lleguen! ¡Ignorante, fanático, pendenciero, cara pálida, bárbaros de ojos amarillos, hilfos de cabeza de alcornoque! ¡Que se vayan todos a la porra!»

—¿Alterra?

La chica le había seguido, y se había detenido en el sendero a unos metros de él, su mano sobre el tronco estriado de un árbol basuk. Sus ojos amarillos le brillaban por la excitación y la burla en la

blancura de su cara. Agat siguió sin moverse.

— ¿Alterra? — volvio a decir ella con su voz clara y dulce, mirando hacia un lado.

—¿Qué quieres?

Ella retrocedió un poco.

—Soy Rolery —contestó—. La chica de la arena…

—Ya sé quién eres. Y ¿sabes quién soy yo? Soy un falsohombre, un lejosnato. Si los de tu tribu te ven conmigo me castrarán o te violarán en una ceremonia. No sé cuáles son vuestras reglas. Y ahora, ¡vete a casa!

—Mi gente no me hará eso. Y además hay parentesco entre tú y yo —repuso ella, con testarudez aunque con incertidumbre.

Él se volvió para irse.

—La hermana de su madre murió en una de nuestras tiendas…

—Para vergüenza nuestra —replicó él, y prosiguió su camino. Rolery no lo siguió.

Él se detuvo y miró hacia atrás cuando tomó el ramal izquierdo en dirección a la loma. Nada se movía en aquel bosque moribundo, exceptuando algún piesraíz retrasado que se movía entre las hojas secas, arrastrándose con su atroz obstinación vegetal en dirección sur, dejando la tenue huella de su rastro tras él.

El orgullo racial le impedía sentir vergüenza por tratar así a una chica, y la verdad es que sintió alivio y tuvo confianza de nuevo. Tendría que acostumbrarse a los insultos de los hilfos, y no hacer caso de su fanatismo. Ellos no podían evitarlo; era su propia clase de obstinación, su modo de ser. El viejo jefe, a pesar de sus pocas luces, se había mostrado cortés y paciente. Él. Jakob Agat debía de ser igualmente paciente, e igualmente obstinado. Porque la suerte de su pueblo, la vida de los seres humanos en este mundo, dependía de lo que estas tribus de hilfos hicieran o no hicieran en los siguientes treinta días. Antes de que la luna creciente apareciera, la historia de una raza durante seiscientas fases lunares, diez años, veinte generaciones, la larga lucha, el largo esfuerzo tenaz podría llegar a su fin. A menos que él tuviera éxito y fuese paciente.

Árboles enormes, secos y sin hojas, con sus ramas podridas, se elevaban tanto en grupos como aislados por estas colinas, con sus raíces marchitas en la tierra. Pronto se desplomarían bajo los vendavales de viento del norte, para caer bajo la escarcha y la nieve durante miles de días y noches, para pudrirse en los largos deshielos de Primavera, enriqueciendo con su vasta muerte la tierra donde, a gran profundidad, durmientes, sus semillas estaban ahora enterradas. Paciencia, paciencia…

Con el viento soplando descendió por las brillantes calles de piedra de Landin hasta la Plaza, y pasando junto a los colegiales que

hacían sus ejercicios en la arena, penetró en el edificio con pórticos y torre que conservaba su antiguo nombre: la Sala de la Liga.

Como los otros edificios que rodeaban la Plaza, había sido construido hacía cinco años cuando Landin era la capital de una pequeña nación floreciente y fuerte, la época del poderío. Todo el primer piso era una espaciosa sala de reuniones. Alrededor de sus grises muros había grandes y delicados dibujos revestidos de oro. En la pared oriental un sol estilizado rodeado por nueve planetas daba frente al dibujo de la pared occidental de siete planetas con elipses muy largas rodeando a su sol. El tercer planeta de cada sistema era doble y engastado con cristal. Sobre la puerta del extremo opuesto, esferas con manecillas frágiles y ornadas señalaban que éste era el día 391 de la cuadragésimo quinta fase lunar del Décimo Año Local de la Colonia en Gamma Draconis III. También señalaban que era el segundo día del año 1405 de la Liga de Todos los Mundos, y que era el doce de agosto en el lejano planeta-patria.

La mayoría de las personas dudaba que siguiera habiendo una Liga de Todos los Mundos, y había pocos paradojicalistas a los que les gustara preguntarse si es que de verdad había habido alguna vez un planeta-patria. Pero los relojes, tanto en esta Gran Asamblea, como en la Sala del Archivo que estaba en el sótano, que habían sido mantenidos en funcionamiento durante seiscientos Años Liga, parecían indicar por su origen y constancia que había habido una Liga y que aún había un planeta-patria, la cuna de la raza humana, Y ellos seguían señalando pacientemente las horas de un planeta perdido en el abismo de la oscuridad y los años. Paciencia, paciencia…

Los otros alterranos lo estaban esperando arriba en la biblioteca o vendrían pronto, reuniéndose en torno al fuego encendido en el suelo y aumentado con maderas acarreadas por el oleaje. Seiko y Alla Pasfal abrieron las espitas de gas y las encendieron manteniendo la llama baja. Aunque Sagat no había dicho nada en absoluto, su amigo Huru Pilotson, que se había acercado al fuego y estaba de pie junto a él, le dijo:

—No te dejes desanimar por ellos, Jakob. Son un hatajo de nómadas estúpidos y tozudos, nunca aprenderán.

—-¿He transmitido algo?

—No, claro que no.

Huru soltó una risita. Era un individuo vivaz, pequeño y tímido, muy devoto de Jakob Agat. Que él era homosexual y Agat no, era un hecho bien conocido de ambos, para todos los que les rodeaban, para todos los habitantes de Landin. Porque en Landin todo el mundo sabía todo, y aunque fuera fatigoso y difícil, la comprensión era la única solución posible a este problema de sobrecomunicación.

—Tú esperabas conseguir mucho cuando saliste de aquí, eso es

todo —siguió Huru—. Tu decepción lo demuestra. Pero no dejes que te quiten los ánimos, Jakob. No son más que hilfos.

Al ver que los otros estaban escuchando, Agat dijo en voz alta:

— Expliqué al anciano lo que yo había planeado; y él me contesto que se lo explicaría a su Consejo. Lo que no sé es hasta qué punto comprendió y cuánto creyó.

— Si te escuchó ya es algo mas de lo que yo había esperado — dijo Alla Pasfal, que era angulosa y frágil, y tenía una piel azul negruzca, y un pelo blanco que remataba su rostro demacrado—. Yo he conocido a Wold desde que tengo uso de razón, Y no esperaba de él que acogiera bien al que le hablara de guerras y cambios.

—Pero debería de estar bien dispuesto. Una vez; se casó con una humana — manifestó Dermat.

—Sí, mi prima Arilia, la tía de Jacob, la exótica en el zoo femenino de Wold. Recuerdo cuando la cortejaba —dijo Alla Pasfal con tan amargo sarcasmo que Dermat perdió los ánimos.

—¿No tomó ninguna decisión de ayudarnos? ¡No le explicaste tu plan de ir hasta la frontera para hacer frente a los Gales! —balbuceó Jonkendy Li, de modo apresurado y con cara desilusionada.

Era muy joven, y había sonado con una buena guerra con marchas y trompetas, como las que habían tenido todos los mayores. Quedarse aquí significaba morirse de hambre o quemado vivo.

—Démosles tiempo. Ya decidirán —respondió Agat gravemente al muchacho.

—¿Cómo te recibió Wold? —le pregunto Seiko Esmit.

Ella era la ultima de una gran familia. Sólo los hijos del primer dirigente de la Colonia habían llevado aquel apellido de Esmit. Y con ella el apellido moriría. Era de la misma edad de Agat, una mujer hermosa y delicada, nerviosa, rencorosa, reprimida. Cuando los alterranos se reunían, ella tenia siempre la mirada fija en Agat. No importaba quién hablara, ella miraba a Agat.

—Me recibió como un igual.

Alla Pasfal asintió con gesto de aprobación y dijo:

—El siempre tuvo mas sentido común que el resto de los varones de su raza.

Pero Seiko prosiguió:

—¿Y qué nos dices de los otros? ¿Pudiste cruzar tranquilo por su campamento?

Seiko podía siempre escarbar en su humillación por muy enterrada y olvidada que él la tuviera. Su prima décima, su hermana-compañera de juegos-amante-amiga, percibía inmediatamente cualquier debilidad, cualquier dolor que sintiera *él, y* su simpatía y compasión se cerraban sobre *él* como una trampa. Estaban demasiado próximos. Demasiado cerca. Huru, la anciana Alla, Seiko y todos ellos.

El aislamiento que lo había enervado hoy le había dado también un atisbo de distancia, de soledad, había quizá despertado en él un anhelo. Seiko se lo quedó mirando, observándolo con sus ojos límpidos, suaves y oscuros, sensibles a los estados de ánimo y las palabras de *él*. La chica hilfa, Rolery, nunca *le* había mirado a la cara, nunca había hecho frente a su mirada. Siempre apartaba los ojos, sus ojos dorados y extraños.

—No me detuvieron —respondió a Seiko brevemente—. Bueno, mañana puede que ellos decidan algo sobre nuestra sugerencia. O al día siguiente. ¿Cómo ha ido esta tarde el aprovisionamiento del Rimero?

La conversación derivó hacia temas generales, aunque tendía siempre a centrarse en torno y a referirse a Jakob Agat. Él era más joven que varios de ellos, y aunque diez alterranos eran elegidos como iguales para ocupar durante diez años sus cargos en el consejo, él era de modo claro y reconocido su dirigente, su centro. No es que hubiera ninguna razón especial visible para ello, excepto el vigor con que se movía y hablaba, su aire de autoridad, cuyos efectos sobre él eran una cierta tensión y gravedad, resultados de la pesada carga de responsabilidad que había llevado durante tanto tiempo, y que cada día era más excesiva.

—Cometí un desliz —dijo a Pilotson, mientras que Seiko y las otras mujeres del consejo preparaban y servían una infusión de hojas de basuk, llamada ti, en las tacitas ceremoniales.

—Puse tanto interés en convencer a aquel viejo de que los gaales son realmente un peligro, que creo que transmití por un momento. No de modo verbal; pero él pareció como si hubiera visto un fantasma.

—Tienes un sentido de la proyección muy poderoso, y te controlas mal cuando estas bajo tensión. Probablemente él vio un fantasma.

—Hemos estado sin contacto con los hilfos tanto tiempo, hemos vivido tanto para nosotros mismos, estamos tan aislados que no puedo fiarme de mi control. Primero dirigí la palabra a aquella chica allá en la playa, luego me proyecte hacia Wold, dirán que somos brujos si esto sigue, como lo dijeron en los primeros años… Y hemos de lograr que confíen en nosotros. ¡En tan breve tiempo! ¡Si hubiéramos previsto lo peligrosos que son ahora los gaales!

—Bueno —comentó Pilotson en su estilo prudente—, como ya no hay mas asentamientos humanos a lo largo de la costa, demos gracias a tu previsión al enviar exploradores al norte, que nos han informado de antemano. A tu salud, Seiko —añadió, aceptando la humeante tacita que ella le entregó.

Agat tomó la última tacita de la bandeja, y se bebió su contenido de un trago, El ti recién hecho producía una ligera sensación

estimulante. Él sintió un vivido calorcillo astringente en la garganta y se dio cuenta de la intensa mirada de Seiko, de la gran sala desnuda iluminada, del crepúsculo fuera de las ventanas. *La* taza que tenía en sus manos, de porcelana azul, era muy antigua, un trabajo del Quinto Año. Los libros impresos a mano guardados en cajas situadas bajo las ventanas eran también de gran antigüedad. Todos sus lujos, todo lo que los hacia civilizados, todo lo que les mantenía alterranos era antiguo. En vida de Agat, y mucho antes, no había habido energía ni ocio para esas afirmaciones sutiles y complejas de la habilidad y el espíritu del hombre. Ahora se limitaban a conservar y a perdurar.

Año tras año, al menos durante diez generaciones, su número había ido disminuyendo; muy gradualmente, pero cada vez nacían menos niños. Ellos quedaron cercenados y al mismo tiempo en desventaja. Los viejos sueños de dominación fueron olvidados definitivamente. Volvieron (si los Inviernos y las hostiles tribus hilfas no se aprovecharon de su debilidad primero) al viejo centro, la primera colonia, Landin. No enseñaron a sus hijos nada nuevo, sino los viejos conocimientos y las antiguas maneras. Vivieron cada vez más humildemente, y llegaron a valorar lo sencillo sobre lo complicado, la calma sobre la emulación, el valor sobre el éxito. Se retiraban.

Agat, mirando fijamente a la tacita que tenía en su mano, vio en su clara transparencia la perfecta habilidad de su hechura y la fragilidad de su sustancia, una especie de epítome del espíritu de su pueblo. Fuera de las altas ventanas el aire tenía el mismo azul translúcido. Pero era frío: un crepúsculo azul, inmenso y frió. Agat evocó de nuevo el viejo terror de su infancia, el terror que, conforme él se volvió adulto, razonó así: este mundo en el que él había nacido, en el cual su padre y antepasados habían nacido durante veintitrés generaciones, no era su patria ni su hogar. Su especie era aquí extraña. Y en su interior ellos se daban cuenta de eso. Ellos eran los lejosnatos. Y poco a poco, con mayestática lentitud, con la obstinación vegetal del proceso de evolución, este mundo los estaba matando, rechazaba el injerto.

Ellos eran quizá demasiado sumisos a este proceso, tenían demasiadas ganas de extinguirse. Pero no tenían ni el conocimiento ni la habilidad para combatir la esterilidad y los abortos prematuros que reducían sus generaciones. Porque no toda la sabiduría estaba escrita en los Libros de la Liga, y día a día, y año a año, siempre se perdían algunos conocimientos, suplantados por ese poco de información mucho más útil inmediatamente y que concernía a la resistencia aquí y ahora. Y al final, habían llegado a no comprender mucho de lo que los libros les decían. ¿Qué quedaba en verdadera de su herencia? Si alguna vez la nave de que hablaban las viejas esperanzas y relatos

descendía envuelta en fuego de las estrellas, los hombres que bajaran de ella ¿sabrían que ellos eran también hombres?

Pero ninguna nave había venido, ni vendría. Ellos morirían; su presencia aquí, su largo exilio y lucha en este mundo acabaría, roto como un pedazo de arcilla.

Soltó la tacita con mucho cuidado sobre la bandeja, y se secó el sudor de su frente. Seiko le estaba mirando. El se apartó de ella bruscamente y empezó a escuchar a Jonkendy, Dermat y Pilotson. Entre aquel débil alud de presentimientos él había recordado brevemente, ajena al asunto y, sin embargo, pareciendo ser a la vez una explicación y un signo, a la ligera, ágil y asustada figura de aquella chica, Rolery, que le tendía su mano desde las piedras oscuras asediadas por el mar.

4. Los jóvenes altos

El ruido fuerte y sordo de piedra golpeada sobre piedra resonó entre los tejados *y* murallas inacabadas de la Ciudad de Invierno, y llegó hasta las altas tiendas rojas levantadas alrededor de ella. Los gritos de *ak ak ak ak* se oyeron largo tiempo, hasta que de repente un segundo golpeteo se unió a él como contrapunto, *kadak ak ak kadak*. Le siguió otro en una nota más elevada, con un ritmo rápido, y otro, y otro más, hasta que se perdió toda medida en el estruendo confuso del ruido constante, una avalancha de choques de piedras contra piedras en el cual el ritmo de cada golpeteo particular quedaba sumergido y no era distinguible.

Conforme aquel fragor de ruidos prosiguió incesante y aturdidor, el Hombre Mayor de los Hombres de Askatevar caminó lentamente desde su tienda entre las filas de tiendas y fuegos encendidos para cocinar de los cuales se elevaba el humo a través de la luz tenue del anochecer de un Otoño tardío. Rígido y grave, el anciano recorrió solo el campamento de su pueblo y entró por la puerta de la Ciudad de Invierno por un tortuoso sendero entre los tejados de madera de las casas, que se asemejaban a tiendas, pues no tenían paredes laterales sobre el suelo, y llego a un espacio abierto en medio de aquellos techos puntiagudos. Allí había un centenar de hombres sentados, las rodillas contra el mentón, golpeteando piedras contra piedras, machacando, en una percusión que parecía un trance hipnótico carente de tono. Wold se sentó, completando el circulo. Tomó la más pequeña de las dos pesadas piedras desgastadas por el agua que había frente a él, y con una fuerza satisfactoria la golpeó contra la mayor: ¡*Klak!* ¡*Klak!* ¡*Klak!* A derecha e izquierda de él prosiguió el estruendo, un rugido rechinante de ruidos al azar en medio del cual podía oírse de vez en cuando un fragmento de cierto ritmo. El ritmo desaparecía, se repetía, una concatenación de ruidos casuales. Cuando se repitió, Wold se sumó a él, lo dejó cuando cesó de nuevo y lo mantuvo al volver otra vez. Ahora para él dominaba el estruendo. Ahora lo marcaba su vecino de la izquierda, sus dos piedras levantándose y cayendo a la vez; ahora su vecino de la derecha. Ahora lo estaban marcando otros al otro lado del circulo, golpeteando al unísono. Se distinguió claro entre el ruido, lo dominó, y forzó a todo ruido distinto a someterse a su ritmo simple e incesante, el concordante y fuerte latir de los Hombres de Askatevar, golpeteando, golpeteando, golpeteando.

Esta era toda su música, toda su danza.

Al final un hombre se levanto de un salto y se dirigió hacia el centro del anillo. Llevaba el torso desnudo, y tenía pintadas rayas negras en sus brazos y piernas; el pelo era una nube negra que

enmarcaba su cara. El ritmo se aligeró, disminuyo, se extinguió. Se hizo silencio.

—El heraldo que vino del norte nos ha traído la noticia de que los gaales siguen el sendero de la costa y vienen en gran número. Han llegado a Tlokna. ¿Habéis oído esto? Un rumor de asentimiento.

—Y ahora escuchad al hombre que ha convocado este Golpeteo de Piedras —dijo el heraldo-hechicero.

Wold se levantó con dificultad. Se quedó de pie en su sitio, su mirada fija hacia adelante, macizo, cicatrizado, inmóvil, una anciana figura de hombre.

—Un lejosnato ha venido a mi tienda —declaró al final con su voz profunda, debilitada por los años— Es el jefe de los de Landin, Dijo que los lejosnatos han crecido poco y pidió la ayuda de los hombres.

Surgió un rumor de todos los cabezas de clanes y de familias, que siguieron sentados inmóviles, con las rodillas contra el mentón, en el círculo. Y sobre el círculo, sobre los puntiagudos tejados de madera que había encima de ellos, levantándose muy altos hacia la luz dorada y fría, un ave blanca giró, anunciadora del Invierno.

—Este lejosnato dijo que la Marcha hacia el Sur no se hace por clanes y tribus, sino que todos juntos forman una horda; son muchos miles dirigidos por un gran jefe.

—Y ¿cómo lo sabe él? —preguntó alguien con voz ronca. El protocolo no era muy estricto en los Golpeteos de Piedras de Tevar, ya que Tevar no había sido nunca gobernada por sus hechiceros como otras tribus.

—Dijo que los gaales sitian las Ciudades de Invierno y se apoderan de ellas. Aseguró que al menos eso le había ocurrido a Tlokna. El lejosnato dice que los guerreros de Tevar deben unirse a los de Landin y con los hombres de Pernmek y Allakskat ir hasta el norte de nuestros terrenos de caza y desviar la Marcha hacia el Sur en dirección al Sendero de las Montañas. Estas cosas dijo, y yo las oí. ¿Habéis oído?

El asentimiento fue desigual y turbulento, y un jefe de clan se puso de pie en seguida.

—¡Mayor! De tu boca hemos oído siempre la verdad. Pero, ¿cuándo dijo la verdad un lejosnato? ¿Cuándo han escuchado los hombres a los lejosnatos? Yo no oí nada de lo que ese lejosnato dijo. ¿Y qué si su ciudad perece en la Marcha hacia el Sur? Allí no viven hombres. Que perezcan y entonces los hombres podremos apoderarnos de sus tierras.

El orador Walmek, era un hombre alto y oscuro de mucha verborrea. A Wold nunca le había sido simpático, y el disgusto influyó en su réplica:

—Ya he oído a Walmek. Y no por primera vez. ¿Son los lejosnatos

hombres o no lo son? ¡Quién sabe! Puede que bajaran del cielo como dice la leyenda. Puede que no. Nadie bajó del cielo este Año… Se parecen a los hombres, luchan como los hombres. Sus mujeres son como las mujeres, ¡eso puedo asegurarlo! Tienen alguna sabiduría. Es mejor escucharles.

Su referencia a las mujeres lejosnatas hizo que todos ellos hicieran muecas mientras permanecían sentados en su círculo solemne; pero él se arrepintió de haberlo dicho. Era estúpido recordarles sus antiguos lazos con los forasteros. Y era una equivocación… Ella había sido su esposa, al fin, y al cabo…

Se sentó, confundido, dando a entender que no hablaría más.

Algunos de los otros hombres, sin embargo, se sintieron lo suficientemente impresionados por la noticia traída por el heraldo, y la advertencia de Agat, para discutir con aquellos que no hacían caso o desconfiaban de las noticias. Uno de los hijos primaveranatos de Wold, el llamado Umaksuman, al que le gustaban las incursiones y las correrías, habló claramente en favor del plan de Agat de marchar hacia los límites.

—Es un truco para sacar de aquí a nuestros hombres y alejarlos al norte de los terrenos de pastos, para que los sorprendan las primeras nieves, mientras que los lejosnatos nos roban nuestros rebaños y mujeres y se aprovechan de nuestros graneros. Ellos no son hombres. ¡No hay nada bueno en ellos! —despotricó Walmek, quien rara vez había encontrado un tema tan bueno para hablar pestes.

—Eso es lo que siempre han querido, ¡nuestras mujeres! No me extraña que ellos sean cada vez menos y se estén extinguiendo. Todo lo que traen al mundo son monstruos. Quieren nuestras mujeres para tener hijos humanos que puedan considerar suyos —esta vez quien habló fue un joven cabeza de familia, que estaba muy excitado.

—¡Aagh! —refunfuñó Wold ante esta mezcolanza de creencias erróneas; pero permaneció sentado y dejó que Umaksuman replicara a aquel individuo.

—¿Y qué si el lejosnato dijo la verdad? —prosiguió Umaksuman —. ¿Y qué pasará si todos los gaales invaden nuestras tierras, y vienen por miles? ¿Estamos listos para combatir con ellos?

—Pero las murallas aún no han sido acabadas, las puertas no han sido levantadas, la última cosecha aún no ha sido almacenada — objetó un anciano. Esto, más que la desconfianza hacia los forasteros, era el meollo de la cuestión. Si los hombres capacitados marchaban hacia el norte, ¿podrían las mujeres, niños y ancianos terminar la obra de construcción de la Ciudad de Invierno antes de que el Invierno se les echara encima? Posiblemente no. Era correr un riesgo muy grande y sólo por lo que había dicho un lejosnato.

El propio Wold no había lomado una decisión, y trataba de

atenerse a lo que decidieran los Mayores. A él le caía simpático el lejosnato Agat, y no creía que quisiera engañarles ni que fuera un embustero; pero era imposible asegurarlo. Si a veces ni siquiera se podía tener confianza en los propios hombres, que se portaban de modo hostil. No había manera de saberlo. Puede que fuera verdad que los gaales venían formando un ejército. Ciertamente el Invierno se acercaba. ¿Con cuál enemigo enfrentarse primero?

Los Mayores hicieron un movimiento de vaivén sin decidirse a nada; pero la facción de Umaksuman impuso sus puntos de vista, hasta lograr que se enviaran corredores a los dos territorios vecinos, Allakskat y Pernmek, para sondearlos sobre el proyecto de una defensa conjunta. Ésa fue la única decisión que tomaron; el hechicero soltó al huesudo hann que había traído para el caso de que se acordara ir a la guerra, y se debiera proceder al rito de su lapidación, y los Mayores se dispersaron.

Wold estaba sentado en su tienda con hombres de su linaje, ante un buen cuenco de bhan caliente, cuando afuera se produjo una conmoción. Umaksuman salió a ver que pasaba, gritó a todo el mundo que se fuese y volvió a entrar en la tienda detrás del lejosnato Agat,— Bienvenido, Alterra —dijo el anciano, y dirigiendo una mirada furtiva a sus dos nietos, añadió—: ¿Quiere sentarse con nosotros y comer?

Le gustaba escandalizar a la gente: siempre lo había hecho. Por eso en los viejos tiempos siempre se había escapado para irse con los lejosnatos. Y este gesto lo liberaba mentalmente de esa vaga vergüenza que sentía desde que habló ante los otros hombres de *la* chica lejosnata que ya hacía tantos años fue su esposa.

Agat tranquilo y grave como antes, aceptó y comió lo suficiente para demostrar que aceptaba la hospitalidad en serio; espero hasta que todos hubieran terminado de comer y la esposa de Ukwet hubo retirado los restos. Entonces dijo:

—Mayor, te escucho.

—No hay mucho que oír — replico Wold, que eructó—, Hemos enviado mensajeros a Pernmek y Allkskat. Pero hay pocos que estén por la guerra. Cada día hace más frío, y la segundad está detrás de las murallas, bajo los tejados. En los tiempos antiguos, nosotros no fuimos grandes caminantes, como lo fuisteis vosotros; pero sabemos como ha sido siempre la Manera del Hombre, y nos atenemos a ella.

—La Manera de vosotros es buena —contestó el lejosnato—, bastante buena, y quizá los gaales la han aprendido. En pasados Inviernos ustedes fueron más fuertes que los gaales porque los clanes de ustedes se unieron contra ellos. Ahora también los gaales han aprendido que la fuerza está en el número.

—Si es verdadera la noticia —terció Ukwet, que era uno de los nietos de Wold, aunque mayor que el hijo de Wold, Umaksuman.

Agat se lo quedo mirando en silencio. Ukwet volvió la cara ante aquella oscura mirada que se fijaba en él directamente.

—Si no es cierta, entonces, ¿por qué los gaales se están dirigiendo tan tarde hacia el sur? —preguntó Umaksuman—. ¿Qué les detiene? ¿Es que antes esperaban a que las cosechas estuvieran almacenadas?

—¿Quién sabe? —dijo Wold—. El Año pasado vinieron mucho antes de que saliera la Estrella de las Nieves, lo recuerdo. Pero ¿quién recuerda lo que pasó hace dos Años?

—Puede que sigan el Sendero de las Montañas —opinó el otro nieto—, y que no atraviesen para nada las tierras de Askatevar.

—*El* mensajero dijo que se habían apoderado de Tlokna —terció Umaksuman con sequedad— y Tlokna está al norte de Tevar en el Sendero de la Costa. ¿Por qué no creer en esa noticia, por que esperamos para actuar?

—Porque los hombres que van a la guerra en Invierno no viven hasta la Primavera —refunfuño Wold.

—Pero si vienen…

—Si vienen, lucharemos.

Hubo una pequeña pausa. Agat esta vez no miró a ninguno de ellos, y mantuvo baja su mirada oscura, como un humano.

—La gente dice que los lejosnatos tienen poderes extraños —observó Ukwet con un dejo burlón, dándose cuenta de su triunfo—. Yo no se nada de eso, pues nací en las Tierras de Verano y nunca vi lejosnatos antes de esta fase lunar, y mucho menos me senté a comer con uno. Pero si son brujos y tienen tales poderes, ¿por qué necesitan nuestra ayuda contra los gaales?

—¡No quiero escucharte! —grito Wold, su rostro encendido y sus, ojos acuosos. Ukwet se abofeteó la cara. Furioso por esta insolencia hacia un huésped de su tienda, y por su propia confusión e indecisión que le hacían discutir contra ambas partes, Wold se sentó jadeante, mirando con ojos inflamados al joven, que mantenía oculta su cara.

—Yo hablo —dijo Wold al final, su voz aún fuerte y profunda, libre por un instante del tono cascado de la ancianidad—. Yo hablo: ¡Escuchad! Irán mensajeros por el Sendero de la Costa hasta que encuentren la Marcha hacia el Sur, Y tras ellos, a dos días de marcha, pero no más allá del límite de nuestro territorio, los seguirán guerreros, todos los hombres nacidos entre Mediados de Primavera y el Barbechado de Verano. Si los gaales vienen en gran número, los guerreros los rechazarán hacía el este en dirección a las montañas; si no, volverán a Tevar.

Umaksuman rió estentóreamente y declaró:

—Mayor, ¡ningún hombre es capaz de dirigirnos más que tú!

Wold refunfuñó, eructó y se acomodó.

— Pero tú conducirás a los guerreros —dijo a Umaksuman con

hosquedad.

Agat, que no había hablado durante un rato, manifestó con su modo tranquilo:

—Mi pueblo puede enviar trescientos cincuenta hombres, iremos por la antigua carretera de la playa, y nos reuniremos con vuestros hombres en el limite de Askatevar.

Se levantó y alargó su mano. Enfurruñado por haber sido arrastrado a este compromiso, y aún conmovido por sus emociones, Wold no le hizo caso.

Umaksuman se levantó con gran rapidez, y apoyó su mano contra la del lejosnato. Estuvieron así por un momento a la luz del fuego como el día y la noche. Agat oscuro y sombrío. Umaksuman de piel blanca y ojos claros, radiante.

La decisión estaba tomada, y Wold sabía que podía imponérsela a los otros Mayores. Sabía también que era la última decisión que tomaría. Él podía enviarlos a la guerra, pero Umaksuman volvería, como jefe de los guerreros, y por lo tanto el dirigente más fuerte de los Hombres de Askatevar. El acto que acababa de realizar Wold era su propia abdicación, Umaksuman sería el jefe joven. El cerraría el círculo del Golpeteo de Piedras, él dirigiría a los cazadores en Invierno, las correrías en Primavera, los grandes vagabundos de los largos días de Verano. Su Año estaba justamente empezando…

—¡Vamos! —refunfuñó Wold a todos—. Convoca el Golpeteo de Piedras para mañana, Umaksuman. Di al hechicero que ate un hann a una estaca, un hann que sea g*ordo* y que tenga un poco de sangre.

No quiso hablar a Agat. Todos se marcharon, todos los jóvenes altos. *El* se sentó en cuclillas sobre sus rígidas corvas junto a su fuego, mirando fijamente a las llamas amarillas como si fueran el corazón de una perdida brillantez, el calor irrecuperable de un Verano.

5. Crepúsculo en los bosques

El lejosnato salió de la tienda de Umaksuman y permaneció un minuto hablando con el joven jefe, los dos mirando hacia el norte, semicerrando los ojos ante el azote del viento. Agat movió su mano extendiéndola como si hablara de las montañas. Un ramalazo de viento llevó una o dos palabras de las que estaba diciendo hasta Rolery, que se hallaba, observándoles, en el sendero que subía hacia la puerta de la ciudad. Cuando ella lo oyó hablar, un temblor le sacudió todo el cuerpo, un ligero temor, una flojedad recorrió sus venas, haciéndole recordar cómo aquella voz había hablado en su mente, en su carne, cuando él la llamó.

Tras ello, como un eco distorsionado en su memoria, vino la seca voz de mando como una bofetada, cuando en el sendero del bosque él se volvió hacia ella, diciéndole que se fuera, que escapara de él.

De repente ella soltó las cestas que llevaba. Hoy se estaban mudando de las tiendas rojas de su infancia nómada a la madriguera de tejados picudos, salas subterráneas, túneles y callejuelas de la Ciudad de Invierno, y todas sus primas, hermanas, tías y sobrinas, se apresuraban gritando, subían y bajaban por los senderos, y entraban y salían de tiendas y puertas con pieles y cajas, y ramas que desgarraban sus vestidos y se enredaban en su capucha. Dejó las cestas junto al sendero, y empezó a caminar hacia el bosque.

—¡Rolery! ¡Rolery! —vociferaron chillonas las voces que siempre estaban gritando tras ella, acusándola, llamándola.

Siguió su camino sin volverse. Tan pronto como pudo internarse en el bosque, echó a correr. Cuando todas las voces dejaron de oírse en el silencio de aquel bosque lleno de los susurros y gemidos de los árboles agitados por el viento, y nada le hizo recordar el campamento de los suyos excepto un débil y acre olor a humo de leña quemada que traía el aire, ella aminoró el paso. En algunos tramos, grandes troncos caídos obstaculizaban el sendero y había que pasar por encima o por debajo de ellos. Las rígidas ramas secas desgarraban su vestido, tirando de su capucha. El bosque no era un lugar seguro con este viento, y en aquel preciso instante, en algún lugar cercano a la cumbre, oyó el crujido de un árbol que se desplomaba ante el empuje del viento. Pero no le importó. Tenía ganas de volver otra vez a aquellas grises arenas y quedarse allí quieta, completamente quieta, para ver la espumosa muralla de nueve metros de agua cayendo sobre ella… Y tan de improviso como se había puesto en marcha, se detuvo, y se quedó de pie en el sendero iluminado por el crepúsculo.

El viento sopló, cesó de soplar y volvió a ráfagas. Un cielo calinoso se contorneo y abatió sobre la red de ramas sin hojas. Ya casi

reinaba la oscuridad. La rabia y la determinación la habían dejado agotada; ahora sentía una especie de temeroso estupor y encorvaba los hombros contra el viento. Algo blanco cruzó vertiginosamente ante ella. Soltó un grito, pero no se movió. De nuevo aquel movimiento blanco paso ante sus ojos, y luego se detuvo de repente por encima de ella en una rama tronchada: una gran ave o animal alado, completamente blanco, con labios cortos y ganchudos que se abrían y cerraban, y ojos fijos plateados. Agarrándose a la rama con cuatro garras desnudas, aquel bicho se la quedó mirando, y ella se irguió, ambos sin moverse. Los ojos plateados no parpadearon. De pronto unas grandes alas blancas se abrieron, más anchas que la altura de un hombre, y se agitaron entre las ramas, rompiéndolas. Aquel bicho aleteó y gritó, y luego, aprovechando una ráfaga de viento, se echó a volar alejándose pesadamente entre las ramas y las rápidas nubes.

—Es un Ave de las Tormentas —fue Agat quien habló, apareciendo en el sendero, a unos pasos tras ella—. Se dice que anuncian las ventiscas.

El gran animal plateado la había dejado aturdida. Y el pequeño aflujo de lágrimas que acompañaba a los de su raza en las sensaciones fuertes la cegó por un momento. Ella había querido quedarse para burlarse, para mofarse, pues se había dado cuenta de que la arrogancia de Agat ocultaba el resentimiento de cuando el pueblo de Tevar lo menosprecio, lo trató como lo que era, un ser de clase inferior. Pero aquel bicho blanco, el Ave de las Tormentas, la había asustado, y ella no pudo contenerse, mirándolo fijamente:

—Te odio, ¡no eres un hombre! ¡Te odio!

Entonces dejó de llorar, apartó la mirada y los dos se quedaron de pie y en silencio durante un buen rato.

—Rolery —dijo el con voz tranquila—. Mírame.

Ella no lo miró. El se adelantó y ella retrocedió a gritos:

—¡No me toques! —con una voz que se parecía al aullido del Ave de las Tormentas, con el rostro distorsionado.

—Contente un poco —murmuró él—. Ten, toma mi mano, ¡tómala!

Él la agarró mientras ella forcejeaba para separarse, y la retuvo sujetándola por ambas muñecas, Ella se quedo inmóvil de nuevo.

—Déjame ir —dijo ella al final con su voz normal. El la soltó en seguida.

La chica aspiró profundamente.

—Tú hablaste, te oí hablar dentro de mi. Allí en la arena. ¿Puedes volver a hacerlo?

Él la observaba, alerta y tranquilo Y asintió con un movimiento de cabeza.

— Sí; pero ya te dije que no lo querría hacer de nuevo.

—Aún oigo aquello. Siento tu voz —ella se llevó las manos a sus oídos.

—Lo se… y lo siento. Cuando te llame no sabía que eras una hilfa…, una tevarana. Eso va contra la ley. Y de todos modos no habría servido de nada.

—¿Qué es una hilfa?

—Así es como os llamarnos a vosotros, hilfos.

—¿Y cómo os llamáis a vosotros mismos?

—Hombres.

Ella se quedó mirando a su alrededor, al susurrante bosque crepuscular, las grises frondas, las nubes que pasaban veloces. Este mundo grisáceo en movimiento era muy extraño; pero ella ya había dejado de estar asustada. El tacto de la mano de él había cancelado la insistente e impalpable sensación de su presencia, le había dado calma, que fue aumentando mientras ellos prosiguieron su conversación. La chica se dio cuenta ahora que había estado medio fuera de juicio durante el día y la noche pasados.

— ¿Todos los de tu pueblo pueden hacer eso… hablar de esa manera?

— Algunos pueden. Es una habilidad que se debe aprender. Requiere práctica. Ven aquí, siéntate un momento, has pasado un mal rato.

El siempre era seco hablando, y sin embargo había ahora en su voz la insinuación de algo muy diferente: como si la urgencia *con* la que él la llamó en la arena se hubiera transmutado en un llamamiento contenido e inconsciente, un intento de establecer una especie de contacto. Se sentaron sobre un árbol basuk caído, a un par de metros del sendero. Ella se fijó en que él se movía y se sentaba dé un modo diferente a los hombres de su raza. El adiestramiento de su cuerpo, la suma de sus gestos, aunque ligeramente, no tenía nada de familiar. Ella se fijó sobre todo en la piel morena de sus manos, que él tenia entrelazadas entre sus rodillas. Y Agat prosiguió:

—Tu pueblo podría aprender el lengua mental si quisiera, pero nunca ha querido. Y lo llama brujería, según creo… Nuestros libros dicen que nosotros lo aprendimos de otra raza, hace mucho tiempo, en un mundo llamado Rokanan. Es una habilidad y también un don.

—¿Puedes leer mi mente cuando quieres?

—Eso está prohibido.

Él dijo eso de modo tan categórico que los temores de ella a ese respecto se disiparon.

—Enséñame esa habilidad —le pidió ella de repente en un arrebato infantil.

—Necesitaría todo el Invierno.

—¿Tú necesitaste todo el Otoño?

—Y parte del Verano también.

Él hizo una ligera mueca.

—¿Qué quiere decir hilfo?

—Es una palabra de nuestro antiguo lenguaje, significa «forma de vida altamente inteligente».

—¿Dónde hay otro mundo?

—Bueno, hay muchos de ellos. Lejos de aquí. Más allá del sol y de la luna.

—Entonces, ¿es verdad que bajasteis del cielo? ¿Para qué? ¿Cómo vinisteis desde más allá del sol hasta esta costa?

—Te lo explicaré, si quieres oírlo: pero no creas que es un cuento, Rolery. Hay muchas cosas que no comprendemos; pero lo que sabemos de nuestra historia es cierto.

—Escucho —susurró ella al modo ritual, impresionada, pero no del todo sumisa.

—Bueno, hubo muchos mundos entre las estrellas, y muchas clases de hombres que vivían en ellos. Construyeron naves que podían surcar la oscuridad entre los mundos, y fueron viajando, comerciando y explorando. Se aliaron en una Liga, como vuestros clanes se alían entre sí para aprovechar un territorio. Pero hubo un enemigo de la Liga de Todos los Mundos. Un enemigo venido de muy lejos. No sé de que lejanías. Los libros fueron escritos para hombres que sabían más que nosotros…

El siempre estaba empleando palabras que sonaban como palabras, pero que no significaban nada: Rolery se preguntó qué sería una nave, y que era un libro. Pero el tono grave y ansioso de voz con que él contó su historia causó impresión en ella, y la dejó fascinada.

—Durante mucho tiempo, la Liga se preparó para luchar contra aquel enemigo. Los mundos más fuertes ayudaron a los más débiles a armarse, a prepararse. Más o menos como nosotros estamos tratando de hacer aquí para enfrentarnos a los gaales. Y el lenguaje mental fue una de las habilidades que ellos enseñaron, y había armas, los libros dicen fuegos, que podían incendiar planetas enteros y hacer estallar las estrellas… Bueno, durante esa época mi pueblo vino de su planeta originario hasta este en que nos encontramos. No eran muchos. Deseaban trabar amistad con vuestros pueblos y ver si querían ser un mundo más de la Liga, y unirse contra el enemigo. Pero el enemigo vino. La nave que trajo a mi pueblo regresó al sitio de donde había venido, para combatir en la guerra, y algunas de las personas se fueron con ella, llevándose el parlante lejano con que aquellos hombres se podían hablar unos a otros de un mundo a otro. Algunos de los individuos de mi pueblo se quedaron aquí tratando de ayudar a este mundo si el enemigo venía, o bien no pudieron regresar. Los documentos de sus archivos dicen sólo que la nave se marchó. Era

como una espada blanca de metal, más grande que una ciudad, que se elevaba sobre una pluma de fuego. Tenemos imágenes de ella. Creo que pensaban volver pronto… Eso fue hace diez Años.

—¿Y cómo terminó la guerra contra el enemigo?

—No lo sabemos. Ignoramos todo lo que ocurrió desde el día en que la nave se fue. Algunos de nosotros se figuran que debimos de perder la guerra y otros creen que la ganamos, pero con mucha dificultad, y los pocos hombres que quedamos aquí fuimos olvidados en los años de lucha. ¿Quién sabe? Si sobrevivimos, algún día lo descubriremos; si no viene nadie, construiremos una nave e iremos a averiguarlo.

Dejó escapar un suspiro irónico.

A Rolery la cabeza la daba vueltas con esos torbellinos de tiempo, espacio e incomprensión.

—Es muy duro vivir así—dijo ella al cabo de un rato.

Agat se echó a reír, como sobresaltado.

—No, eso es lo que constituye nuestro orgullo. Lo que es duro es mantenerse vivo en un mundo al que tú no perteneces. Hace cinco Años éramos un pueblo muy numeroso. Ahora, míranos.

—Dicen que los lejosnatos nunca están enfermos. ¿Es verdad eso?

—Si. A nosotros no se nos contagian vuestras enfermedades, y no trajimos ninguna de las nuestras. Pero sangramos cuando nos cortamos, ya sabes… Y nos hacemos viejos, nos morimos…, como los humanos.

—Bueno, claro—dijo ella, disgustada.

Él dejó de ser sarcástico.

—Lo malo es que no tenemos bastantes hijos. Hay muchos abortos o niños que nacen muertos. Muy pocos logran sobrevivir.

—Ya he oído decir eso, y he pensado en ello. Es que sois tan extraños. Concebís niños en cualquier época del Año, incluso durante la Barbecho de Invierno… Y eso ¿porqué?

—No podemos evitarlo, somos así —él volvió a reírse. mirándola; pero ella estaba muy seria ahora.

—Yo nací fuera de estación, en la Barbecho de Verano —explicó ella—. Eso ocurre entre nosotros muy raramente; y ya ves cuando el Invierno termine seré demasiado vieja para tener un niño de Primavera. Nunca tendré un hijo. Cualquier de estos días algún anciano me tomará como quinta esposa, pero la Barbecho de Invierno ha empezado y cuando llegue la Primavera seré vieja… Es por ello que moriré estéril. Para una mujer, es mejor no haber nacido fuera de estación, como nací yo… Y otra cosa, ¿es verdad eso que dicen de que un lejosnato sólo toma una esposa?

Él asintió, y ella se encogió de hombros.

—¡No me extraña que cada vez seáis menos!

El hizo una mueca, pero ella insistió:

—Muchas esposas, muchos hijos. Si tú fueras tevarano, ya tendrías cinco o seis hijos. ¿Tienes alguno?

—No, soy soltero.

—Pero, ¿no se ha acostado nunca con una mujer?

—Bueno, sí —contestó él, y ya más afirmativamente—: ¡Pues claro! Pero cuando queremos hijos, nos casamos.

—Si tú fueras uno de los nuestros…

—Pero no soy uno de los vuestros —replicó él.

Se hizo un silencio. Finalmente, el dijo muy amable:

—No son las maneras y costumbres lo que hace la diferencia. No sabemos en dónde está el mal; pero está en el semen. Algunos doctores creen que se debe a que este sol es diferente al sol bajo el cual nació nuestra raza. Nos afecta, cambia nuestro semen poco a poco. Y ese cambio mata.

De nuevo se hizo el silencio entre ellos.

—¿Cómo era el otro mundo…, el vuestro?

—Hay canciones que explican cómo era —repuso el, pero cuando ella le pregunto con timidez qué era una canción, él no contestó; al cabo de un rato dijo—: En nuestro lugar de origen el mundo estaba más cercano a su sol, y el año no tenía siquiera la duración de una fase lunar de aquí. Eso dicen los libros. Fíjate, todo el Invierno duraba noventa días…

Esto hizo reír a los dos.

—¡No tendrían tiempo de encender un fuego! —se burló Rolery.

La oscuridad sustituía poco a poco a la penumbra del bosque. El sendero corría indistinto frente a ellos, una débil abertura entre árboles que conducía por la izquierda a la ciudad de ella, y por la derecha a la de él. Pero aquí solo había viento, penumbra y soledad. La noche se acercaba rápidamente. Noche, Invierno y guerra, tiempo de morir.

—Yo tengo miedo al Invierno —dijo ella en voz baja.

—Todos se lo tenemos —contesto él—. ¿Cómo será?… Solo hemos conocido la luz del sol.

Ella no había conocido nunca a nadie, entre los suyos, que hubiera roto su temeraria y descuidada soledad mental; como no tenía compañeros de su edad, y también por propia elección, siempre había estado sola, yendo a lo suyo, y preocupándose muy poco de las demás personas. Pero ahora, cuando el mundo se volvía grisáceo, y nada prometía algo mas allá de la muerte, ahora que sentía temor por primera vez, había conocido a él, la figura morena junto a la torrerroca que se levantaba sobre el mar, y había oído una voz que habló en su sangre.

—¿Por qué nunca me miras? — le pregunto él.

—Te miraré—contesto ella—, si tú quieres que lo haga.

Pero no lo hizo, aunque sabia que él la estaba mirando con aquellos extraños ojos sombríos. Al final, ella alargo su mano y él se la tomó.

—Tus ojos son dorados —le dijo él—. Quiero…, quiero… ¡Si supieran que estamos juntos ahora!

—¿Los tuyos?

— No, los tuyos. A los míos no les importa.

—Y los míos no tienen por qué enterarse.

Los dos hablaron casi en susurros, pero ansiosamente, sin pausas.

—Rolery, me marcho para el norte dentro de dos noches.

—Ya lo sé.

—Cuando vuelva…

—Pero, ¿y si no vuelves? —gritó la chica, bajo la presión del terror que se había apoderado de ella por el fin del Otoño, el miedo al frío y la muerte.

Él la sostuvo contra sí, asegurándole, con voz tranquila, que él volvería.

Y mientras Agat hablaba, ella sintió el latido del corazón de él y el latido de su propio corazón.

—Quiero quedarme contigo —dijo Rolery.

—Quiero quedarme contigo —repitió él.

Se había hecho la oscuridad alrededor de ellos. Cuando se levantaron caminaron lentamente por la grisácea lobreguez. Ella le siguió hacia la ciudad de él.

—¿Dónde podemos ir? —preguntó él con una especie de risa sarcástica—. Esto no es como un amor de Verano… Hay un refugio de cazadores allá por la loma… Pero te van a echar de menos en Tevar.

—No —susurró ella—. No me echarán de menos.

6. Nieve

Los exploradores ya se habían ido; mañana los Hombres de Askatevar emprenderían la marcha hacia el norte por la ancha y confusa senda que dividía su territorio, mientras que el grupo más pequeño de Landin iría por la vieja carretera de la costa. Al igual que Agat, Umaksuman había juzgado que era mejor mantener separadas a las dos fuerzas hasta la víspera del combate. Se habían aliado sólo porque Wold había impuesto su autoridad. Muchos de los hombres de Umaksuman, aunque veteranos de muchas incursiones y expediciones de saqueo antes de la Paz de Invierno, habían ido con desgana a esta guerra fuera de temporada, y una facción numerosa, que incluso contaba con miembros dentro de su linaje, detestaba tanto esta alianza con los lejosnatos que estaban dispuestos a interponer tantas dificultades como pudieran. Ukwek y otros habían dicho abiertamente que cuando hubieran terminado con los gaales, acabarían con los brujos. Agat no hizo caso de eso, previendo que la victoria modificaría, y la derrota acabaría, sus prejuicios; pero ello preocupaba a Umaksuman, cuyos pensamientos no iban tan lejos.

—Nuestros exploradores los tendrán siempre a la vista a lo largo de todo el camino. Puede que los gaales no nos esperen en la frontera.

—El Valle Largo más abajo de Cragtop sería un buen sitio para entablar batalla —dijo Umaksuman con su abierta sonrisa—. ¡Buena suerte, Alterra!

—¡Buena suerte, Umaksuman!

Se separaron como amigos, allí bajo la entrada de piedra cimentada en barro de la Ciudad de Invierno. Al volverse Agat algo brilló en la empañada atmósfera de la tarde más allá del arco, el movimiento de algo que se agitaba. Él alzó la mirada, sorprendido, y luego se volvió.

—Mira eso.

El nativo salió de las murallas y se quedó al lado de él un minuto, para ver por primera vez aquello de que tanto habían hablado los ancianos. Agat alargó su mano con la palma hacia arriba. Una reluciente partícula blanca tocó su muñeca y desapareció. El largo valle cubierto de rastrojos y pastos consumidos, el arroyo, la oscura mancha del bosque y las lejanas colinas al sur y al oeste parecieron temblar ligeramente, retirarse, mientras los copos caían al azar de un cielo que parecía muy bajo, girando e inclinándose un poco, aunque el viento estaba en calma.

Los niños gritaron excitados tras ellos entre las casas de tejados de madera.

—La nieve es más pequeña de lo que pensé —dijo Umaksuman al

final, con voz soñadora.

—Yo pensé que sería más fría. El aire parece más caliente que antes.

Agat se sintió emocionado por la encantadora fascinación de la caída de la nieve.

—Hasta que nos veamos en el norte —añadió, subiéndose el cuello de piel para protegerse del extraño y frío contacto de los diminutos copos, y partiendo por el sendero que llevaba a Landin.

Ya medio kilómetro dentro del bosque, vio el tenue sendero lateral que llevaba al refugio de cazadores, y al pasar por él sintió como si por sus venas pasara fuego líquido. «¡Vamos, vamos!», se dijo a sí mismo, impaciente por sus repetidas faltas de autocontrol. Había estado meditando en los pocos ratos que había tenido para pensar en el día de hoy, y dejar las cosas en su punto. La pasada noche, había sido la pasada noche. Muy bien, había sido eso y nada más. Aparte del hecho de que ella era, al fin y al cabo, una hilfa, y él era un ser humano, no había futuro en aquello, y era un disparate se mirara como se mirase. Desde que él había visto su cara en los negros escalones por encima de la marea, había pensado en ella y deseado verla, como un adolescente haciendo el tonto detrás de su primera chica; y si había algo que él odiara era la estupidez, la obstinada estupidez de una pasión incontrolada. Ello llevaba ciegamente a los hombres a correr riesgos, a jugarse cosas verdaderamente importantes por un momento de lujuria, a perder el control sobre sus actos. Por ello, para conservar el dominio de sí mismo, había ido con ella la pasada noche y había sido lo más sensato que pudo. Y se dijo a sí mismo una vez más, mientras caminaba deprisa con la cabeza alta y la escasa nieve que caía danzaba alrededor de él: esta noche la volveré a ver, por la misma razón. Ante este solo pensamiento, un flujo caliente y un doloroso goce corrieron por todo su cuerpo y mente; pero él no le hizo caso. Mañana tenía que partir hacia el norte, y si regresaba, habría tiempo suficiente para explicar a la chica que no habría más tales noches, no más acostarse juntos sobre su capa de piel en aquel refugio del corazón del bosque, con la luz de las estrellas sobre ellos, y el frío y el gran silencio alrededor… No, no más… La absoluta felicidad que ella le había dado le vino como una marea, ahogó todo pensamiento. Él cesó de decirse cosas. Anduvo deprisa con sus largas zancadas en la oscuridad cada vez más densa del bosque, y, mientras caminaba, canturreó en voz baja, sin saber que lo hacía, una vieja canción de amor de su raza exiliada.

La nieve apenas si podía atravesar las ramas. Ahora oscurecía muy pronto, pensó mientras se aproximaba al sitio donde el sendero se bifurcaba, y ésta fue la última cosa que pensó, cuando algo sujetó su tobillo a mitad de una zancada y le hizo caer hacia adelante.

Aterrizó sobre sus manos y ya estaba medio incorporado cuando una sombra a su izquierda se convirtió en un hombre, que en la oscuridad pareció de un blanco plateado, y que le golpeó antes de que pudiera incorporarse del todo. Confuso por el zumbido de sus oídos, Agat forcejeó para librarse de algo que le sujetaba, y de nuevo trató de levantarse. Le pareció haber perdido la orientación y no comprendió que pasaba, aunque tuvo la impresión de que eso había ocurrido antes, y también de que no ocurría realmente. Había varios hombres de aspecto plateado con bandas en sus piernas y brazos, y lo sujetaron por los brazos mientras otro se acercó y le pegó con algo en la boca. Sintió dolor, la oscuridad estaba llena de dolor y rabia. Con un furioso y hábil tirón de todo su cuerpo, se libró de los hombres plateados, dándole a uno un puñetazo bajo la barbilla y haciéndole retroceder; pero eran muchos y no pudo librarse una segunda vez. Lo golpearon, y cuando él ocultó su rostro entre los brazos contra el barro del sendero, ellos le propinaron puntapiés en sus costados. Se apretó contra el bendito barro que no le hacía daño, tratando de esconderse, y oyó que alguien jadeaba de modo muy extraño. A través de aquel ruido oyó también la voz de Umaksuman. Así pues, también él… Pero eso no le importó, con tal de que ellos se fueran, que le dejaran tranquilo. Estaba oscureciendo muy pronto.

Había anochecido; reinaba una oscuridad completa. Trató de moverse arrastrándose. Quería llegar a su casa, ir con los suyos, quienes lo ayudarían. Estaba tan oscuro que ni podía ver sus manos. Silenciosa e invisible en la absoluta negrura, la nieve cayó sobre él y alrededor de él en el barro y el moho de las hojas. Quiso dirigirse a su casa; sentía mucho frío. Trató de levantarse, aunque para él no había este ni oeste, y sintiéndose enfermo de dolor apoyó su cabeza sobre su brazo.

—¡Venid a buscarme! —trató de decir en el lenguaje mental de Alterra; pero era difícil llamar desde tan lejos en la oscuridad. Era más fácil seguir echado aquí. Nada podía ser más fácil.

En una alta casa de piedra, en Landin, junto a un fuego de leños. Alla Pasfal alzó de pronto su cabeza de libro queestaba leyendo. Tuvo la clara impresión de que Jakob Agat le estaba enviando un mensaje; pero no vino ningún mensaje. Era extraño. Había demasiados subproductos y efectos secundarios, extraños e inexplicables, en este lenguaje mental; en Landin había muchas personas que nunca lo habían aprendido, y los que lo hicieron lo empleaban lo menos posible. Allá en la colonia dé Atlantika estaban más acostumbrados a él. Ella misma era una refugiada procedente de Atlantika y recordaba cómo en el terrible Invierno de su infancia estuvo siempre hablando mentalmente con los otros. Y después de que su padre y su madre perecieran de hambre, durante toda una fase lunar, una y otra vez

sintió cómo ellos le enviaban, notaba su presencia en su mente; pero no había ningún mensaje, ni una palabra, silencio.

—¡Jakob! —exclamó ella con voz fuerte; pero no vino repuesta.

Al mismo tiempo, en la Armería, comprobando una vez más los pertrechos de la expedición, Huru Pilotson cedió repentinamente a la inquietud que había estado sintiendo todo el día, y ya no se pudo contener:

—Pero ¿qué demonios se cree Agat que está haciendo?

—Va a llegar muy tarde —dijo uno de los hombres de laArmería —. ¿Otra vez ha ido a Tevar?

—A estrechar relaciones con los caras pálidas —repuso Pilotson, soltando una risa sin gracia, para decir luego burlonamente—: Está bien, sigamos, veamos las parkas.

Al mismo tiempo, en una habitación cuyas paredes tenían paneles de una madera parecida a un marfil satinado, Seiko Esmit empezó a llorar en silencio, retorciéndose las manos, y no queriendo enviar a él, no hablarle, ni siquiera susurrar su nombre:

—¡Jakob!

En aquel preciso instante la mente de Rolery permaneció totalmente en blanco durante un momento. Ella se limitó a sentarse en cuclillas, inmóvil, allí donde estaba.

Se encontraba en el refugio de los cazadores. Ella había creído que entre toda la confusión de la mudanza desde las tiendas hasta las madrigueras de sus parientes en la ciudad, su ausencia y su regreso tan tarde no habían sido observados la pasada noche. Pero hoy era diferente; el orden había sido restablecido y su marcha no sería inadvertida. Así que se fue a plena luz del día como hacía a menudo, confiando en que nadie se fijara de modo especial en ello; había dado una gran vuelta hasta llegar al refugio, se acurrucó allí en sus pieles y esperó a que oscureciera y a que viniera él. La nieve había empezado a caer, y el contemplarla la puso soñolienta, se preguntó qué haría ella mañana. Porque él se habría ido. Y todos los de su clan habrían advertido que ella había estado fuera toda la noche. Eso sería mañana y ya sabría cuidar de sí misma. Pero ahora era esta noche, esta noche… Y empezó a dar cabezadas hasta que de repente se despertó con un gran sobresalto, y permaneció allí en cuclillas un rato, con su mente en blanco, vacía de ideas.

De pronto se levantó, y con pedernal y yesca encendió el farol-cesta que había traído consigo. Gracias a su ligero resplandor ella se encaminó colina abajo hasta llegar al sendero, entonces vaciló, y se dirigió hacia el oeste. En una ocasión se detuvo y dijo: «Alterra», en un susurro. El bosque estaba completamente tranquilo en la noche. Ella prosiguió hasta que encontró a él tendido en el sendero.

La nieve, que ahora caía más copiosamente, listaba el débil y

pequeño resplandor del farol, y se pegaba al suelo en vez de derretirse, y ya había espolvoreado de blanco su rasgada chaqueta e incluso su cabello. La mano de él, que fue lo primero que ella tocó, estaba fría y ella creyó que él estaba muerto. Se sentó sobre el barro húmedo rodeado de nieve, al lado de Agat, y puso la cabeza de él sobre sus rodillas.

Él se movió y soltó una especie de lloriqueo, y al oírlo Rolery volvió en sí misma. Cesó en su tonto gesto de alisarle la nieve de su cabello, y se quedó muy atenta durante un minuto. Luego volvió a dejar a él en el suelo, se levantó, y automáticamente trató de quitarse la sangre pegajosa de su mano izquierda, y con la ayuda del farol empezó a mirar alrededor del sendero como buscando algo. Halló lo que necesitaba y se puso a trabajar.

Los rayos de un sol suave y débil entraban oblicuamente en la habitación. En aquel ambiente cálido costaba trabajo despertarse, y él siguió sumido en un profundo sueño, como si se hubiera sumergido en un lago profundo. Pero la luz siempre lo despertaba, y finalmente se despertó, viendo las altas y grises paredes que le rodeaban y los sesgados rayos del sol que atravesaban los cristales.

Se estuvo quieto mientras aquel dardo de luz dorada y acuosa se desvanecía y regresaba, resbalaba del suelo y jugaba en la pared opuesta, elevándose y enrojeciéndose. Entró Alla Pasfal, y al ver que él estaba despierto hizo una seña a alguien que estaba tras ella para que se quedara fuera. Ella cerró la puerta, entró y se arrodilló junto a él. Las casas alterranas estaban muy escasamente amuebladas. Sus moradores dormían en jergones o en el suelo alfombrado y utilizaban como sillas un delgado cojín. Alla se arrodilló, y se quedó mirando a Agat, con su cara demacrada y negruzca iluminada por el dardo rojizo del sol. No hubo piedad en su cara mientras lo miraba. Había sufrido demasiado, desde que era muy joven, para sentir compasión o dejar que los escrúpulos surgieran de lo más profundo de su ser, y ahora, ya bastante mayor de edad, era implacable. Movió su cabeza de un lado a otro, mientras decía suavemente:

—Jakob…, ¿qué has hecho?

Él notó que le dolía la cabeza cuando trató de hablar, y como no sabía qué contestar, se estuvo quieto.

—¿Qué has hecho?

—¿Cómo he vuelto a casa? —preguntó al final, costándole tanto formar las palabras con su boca magullada, que ella alzó su mano indicándole que se callara.

—¿Quieres saber cómo has llegado hasta aquí? Ella te trajo. Esa chica hilfa. Hizo una especie de parihuelas con unas ramas y sus prendas de piel, haciéndote rodar te subió a ellas, y luego te subió arrastrando hasta la loma y te bajó hasta llegar a la Puerta de Tierra.

De noche y entre la nieve. Ella no traía puestos más que sus calzones, pues hasta hizo tiras su túnica para atarte. Esas hilfas son más duras que el cuero con que se visten. Dijo que la nieve le había facilitado el arrastre… Ya no queda nieve. Eso fue anteanoche. Pensándolo bien, has tenido un buen descanso.

Le llenó un vaso de agua de una jarra que había sobre una bandeja allí al lado, y le ayudó a beber. Tan cerca de él, su rostro parecía más viejo, delicado por la edad. Y le dijo con lenguaje mental, de modo increíble: «¿Cómo pudiste hacer esto? ¡Tu siempre fuiste un hombre orgulloso, Jakob!»

El le replicó del mismo modo, sin palabras: «No puedo pasar sin ella».

La anciana mujer pareció encogerse físicamente ante el sentido que él le daba a su pasión, y como en defensa propia habló en voz alta:

—Pero, ¡vaya momento que has escogido para un asunto amoroso, para un noviazgo! Cuando todo el mundo dependía de ti…

Él repitió lo que le había dicho antes, porque era la verdad y a ella podía decírsela. La anciana le replicó con dureza: «Pero tú no vas a casarte con esa chica, así que es mejor que te resignes a dejar de verla».

Él replicó tan sólo: «No».

Ella se sentó sobre sus talones durante un rato. Cuando su mente se abrió de nuevo a él, fue con mucha amargura. «Bueno, pues sigue adelante, ¿qué más da? Al punto que han llegado los acontecimientos, cualquier cosa que hagamos nosotros, solos o juntos, será una equivocación. No podemos hacer nada acertado o afortunado. Sólo podemos seguir suicidándonos, poco a poco, uno a uno. Hasta que todos hayamos desaparecido, hasta que Alterra deje de existir, y todos los exiliados estén muertos…Lilli…»

—Alla —le interrumpió él en voz alta, conmovido por su desesperación—, los hombres… ¿se fueron…?

—¿Qué hombres? ¿Nuestro ejército? —contestó ella con sarcasmo —. ¿Iban a dirigirse ayer hacia el norte sin ti?

—Pilotson…

—Si Pilotson los hubiera dirigido a alguna parte habría sido para atacar a Tevar. Para vengarte. Ayer estaba furioso —explicó Alla.

—¿Y ellos…?

—¿Los hilfos? Claro que no se han ido. Cuando se supo que la hija de Wold se acostaba con un lejosnato en el bosque, su facción quedó en ridículo y desacreditada, ¿no te das cuenta? Claro que es más fácil ver las cosas después de que han pasado; pero yo había creído…

—¡Por amor de Dios, Alla!

—Está bien, nadie fue al norte. Nos hemos quedado aquí

sentados, esperando a que los gaales vengan cuando quieran.

Jakob Agat se quedó muy quieto, tratando de no hundirse en el vacío que había tras él. Era el real y vacío abismo de su propio orgullo, la arrogancia autoengañosa de la cual habían surgido todos sus actos: la mentira. Si él se precipitaba en ella, ¿qué importaba? Pero, ¿qué sería de la gente a la que él había traicionado?

Alla le habló al cabo de un rato: «Jakob, era una ligera esperanza, al fin y al cabo. Has hecho lo que pudiste. Los hombres y los que no son hombres no pueden trabajar juntos. Seiscientos años de los de nuestro planeta originario, llenos de fracasos, deberían decirte eso. Tu locura sólo ha sido para ellos el pretexto. Si no nos hubieran abandonado por esto, habrían encontrado pronto otra excusa para hacerlo. Son tan enemigos nuestros como los gaales o el Invierno. O el resto de este planeta que no nos quiere. No podemos hacer alianzas más que entre nosotros mismos. Estamos reducidos a valernos de nuestros propios medios. Nunca alargues tu mano a una criatura que pertenezca a este mundo».

Él apartó su mente de la de ella, incapaz de soportar su total desesperación. Trató de encerrarse en sí mismo, de apartarse, pero algo le preocupaba con insistencia, se arrastraba en su conciencia, hasta que de repente lo vio claro, y forcejeando para incorporarse balbuceó:

—¿Dónde está ella? ¿No la habréis mandado de nuevo con los suyos…?

Vestida con una blanca túnica alterrana, Rolery se sentó con las piernas cruzadas, un poco más allá de donde Alla había estado. Alla se había marchado; Rolery permaneció sentada allí, ocupada con algún trabajo, al parecer remendando una sandalia. No pareció haberse dado cuenta de que él le había hablado; quizás él había hablado sólo en sueños. Pero ella dijo finalmente con su voz ligera:

—Esa vieja te ha alterado. Pudo haber esperado. ¿Qué puedes hacer tú ahora? Creo que ninguno de ellos sabe dar seis pasos sin ti.

Los últimos reflejos rojos de la luz del sol la rodearon de una vaga aureola en la pared que había tras ella. Rolery estaba sentada con cara tranquila, con los ojos mirando hacia abajo, como siempre, absorta en el remiendo de la sandalia.

En su presencia él notó que se le aliviaban sus sentimientos de culpa y dolor, y tomaban la debida proporción. Con ella, se sentía dueño de sí mismo. Y pronunció su nombre en voz alta.

—¡Oh! ¡Duerme ahora! Te duele al hablar —le dijo con una chispa de su tímida burla.

—¿Te quedarás? —le preguntó él.

—Sí.

—Serás mi esposa —insistió él, reducido por la necesidad y el

dolor a decir sólo las palabras esenciales.

Él se imaginaba que su pueblo la mataría si ella volvía a Tevar; pero no estaba seguro de lo que los suyos harían con ella. Él era su única defensa, y quería que esa defensa fuera segura.

Rolery inclinó su cabeza como en señal de aceptación; él no conocía bien sus gestos como para estar seguro. Se preguntó a qué se debería la tranquilidad de ella ahora. Los pocos momentos que había estado con aquella chica hilfa habían sido siempre de mucho movimiento y emoción. Pero habían sido tan cortos… Y mientras seguía sentada allí trabajando, la quietud de ella penetró en él, y entonces sintió que sus fuerzas empezaban a restablecerse.

7. La Marcha hacia el Sur

La estrella cuya aparición anunciaba la llegada del Invierno, brillaba sobre los tejados con la misma fría brillantez con que Wold la recordaba de cuando era un muchacho, hacía sesenta fases lunares. Incluso la tenue y delgada luna creciente que estaba en la otra parte del cielo parecía más pálido que la Estrella de la Nieve. Una nueva fase lunar había empezado, y una nueva estación. Pero no con buenos presagios.

¿Era cierto lo que los lejosnatos solían decir, que la luna era un mundo como Askatevar y los otros territorios, aunque sin criaturas vivientes, y que las estrellas también eran mundos, donde vivían hombres y animales y había Veranos e Inviernos?… ¿Qué clase de hombres vivirían en la Estrella de la Nieve? Seres terribles, blancos como la nieve, con bocas pálidas sin labios y ojos feroces, que acechaban furtivos en la imaginación de Wold. Él meneó su cabeza y trató de prestar atención a lo que los otros Mayores. Los exploradores habían regresado después de cinco días trayendo diversos rumores del norte; y los Mayores habían encendido una hoguera en el gran patio de Tevar para celebrar un Golpeteo de Piedras. Wold había llegado tarde y cerrado el círculo, porque ningún otro hombre se atrevía a hacerlo; pero eso ya no tenía ninguna significación y para él era humillante. Porque la guerra que él había declarado no iba a tener lugar, los hombres que él había enviado no habían ido, y la alianza que él había hecho estaba rota.

A su lado, tan silencioso como él, estaba sentado Umaksuman. Los otros gritaban y disputaban, sin llegar a ninguna conclusión. ¿Qué esperaban ellos? Ningún ritmo había surgido del Golpeteo de Piedras, y sólo había habido estruendo y conflicto. Después de eso, ¿podía esperarse que se pusieran de acuerdo en algo? «Locos, locos», pensó Wold, mirando ceñudo al fuego que estaba demasiado lejos para calentarlo. Los otros eran en su mayoría jóvenes, podían mantenerse calientes gracias a su juventud y gritándose unos a otros. Pero él era viejo y las pieles no le calentaban bajo la fulgurante Estrella de Nieve, con el viento del Invierno. Sus piernas le dolían ahora por el frío, su pecho le hacía daño, y él no sabía ni le importaba por qué estaban discutiendo.

Umaksuman se puso de pronto de pie:

—¡Escuchad! —dijo.

Y el trueno de su voz («Eso lo ha heredado de mí», pensó Wold) les hizo callarse, aunque aún fueron audibles murmullos y risas burlonas.

Hasta ahora, aunque todo el mundo tenía una idea bastante

completa de lo que había sucedido, la causa inmediata o pretexto de su disputa con Landin no había sido discutida fuera de las paredes de la Casa del linaje de Wold; simplemente se había anunciado que Umaksuman no iba a dirigir la expedición, que no habría tal expedición, y que podría producirse un ataque de los lejosnatos. Los de las otras casas que no sabían nada de lo de Rolery y Agat, sabían muy bien lo que estaba en realidad pasando: una fuerte lucha entre facciones del clan más poderoso. Y esto es lo que estaba encubierto tras cada discurso de los pronunciados ahora en el Golpeteo de Piedras, el tema del cual era, nominalmente, si los lejosnatos habían de ser tratados como enemigos cuando se les encontrara más allá de las murallas.

Ahora fue Umaksuman el que habló:

—¡Escuchad, Mayores de Tevar! Decís esto o aquello, y no habéis dejado nada por decir. Los gaales vienen hacia aquí, dentro de tres días habrán llegado. Guardad silencio e id a afilar vuestras espadas, id a cerrar vuestras puertas y muros, porque el enemigo se acerca, avanzan contra nosotros, ¡mirad! —esgrimió su arma hacia el norte, y muchos se volvieron para mirar hacia donde él apuntaba como esperando que las hordas de la Marcha hacia el Sur irrumpieran a través de la muralla en aquel mismo momento, tan convincente era la retórica de Umaksuman.

—¿Por qué no cuidaste de la puerta por donde salió tu parienta, Umaksuman?

Ya estaba dicho.

—También es parienta tuya, Ukwet —le replicó Umaksuman, iracundo.

Uno de ellos era hijo de Wold, el otro su nieto; los dos hablaban de su hija. Por primera vez en su vida Wold sintió vergüenza, pura e impotente vergüenza ante todos los mejores hombres de su pueblo. Se quedó inmóvil, con la cabeza agachada.

—Sí, lo es; y por mi parte ninguna vergüenza cae sobre nuestro linaje. Mis hermanos y yo partimos la boca de la sucia cara del que se acostó con ella, y lo tiré al suelo para castrarle como los animales son castrados, pero tú nos detuviste, Umaksuman. Tú nos detuviste contando tus tonterías…

—Te detuve para que no tuviéramos que luchar contra los lejosnatos y los gaales a la vez, ¡loco! Ella está en edad de acostarse con el hombre que quiera, y esto no es…

—Él no es un hombre, pariente, y yo no estoy loco.

—Si, eres un loco, Ukwet, porque has aprovechado esto como una oportunidad para pelearte con los lejosnatos, y nos has hecho perder una ocasión de rechazar a los gaales.

—¡No quiero escucharte, mentiroso, traidor!

Se enfrentaron esgrimiendo sus hachas y soltaron un alarido en medio del círculo. Wold se levantó. Los hombres que estaban sentados a su lado alzaron la mirada esperando que él, como Mayor y jefe del clan, detuviera la pelea. Pero no lo hizo. Se apartó del círculo roto y en silencio, con su rígido y poderoso arrastrar de pies, descendió por la calleja, entre los altos techos inclinados, bajo aleros saledizos, en dirección a la casa de su linaje.

Bajó torpemente por las escaleras de tierra hacia la sofocante, humeante calidez de la enorme habitación excavada. Los muchachos y mujeres se acercaron a él preguntándole si el Golpeteo de Piedras había terminado, y por qué venía solo.

—Umaksuman y Ukwet se están peleando —contestó para librarse de ellos, y se sentó junto al fuego, con sus piernas rectas hacia el hoyo de la hoguera. Nada bueno saldría de esto. Nada bueno saldría de nada nunca más. Mujeres llorosas le trajeron el cuerpo de su nieto Ukwet, dejando un gran rastro de sangre que iba cayendo del cráneo partido por el hacha. Él se quedó mirándolo sin moverse ni hablar.

—Umaksuman lo ha matado. Mató a su pariente, a su hermano —gritaron las esposas de Ukwet, sin que Wold levantara la cabeza.

Finalmente se las quedó mirando con la pesadez de un animal viejo acosado por los cazadores, y dijo con voz pastosa:

—Callaos… ¿No podéis callaros?

Al día siguiente volvió a nevar. Enterraron a Ukwet, el primer muerto del Invierno, y la nieve cayó sobre el rostro del cadáver antes de que la sepultura hubiera sido cubierta. Wold pensó en Umaksuman, que ahora era un proscrito, solo en las colinas, entre la nieve. ¿Cuál de los dos estaba en mejores circunstancias?

Se le había hinchado la lengua, y a él no le gustaba hablar. Se quedó junto al fuego y por momentos no estuvo seguro de si afuera era de día o de noche. No durmió bien, se despertó muchas veces. Precisamente fue en una de ellas cuando el ruido empezó fuera, por encima del suelo.

Las mujeres llegaron chillando de las habitaciones laterales, trayendo agarrados a sus críos otoñonatos.

—¡Los gaales! ¡Los gaales! —gritaron agudamente. Otras se mantuvieron tranquilas como convenía a mujeres de una gran casa, pusieron en orden aquel sitio, y se sentaron a esperar.

Ningún hombre vino a buscar a Wold.

Él sabía que ya no era un jefe; pero ¿es que ya no era un hombre? ¿Debía de quedarse con los bebés y las mujeres junto al fuego, en un agujero del suelo?

Había soportado la vergüenza pública; pero no podría soportar la pérdida de su propia estimación, y temblando un poco se levantó y empezó a buscar su chaqueta de cuero y su pesada lanza en su viejo

cofre pintado, la lanza con la que había matado a un fantasma de las nieves con una sola mano, hacía ya mucho tiempo. Ahora se sentía rígido y pesado y todas las estaciones brillantes habían pasado desde entonces; pero él era el mismo hombre, el mismo que había matado con aquella lanza en la nieve de otro Invierno. ¿Es que no era el mismo hombre? No debían haberlo dejado aquí junto al fuego, cuando el enemigo venía.

Su loco mujerío empezó a soltar chillidos alrededor de él, y él se sintió a la vez harto y enfadado. Pero la vieja Kerly las echó a todas fuera, le volvió a entregar la lanza que una de ellas le había quitado y abrochó en su cuello la capa de piel de korio gris que le había hecho en Otoño. Quedaba una que sabía qué clase de hombre era él. Ella se lo quedó mirando en silencio, apenada y orgullosa, y él se dio cuenta de aquellos sentimientos, entonces caminó muy erguido. Una vieja malhumorada y un viejo chiflado, a los que sólo quedaba el orgullo. El trepó hasta salir al frío y brillante mediodía, oyendo más allá de las murallas los gritos de voces extranjeras.

Los hombres se habían reunido en la plaza-plataforma sobre el ahumador de la Casa de la Ausencia. Le dejaron paso cuando él apareció al final de la escalera. Estaba jadeando y temblando, así que al principio no pudo ver nada. Luego vio. Por un instante lo olvidó todo ante aquella vista increíble.

El valle que serpenteaba de norte a sur al pie de la colina de Tevar hasta el este del bosque estaba lleno como el río en tiempo de crecida, hormigueante, cubierto totalmente de gente. Aquella masa se dirigía hacia el sur. Un indolente, confuso y oscuro flujo, que se alargaba y contraía, que se detenía y ponía en marcha, con alaridos, gritos, llamadas, chirridos y crujidos de látigos, los broncos rebuznos de los hannes, los lloriqueos de bebés, el monótono cántico de los arrastradores de parihuelas; la nota de color de una rojiza tienda de fieltro enrollada, las ajorcas pintadas de una mujer, una pluma, una punta de lanza; el hedor, el ruido, el movimiento, siempre el movimiento hacia el sur, la Marcha hacia el Sur. Pero nunca en los tiempos pasados había habido una Marcha hacia el Sur como ésta, con tantos participantes a la vez. Hasta donde alcanzaba la vista, por el valle que se ensanchaba hacia el norte, seguían viniendo más, y detrás más, y tras éstos, otros todavía. Y éstos no eran más que las mujeres y los niños y el tren de equipaje… Al lado del lento torrente de personas, la Ciudad de Invierno de Tevar no era nada. Un guijarro al borde de un río desbordado.

Al principio Wold se sintió enfermo; luego cobró ánimos, y dijo:

—Esto es algo maravilloso.

Y lo era, esta emigración de todas las naciones del norte. Se alegraba de haberlo visto. El hombre que estaba a su lado, un Mayor,

Anweld, del linaje de Siokman, se encogió de hombros y contestó tranquilo:

—Pero es nuestro fin.

—Si se detienen aquí.

—Esos no se detendrán. Pero los guerreros vienen detrás.

Eran tan fuertes, se sentían tan seguros por su número, de que sus guerreros venían detrás…

—Harían falta todas nuestras reservas y ganados para alimentar a ésos esta noche —prosiguió Anweld—. En cuanto éstos pasen, atacarán.

—Entonces manda a nuestras mujeres y nuestros niños a las colinas del oeste. Esta ciudad no es más que una trampa contra fuerza semejante.

—Escucho —dijo Anweld encogiéndose de hombros en señal de asentimiento.

—Pero date prisa, antes de que los gaales nos rodeen.

—Eso ya ha sido dicho y oído. Pero otros dicen que no podemos enviar a nuestras mujeres para que se defiendan solas, mientras nosotros nos quedamos al abrigo de las murallas.

—¡Pues entonces vayamos con ellas! —refunfuñó Wold—. ¿Es que los Hombres de Tevar no pueden decidir nada?

—No tienen jefe —repuso Anweld—. Siguieron a este o aquel y al final a nadie. —Decir más habría parecido reprochar a Wold y su linaje, sólo añadió—: Así que esperamos aquí a ser destruidos.

—Yo voy a mandar fuera a mi mujerío —dijo Wold, molesto por aquella fría desesperanza de Anweld, y se alejó del imponente espectáculo de la Marcha hacia el Sur, para bajar por la escalera e ir a decir a sus parientes que se salvaran mientras había una posibilidad. El pensaba irse con ellos, ya que era inútil luchar con tanta desventaja, y por lo menos algunos de los habitantes de Tevar debían de sobrevivir.

Pero los hombres más jóvenes de su clan no estuvieron de acuerdo y no obedecieron sus órdenes. Se quedarían y lucharían.

—Pero moriréis —les dijo Wold—, y vuestras mujeres y niños podrían escapar si no se quedan aquí con vosotros…

Su lengua se le había hinchado de nuevo, y ellos no quisieron esperar a que terminara de hablar.

—Derrotaremos a los gaales —declaró uno de los nietos—. ¡Somos guerreros!

—Tevar es una ciudad fuerte, Mayor —dijo otro, persuasivo, halagador—. Usted nos dijo que la construyéramos bien y nos enseñó cómo hacerlo.

—Es fuerte para resistir el Invierno —explicó Wold—; pero no contra diez mil guerreros. Yo preferiría que mis mujeres murieran de

frío en las colinas desnudas, antes que vivieran como prostitutas y esclavas de los gaales.

Pero no le escucharon, sólo esperaban que terminara de hablar.

Salió de nuevo, pero estaba demasiado cansado para trepar por la escalera y subir de nuevo a la plataforma. Halló un lugar donde aguardar, apartado de la vía de entrada y salida de las estrechas callejuelas: un nicho junto a un contrafuerte de apoyo de la muralla del sur, no lejos de la puerta. Si él pudiera subir por aquel inclinado contrafuerte de ladrillos de adobe, podría echar un vistazo a la muralla y contemplar el paso de la Marcha hacia el Sur; cuando el viento se le metiera por debajo de la capa, él podría sentarse en cuclillas, su mentón contra las rodillas, y refugiarse en el ángulo. Por un rato el sol brilló sobre él, allá donde estaba. Se acurrucó al calor y no pensó mucho. Un par de veces alzó la mirada hacia el sol, el sol de Invierno, viejo, débil en su ancianidad.

Hierbas invernales, las plantas de corta vida que se apresuraban a florecer, y que medrarían entre las ventiscas hasta mediado el Invierno cuando la nieve ya no se derritiera y ya nada viviera excepto la hierba de las nieves, que carecía de raíces, y que comenzaba a crecer en el suelo pisoteado por debajo de la muralla. Siempre vivía algo, cada criatura aguardaba su tiempo a través del gran Año, floreciendo y muriendo para esperar otra vez.

Las largas horas pasaron.

Se oyeron llantos y gritos en la esquina noroeste de las murallas. Unos hombres pasaron corriendo por las vías de la ciudad, callejuelas lo bastante anchas para que pasara un solo hombre bajo los saledizos aleros. Luego el estruendo de gritos le vino a Wold por detrás, desde fuera de la puerta que había a su izquierda. La alta puerta corrediza de madera, que se elevaba desde dentro por medio de largas poleas, rechinó en su marco. La estaban golpeando con un ariete. Wold se levantó con dificultad; se había quedado tan incomodo sentado allá en el frío, que no se sentía las piernas. Se apoyó un minuto sobre su lanza, luego avanzó un paso apoyado contra el contrafuerte y esgrimió la lanza, no para arrojarla, sino para utilizarla en corto alcance.

Los gaales debían de estar empleando escaleras, porque ya habían penetrado en la ciudad por su parte norte, según pudo deducir por el ruido. Una lanza se clavó en un tejado, arrojada de lejos. La puerta volvió a crujir. En tiempos antiguos los gaales no tenían escaleras ni arietes, y no venían por miles, sino como tribus andrajosas, bárbaros cobardes, que corrían hacia el sur antes de que llegaran los fríos, no se quedaban a vivir y morir en su propio territorio como hacían los hombres verdaderos… De pronto vino uno con una cara ancha y blanca, y una pluma roja en su mechón de pelo untado de pez, corriendo para abrir la puerta desde dentro. Wold avanzó un paso y le

gritó:

—¡Quieto!

El gaal se volvió para mirar y el anciano le arrojó su lanza de hierro de metro ochenta de longitud, clavándosela en el lado, bajo las costillas. Aún estaba tratando de arrancarla del cuerpo convulso, cuando, tras él, la puerta de la ciudad empezó a ceder convertida en astillas. Era algo horrible de ver: la madera se despedazaba como si fuera cuero podrido, con el morro de un grueso ariete asomando por ella. Wold dejó su lanza clavada en el vientre del gaal y corrió calleja abajo, pesadamente, tropezando, hacia la Casa de su linaje. Delante de él todos los tejados de madera de la ciudad estaban ardiendo.

8. En la Ciudad Extraña

Lo más raro de todo dentro de la rareza de esta casa, era la pintura que había sobre la pared de la gran habitación de abajo. Cuando Agat se fue y en las habitaciones reinó un silencio de muerte, ella se quedó mirando la pintura hasta que le pareció que se había convertido en el mundo y ella era la pared. Y el mundo era una red: una profunda red, como las ramas entrelazadas en el bosque, como las corrientes de agua que se mezclaban, plata, gris, negro, tornasolados de verde, rosa, y un amarillo como el sol. Y al observar esta profunda red se veía en ella, entre ella, tejida en ella y tejiéndola, pequeños y grandes dibujos y figuras, animales, árboles, hierbas, hombres y mujeres y otras criaturas, algunas como lejosnatos y otras diferentes; y formas extrañas, cajas apoyadas sobre piernas redondeadas, pájaros, hachas, lanzas plateadas y plumas de fuego, caras que no eran caras, piedras con alas y un árbol cuyas hojas eran estrellas.

—¿Qué es eso? —preguntó a la mujer lejosnata a quien Agat le había pedido que la cuidara, su parienta; y ella, a su manera, esforzándose por ser amable, replicó:

—Es una pintura, un cuadro. Tu gente hace pinturas, ¿no?

—Sí, un poco, ¿y qué significa?

—Se refiere a otros mundos y al nuestro. ¿Ves sus habitantes…? Fue pintada hace mucho tiempo, en el primer Año de nuestro exilio, por uno de los hijos de Esmit.

—¿Qué es aquello? —señaló Rolery a prudente distancia.

—Un edificio. La Gran Sala de la Liga en el mundo llamado Davenant.

—¿Y aquello?

—Un erkar.

—Escucho otra vez —dijo Rolery cortésmente, quien ahora procuraba emplear sus mejores modales en todo momento; pero como Seiko Esmit pareciera no comprender la formalidad, ella le preguntó —: ¿Qué es un erkar?

La mujer lejosnata apretó sus labios un poco y contestó con indiferencia:

—Una cosa para montarse en ella, como…, bueno, vosotros no empleáis ruedas, ¿cómo puedo explicártelo? ¿No has visto nuestras carretillas? ¿Sí? Bueno, pues éste era un carro para montarse en él, pero que volaba por el cielo.

—¿Y vuestro pueblo ya no puede hacer esos carros ahora? —preguntó Rolery asombrada; pero Seiko interpretó mal la pregunta, y replicó rencorosa:

—No. ¿Cómo íbamos a conservar esas habilidades aquí, cuando la

Ley nos mandaba no elevarnos sobre vuestro nivel? ¡Durante seiscientos años tu pueblo no ha logrado aprender el uso de las ruedas!

Sintiéndose triste en este extraño lugar, exiliada de su pueblo, y ahora sola sin Agat, Rolery tenía miedo de Seiko Esmit y de todas las personas y cosas con que se encontraba. Pero no quería que se burlara de ella una mujer celosa, una mujer vieja. Y le replicó:

—Pregunto para aprender. Pero no creo que vuestro pueblo haya estado aquí seiscientos años.

—Seiscientos años de nuestro planeta que son diez años de aquí. —Al cabo de un rato, Seiko Esmit prosiguió—: Ya ves, no lo sabemos todo acerca de los erkars y muchas otras cosas que fueron propias de nuestro pueblo, porque cuando nuestros antepasados vinieron aquí, habían jurado obedecer una ley de la Liga, que les prohibía utilizar muchas cosas diferentes de las cosas que usaban los nativos. A esto se le llamaba el Embargo Cultural. Con el tiempo nosotros os habríamos enseñado cómo hacer cosas, como carros con ruedas. Pero la Nave se marchó. Aquí quedamos pocos, y no recibimos noticias de la Liga, y encontramos muchos enemigos entre vuestras naciones en aquellos tiempos. Fue difícil para nosotros observar la Ley y también atenernos a lo que teníamos y sabíamos. Así que quizá olvidamos muchas habilidades y conocimientos. No lo sabemos.

—Era una ley extraña —murmuró Rolery.

—Fue hecha en favor de vosotros, no de nosotros —dijo Seiko con su voz apresurada, con aquel acento duro y claro como el de Agat—. En los Cánones de la Liga, que estudiamos de niños, está escrito: «No se hará proselitismo de ninguna Religión o Ideal, no se enseñará ninguna técnica o teoría, no se exportará ningún modelo cultural, ni se enseñará el idioma paraverbal a ninguna forma de vida de alta inteligencia no comunicante, o a cualquier planeta colonial, hasta que se considere por el Consejo del Área, con el consentimiento del Pleno, que tal planeta está preparado para el Control o para ser elegido miembro» Eso quiere decir, ya ves, que habíamos de vivir exactamente como vosotros vivís En lo que no lo hemos hecho, hemos quebrantado nuestra propia Ley.

—A nosotros no nos hizo ningún daño —comentó Rolery—; pero a vosotros no os hizo mucho bien.

—Tú no puedes juzgarnos —repuso Seiko con aquella rencorosa frialdad; luego, controlándose otra vez, dijo—: Bueno, ahora hay trabajo que hacer. ¿Quieres venir?

Sumisa, Rolery siguió a Seiko. Pero antes de salir se volvió para echar una última mirada a la pintura. Era más grande que cualquier otro objeto que ella hubiera visto. Su sombría, plateada y desconcertante complejidad en cierto modo la afectaban, lo mismo

que la presencia de Agat; y cuando él estaba con ella, ella le temía; pero fuera de él. A nada ni a nadie.

Los luchadores de Landin se habían ido. Tenían cierta esperanza de que, por medio de ataques de guerrilla y emboscadas, pudieran hostilizar a los gaales empujándolos hacia el sur en busca de víctimas menos agresivas. Era una esperanza muy débil, y las mujeres estaban trabajando para preparar a la ciudad a resistir un sitio. Seiko y Rolery se presentaron en la Sala de la Liga de la gran plaza, y allí se les asignó la tarea de ayudar a reunir los grandes rebaños de hannes que había en los extensos campos al sur de la ciudad. Fueron veinte mujeres, y a cada una al salir de la Sala se le entregó un paquete con pan y cuajada de leche de hann, porque estarían fuera todo el día. Como el forraje era cada vez más escaso, los rebaños habían estado pastando mucho más al sur entre la playa y las colinas costeras. Las mujeres caminaron algunos kilómetros hacia el sur y luego retrocedieron zigzagueando de acá para allá, reuniendo y arreando a aquellos pequeños, silenciosos y peludos animales cada vez en mayor número.

Rolery vio ahora a las mujeres lejosnatas a una nueva luz. Le habían parecido delicadas, infantiles, con sus vestidos suaves y ligeros, sus voces y sus mentes rápidas. Pero aquí estaban en las rastrojeras de las colinas, rodeadas de hielo, arreando a los lentos y peludos rebaños contra el viento del norte, trabajando juntas, de un modo inteligente y decidido. Eran maravillosas tratando animales, pareciendo dirigirles más que empujarles, como si tuvieran algún dominio sobre ellos. Subieron por la carretera hasta la Puerta del Mar después de que el sol se hubiera puesto, un puñado de mujeres en un mar hirsuto de bestias trotonas y jibosas. Cuando las murallas de Landin aparecieron a la vista, una mujer alzó la voz y cantó. Rolery no había oído nunca a una voz jugar a este juego de entonación y tiempo. Esto hizo parpadear sus ojos y doler su garganta, y en la carretera a oscuras sus pies siguieron el ritmo de la música. El canto fue de voz en voz, carretera abajo; cantaban evocando una patria perdida que no habían conocido jamás, sobre paños tejidos que tenían joyas cosidas, sobre guerreros muertos en la guerra; había una canción acerca de una chica que se volvió loca de amor y se tiró al mar. «¡Oh, las olas balancean lejos antes de la marea…!» Con sus voces dulces, convirtiendo la pena en canción, se acercaron con sus rebaños, veinte mujeres que caminaban en la ventosa oscuridad. La marea había subido, y era una susurrante negrura sobre las dunas a su izquierda. Las antorchas sobre las altas murallas ardieron llameantes ante ellas, convirtiendo a la Ciudad del Exilio en una isla de luz.

En Landin ahora todos los alimentos estaban estrictamente racionados. La gente comía de modo comunal en uno de los grandes

edificios que rodeaban la plaza, o si lo preferían se llevaban sus raciones a su casa. Las mujeres que habían estado recogiendo el ganado llegaron tarde. Después de una cena apresurada en un extraño edificio llamado Thiatr, Rolery fue con Seiko Esmit a la casa de Alla Pasfal. Ella habría preferido ir a la casa vacía de Agat y estar allí sola; pero hacía todo lo que le pedían que hiciera. Ya no era una doncella, ni tampoco era libre, era la esposa de un alterrano, y una prisionera del sufrimiento. Por primera vez en su vida obedecía.

Ningún fuego ardía en el hogar, y sin embargo la alta habitación estaba caliente; lámparas sin pabilos ardían en jaulas de cristal que había en la pared. En esta casa, tan grande como la casa de un linaje en Tevar, sólo vivía una mujer anciana. ¿Cómo soportaban ellos la soledad? ¿Y cómo mantenían el calor y la luz del Verano dentro de los muros? Y durante todo el Año vivían en estas casas, todas sus vidas, sin salir jamás, sin vivir nunca en tiendas en el campo, en las amplias tierras del Verano, en forma nómada… Rolery irguió su vacilante cabeza y miró de reojo a la vieja, a Pasfal, para ver si ésta se había dado cuenta de que estaba adormilada. Se había fijado en ello. *La* vieja veía todo, y odiaba a Rolery.

Y también la odiaban todos los alterranos, esos Mayores lejosnatos. La odiaban porque amaban a Jakob Agat con un amor celoso; porque había tomado a ella por esposa, porque era humana y ellos no.

Uno de ellos estaba diciendo algo sobre Tevar, algo muy extraño que ella no creyó. Bajó la mirada, pero el temor debió de haberse mostrado en su rostro, porque uno de los hombres, Dermat Alterra, dejó de escuchar a los otros y dijo:

—Rolery, ¿no sabías que Tevar se ha perdido?

—Escucho —susurró ella.

—Nuestros hombres estuvieron acosando a los gaales durante todo el día desde el oeste —explicó el lejosnato—. Cuando los guerreros gaales atacaron Tevar, nosotros atacamos su línea de porteadores de equipaje y los campamentos que sus mujeres estaban levantando al este del bosque. Eso distrajo a algunos de ellos, y algunos de los tevaranos pudieron escapar, aunque ellos y nuestros hombres se han dispersado. Algunos han vuelto ya, pero no sabemos exactamente qué está haciendo el resto, y como es una noche tan fría y ellos están allá en las colinas…

Rolery permaneció sentada y en silencio. Estaba muy cansada, y no comprendió. La Ciudad de Invierno había sido tomada, destruida. ¿Podía ser eso cierto? Ella había dejado a su pueblo; ahora todos los suyos estaban muertos o sin hogar en las colinas en la fría noche de Invierno. Había quedado sola. Aquellos extraños hablaban y hablaban con sus voces duras. Por un instante Rolery tuvo una ilusión, que ella

sabía que era una ilusión, pues le pareció ver una fina película de sangre sobre sus manos y muñecas. Se sintió ligeramente enferma; pero ya no estaba adormilada. De vez en cuando le parecía que estaba entrando en las afueras, en la primera etapa de la Ausencia por un minuto. Los brillantes y fríos ojos de la vieja, la bruja Pasfal, la miraban fijamente. Ella no podía moverse. No había un sitio donde ir. Todo el mundo estaba muerto.

Entonces hubo un cambio. Era corno una lucecita lejos en la oscuridad. Y ella dijo en voz alta, aunque tan suavemente que sólo los que estaban cerca de ella la oyeron:

—Agat viene hacia aquí.

—¿Te está hablando? —le preguntó Alla Pasfal con sequedad.

Rolery miró por un momento a la vieja que ella temía, como si no la viera.

—Viene hacia aquí —repitió.

—Probablemente no está enviando, Alla —dijo el llamado Pilotson—. Ellos están en constante relación.

—Tonterías, Huru.

—¿Por qué han de ser tonterías? Él nos contó que envió a ella con gran fuerza y estableció contacto. Ella debe de ser una Natural. Y eso estableció una relación. Ya ha ocurrido antes.

—Entre parejas humanas, sí —dijo la anciana—. Una chica no entrenada no puede recibir ni enviar un mensaje paraverbal, Huru; una Natural es cosa de lo más raro en el mundo. Y ésta es una hilfa, no una humana.

Rolery mientras tanto se levantó, se salió del círculo y se dirigió hacia la puerta. La abrió. Fuera había la vacía oscuridad y el frío. Ella miró calle arriba, y en un instante pudo distinguir a un hombre que bajaba fatigado y a paso lento. Él llegó al chorro de luz amarillenta que salía de la puerta abierta, y alargando su mano para tomar la de ella. Casi sin aliento, la llamó por su nombre. Su sonrisa mostró que había perdido tres dientes; había un vendaje ennegrecido alrededor de su cabeza, por debajo de su gorro de piel; él estaba grisáceo por la fatiga y el dolor. Había estado en las colinas, desde que los gaales habían entrado en el territorio de Askatevar, durante tres días y dos noches.

—Dame un poco de agua para beber —dijo a Rolery con suavidad, y entonces penetró en la luz, mientras que los otros se acercaban y lo rodeaban.

Rolery halló la sala de cocinar y en ella la caña de metal con una flor encima a la que se había de dar una vuelta para que el agua saliera de la caña; en la casa de Agat había también uno de esos artificios. Como ella no viera cuencos ni tazas colocadas en ninguna parte, recogió el agua en un hueco del borde suelto de su túnica de

cuero, y así la llevó a su esposo que estaba en la otra habitación. Él, gravemente, bebió en la túnica. Los otros se quedaron mirando boquiabiertos y Pasfal dijo secamente:

—Hay tazas en la alacena.

Pero ella ya no era una bruja, su malicia caía como una flecha gastada. Rolery se arrodilló al lado de Agat y oyó su voz.

9. Las guerrillas

La temperatura era más cálida de nuevo, después de la primera nevada. Lució el sol, llovió poco, sopló viento del noroeste, y hubo ligeras heladas de noche, más o menos como en la última fase lunar de Otoño. El Invierno no era tan diferente a la estación anterior. Era difícil creer en los anales anteriores, que hablaban de nevadas de tres metros de altura, y fases lunares enteras en que el hielo nunca se derretía. Puede que eso viniera más tarde. El problema ahora eran los gaales…

Prestando poca atención a las guerrillas de Agat, aunque habían infligido algunas desagradables pérdidas a los flancos de su ejército, los norteños habían proseguido en gran número su rápida marcha a través del territorio de Askatevar, acamparon al este del bosque, y ahora en el tercer día estaban asaltando la Ciudad de Invierno. Sin embargo no la estaban destruyendo; evidentemente estaban tratando de salvar del fuego los graneros, los rebaños y quizás a las mujeres. Sólo mataban a los hombres. Quizá, tal como se había informado, iban a dejar una guarnición en aquel lugar compuesta de algunos de sus hombres. Cuando viniera la Primavera, los gaales que regresaran del sur podrían marchar de ciudad en ciudad de un Imperio.

«No son como los hilfos», pensó Agat, que estaba echado en el suelo, oculto bajo un inmenso árbol caído, en espera de que su pequeño ejército tomara posiciones para su propio asalto a Tevar, Él había estado en campo abierto, luchando y escondiéndose, desde hacía dos días y dos noches. Una de las costillas que le habían resquebrajado durante la paliza que recibió en el bosque, le dolía a pesar de estar bien vendada, así como una ligera herida en el cuero cabelludo que le había causado ayer un gaal con una honda; pero gracias a la inmunidad contra la infección, las heridas cicatrizaban muy rápidamente, y Agat prestaba poca atención a todo lo que no fuera una arteria cortada. Sólo había sido derribado una vez de un golpe. Estaba sediento en aquel momento y se sentía un poco agarrotado; pero su mente estaba atenta y sintió alivio por este breve y forzado descanso. Esta planificación anticipada no se parecía en nada a lo que hacían los hilfos. Los hilfos no consideraban ni el tiempo ni el espacio del modo lineal e imperialista de su propia especie. El tiempo para ellos era un farol iluminado un paso antes, un paso después; el resto era una oscuridad en la que no se distinguía nada. El tiempo era este día, este único día del Año inmenso. Ellos no tenían vocabulario histórico, simplemente había un hoy y un «tiempo pasado». Miraban hacia delante a lo máximo hasta la próxima estación. No miraban al tiempo sino como la lámpara en la noche,

como el corazón en el cuerpo. Y *lo* mismo les pasaba con el espacio: el espacio para ellos no era una superficie sobre la cual trazar límites, sino un territorio, una tierra núcleo, centrada en sí y en el clan y la tribu. Alrededor del territorio había áreas que se abrillantaban cuando uno se aproximaba a ellas, y se oscurecían cuando uno las dejaba; contra más lejanas, más desmayadas. Pero no había líneas, ni límites. Esta planificación anticipada, este intento de aferrarse a un sitio conquistado a través del espacio y del tiempo no era típico de ellos; mostraba… ¿qué? ¿Un cambio autónomo en el modelo de cultura hilfa, o un contagio de las viejascolonias septentrionales y correrías del Hombre?

«Sería la primera vez —pensó Agat sardónicamente—que ellos aprendieran una idea de nosotros. En seguida a nosotros se nos pegarán los resfriados de ellos, y eso nos matará, y nuestras ideas puede que los maten a ellos…»

Había en él una profunda y casi total amargura inconsciente contra los tevaranos que le habían aplastado la cabeza y las costillas, y habían roto su acuerdo; y a los que ahora tenía que contemplar cómo los mataban en su estúpida y pequeña ciudad de adobe. Había sido impotente para luchar contra ellos, y ahora era casi impotente para luchar por ellos. Los detestaba por haberle impuesto tal impotencia.

En aquel momento (justo cuando Rolery iniciaba el regreso hacia Landin detrás de los rebaños), se oyó un roce entrelas hojas secas y polvorientas que había en un hueco detrás deél. Antes de que el sonido hubiera cesado, él ya tenia su lanzadardos cargado apuntando contra el hueco.

Los explosivos habían sido prohibidos por el Embargo Cultural, que se había convertido en la ética básica de losExiliados; pero algunas tribus nativas, en los primeros Años delucha, habían utilizado lanzas y dardos envenenados. Como ellos estaban libres de los tabúes, los doctores de Landín había desarrollado nuevos venenos efectivos que aún figuraban en el repertorio de caza y guerra. Había aturdidores, paralizadores, mortíferos lentos y rápidos; éste era letal y empleaba cinco segundos en convulsionar el sistema nervioso de un animal grande, como un gaal. El mecanismo de estelanzadardos era curioso y sencillo, y servía para hacer puntería hasta poco más de cincuenta metros.

—Sal —gritó Agat a quien estuviera en el silencioso y sus hinchados labios se alargaron en una mueca.

Considerando todo, estaba listo para matar a otro hilfo.

—¿Alterra?

Un hilfo se levantó hasta mostrar toda su estatura de entre los matorrales grises y secos del hueco, sus brazos, a los lados. Era Umaksuman.

—¡Demonios! —grito Agat, bajando su arma, aunque no del todo.

La violencia reprimida lo sacudió por un momento con un estremecimiento espasmódico.

—Alterra —dijo el tevarano con voz ronca—, en la tienda de mi padre éramos amigos.

—¿Y luego…, en el bosque?

El nativo permaneció de pie, silencioso. Era una figura alta y pesada, su pelo rubio sucio, su rostro demacrado por el hambre y el agotamiento.

—Oí tu voz, con la de los otros. Si querías vengar el honor de tu hermana, podíais haberlo hecho uno a uno.

El dedo de Agat seguía en el gatillo; pero cuando Umaksuman le contestó, su expresión cambió. El no había esperado una respuesta.

—Yo no estaba con los otros. Sólo los seguí, y los detuve. Hace cinco días maté a Ukwek, mi sobrino-hermano, que era el que los dirigía. He estado en las colinas desde entonces.

Agat desamartilló el arma y apartó la mirada.

—Ven aquí —le dijo al cabo de un rato.

Sólo entonces los dos se dieron cuenta de que habían estado de pie y hablando en voz alta en esta colina llena de exploradores gaales. Agat se rió silenciosamente mientras Umaksuman se deslizaba con él hacia la especie de nicho que había bajo el tronco.

—Amigo, enemigo, ¡qué demonios! —dijo—. Toma —y entregó al hilfo un pedazo grande de pan que sacó de su cartera—, Rolery es mi esposa desde hace tres días.

En silencio, Umaksuman tomó el pan, y se lo comió como un hambriento.

—Cuando nos silben desde allá arriba, a la izquierda, hemos de ir todos juntos, dirigiéndonos hacia aquella brecha en la muralla, en el ángulo norte, para emprender una rápida carrera a través de la ciudad, y recoger a todos los tevaranos que podamos. Los gaales nos están buscando por los pantanos, que es donde estuvimos esta mañana, y no aquí. Es la única vez que nos vamos a dirigir a la ciudad. ¿Quieres venir?

Umaksuman asintió.

—¿Estás armado?.

Umaksuman levantó su hacha. Uno al lado del otro, sin hablarse, se agacharon contemplando los tejados que ardían, los recovecos y señales de movimiento en las destrozadas callejuelas de la pequeña ciudad, desde la colina que las dominaba. Un cielo gris estaba poniendo término a la luz del sol; el humo era acre en el viento.

A su izquierda sonó un silbato agudo. Las laderas al oeste y al norte de Tevar brotaron a la vida con hombres, pequeñas figuras diseminadas que corrían agazapadas hacia el valle y cuesta arriba,

juntándose para saltar sobre la muralla derruida y penetrar en las ruinas y la confusión de la ciudad.

Cuando los hombres de Landin se encontraron en la muralla, se reunieron formando patrullas de cinco a veinte hombres, y estas patrullas se mantuvieron unidas, bien para atacar a grupos de gaales saqueadores con lanzadardos, bolos y cuchillos, bien para recoger a todas las mujeres y niños tevaranos que encontraron, dirigiéndose a la puerta con ellos. Fueron tan rápidos y seguros como si hubieran ensayado la incursión; los gaales, ocupados en acabar con la última resistencia en la ciudad, fueron sorprendidos.

Agat y Umaksuman fueron juntos, y un grupo de ocho o diez se incorporó a ellos cuando cruzaban corriendo la Plaza del Golpeteo de Piedras, y luego bajaron por una callejuela-túnel hasta llegar a una plazoleta, e irrumpieron en una de las grandes Casas del linaje. Uno tras otro bajaron de un salto la escalera de tierra hasta el oscuro interior. Hombres de rostro blanco y plumas rojas enroscadas en su mechón de pelo se acercaron a gritos y esgrimiendo hachas, en defensa de su botín. El dardo del arma de Agat alcanzó de lleno la boca abierta de uno de ellos; vio cómo Umaksuman arrancaba el brazo de un gaal desde el hombro lo mismo que un leñador corta una rama de un árbol. Luego se hizo el silencio. Mujeres sentadas en cuclillas y sin atreverse a hablar en la semioscuridad. Un bebé lloriqueó.

—¡Venid con nosotros! —gritó Agat.

Algunas de las mujeres se dirigieron hacia él, pero al reconocerlo, se detuvieron.

Umaksuman sobresalió tras él en la pálida luz del portal, pesadamente cargado con un bulto que se había echado a la espalda.

—¡Venga, traed los niños! —exclamó enfurecido.

Y al sonido de su voz conocida, todas ellas se movieron. Agat las *agrupó* en las escaleras con sus hombres en fila para protegerlas, y luego dio una orden. Salieron de la Casa del Linaje y se dirigieron hacia la puerta. Ningún gaal detuvo en su carrera a aquel extraño grupo de mujeres, niños y hombres dirigidos por Agat, quien con un hacha gaal iba cubriendo a Umaksuman, el cual llevaba colgado de sus hombros un gran bulto, el viejo jefe, su padre, Wold.

Salieron por la puerta, sostuvieron una escaramuza con una tropa de gaales al pasar por el lugar donde antes se habían levantado las tiendas, y con otras patrullas de hombres de Landin que se retiraban y refugiados que llevaban por delante o los seguían por detrás, se dispersaron por el bosque. Toda la correría a través de Tevar había durado mas de cinco minutos.

No había seguridad en el bosque. Exploradores y soldados gaales merodeaban a lo largo del camino que llevaba a Landin. Los refugiados y sus salvadores se desplegaron hasta dispersarse de uno en

uno o en pares, en dirección al sur, internándose en el bosque. Agat se quedó con Umaksuman, quien no podía defenderse al llevar a cuestas al anciano. Anduvieron con dificultad a través de los matorrales. Ningún enemigo les salió al encuentro entre las frondas grisáceas y los mogotes de tierra, los troncos caídos y la maraña de ramas secas y arbustos momificados. En alguna parte muy por detrás de ellos, una mujer gritó una y otra vez.

Necesitaron mucho tiempo para formar un semicírculo en direcciones sur y oeste a través del bosque, sobre las lomas, y luego de nuevo hacia el norte hasta llegar finalmente a Landin. Cuando Umaksuman ya no pudo seguir adelante, Wold caminó; pero sólo podía ir muy despacio. Cuando al final salieron de entre los árboles, vieron las luces de la Ciudad del Exilio centellear en la ventosa oscuridad por encima del mar. Medio arrastrando al anciano, bajaron con dificultad la ladera y llegaron a la Puerta de Tierra.

—¡Vienen hilfos! —gritaron los guardias antes de que ellos llegaran claramente a la vista, reconociendo el pelo rubio de Umaksuman. Luego vieron a Agat y exclamaron:

— ¡El Alterra! ¡El Alterra!

Salieron a su encuentro y lo entraron en la ciudad. Eran hombres que habían luchado a su lado, recibido sus órdenes, salvado su pellejo en aquellos tres días de guerra de guerrillas en los bosques y colinas.

Habían hecho todo lo posible, cuatrocientos contra un enemigo que formaba un enjambre que recordaba las migraciones de los animales, quince mil hombres, según había calculado Agat. Quince mil guerreros, entre sesenta o setenta mil gaales en total, todos con sus tiendas, sus potes de cocina, parihuelas, hannes, alfombras de pieles, hachas, brazaletes, cunas, y yescas, todas sus escasas pertenencias, su temor al Invierno y su hambre. Él había visto a las mujeres gaalas en sus campamentos recogiendo de los troncos secos los líquenes para comérselos. Parecía increíble que la pequeña Ciudad del Exilio todavía se mantuviera, y siguiera intacta ante el alud de violencia y hambre, con antorchas encendidas sobre sus puertas de hierro y madera tallada, y hombres que les dieran la bienvenida al regresar a casa.

Tratando de contar lo ocurrido en los últimos tres días, él dijo:

—Ayer por la tarde alcanzamos por detrás su línea de marcha. —Las palabras no tenían realidad; ni tampoco la tenía esta habitación caliente, los rostros de hombres y mujeres que él había conocido toda su vida, y que le estaban escuchando—: Cuando esa emigración pasa por uno de esos estrechos valles, deja un suelo que parece que ha sufrido un corrimiento de tierras. Pura basura. Nada. Todo pisoteado y reducido a polvo, aniquilado…

—¿Y cómo pueden seguir en su avance? ¿Qué es lo que comen? —susurró Huru.

—Los almacenes de Invierno de las ciudades que toman. El país está ahora arrasado, las cosechas se han agotado, los animales de caza mayor han huido hacia el sur. Tienen que saquear cada ciudad que encuentran en su camino y vivir de los rebaños de hannes, o morir antes de que salgan de las tierras nevadas.

—Entonces vendrán aquí —dijo uno de los alterranos con voz calmosa.

—Eso creo. Mañana o al día siguiente.

Esto era cierto, pero tampoco era real. Él se pasó la mano por la cara, sintiendo la suciedad y la rigidez y las magulladuras de sus labios aún no curadas. Le había parecido que debía de venir a presentar su informe ante el gobierno de la ciudad, pero estaba tan cansado que no pudo decir nada más, y no oyó lo que los otros decían. Se volvió hacia Rolery, que estaba arrodillada en silencio al lado de él. Sin alzar sus ojos color ámbar, ella dijo con voz muy suave:

—Deberías irte a casa, Alterra.

El no había pensado en ella en todas aquellas interminables horas de lucha, de carreras, disparos y ocultación en el bosque. La conocía sólo desde hacia dos semanas; habría hablado con ella largamente como máximo tres veces; se había acostado con ella una vez, la había llevado como esposa a la Sala de la Ley a primeras horas de la mañana hacía tres días, y una hora más tarde tuvo que irse con las guerrillas. No sabía mucho de ella, y ella ni siquiera era de su especie. Y dentro de un par de días probablemente los dos estaría muertos. Él se rió a su manera silenciosa y puso su mano cariñosamente sobre la de ella.

—Sí, llévame a casa —le dijo.

Silenciosa, delicada, extraña, ella se levantó, y esperó que él se despidiera de los otros.

Él le había contado que Wold y Umaksuman, con unos doscientos más de su pueblo, habían escapado o sido rescatados de la violada Ciudad de Invierno y estaban ahora refugiados en Landin. Ella no le pidió ir a verlos. Mientras subían juntos por la empinada calle desde la casa de Alla a la de ellos, ella preguntó:

—¿Por qué entraste en Tevar para salvar a su gente?

A él le pareció una extraña pregunta.

—Porque no se habrían salvado ellos solos.

—Eso no es una razón, Alterra.

Ella parecía sumisa, la tímida esposa nativa que hacía la voluntad de su señor. Realmente, según él iba descubriendo era obstinada, voluntariosa y muy orgullosa; hablaba suavemente, pero decía lo que quería.

—Es una razón, Rolery. No puedes quedarte aquí sentado viendo cómo esos bastardos matan poco a poco a la gente. De todas formas, yo quiero luchar, responder a su ataque.

—Pero, si los gaales nos ponen sitio, o después, en pleno Invierno, ¿corno vais a alimentar a toda esta gente habéis traído a vuestra ciudad?

—Tenemos suficiente. Los alimentos no son nuestra preocupación. Lo que necesitamos son hombres.

Se tambaleó un poco debido al cansancio. Pero la clara y fría noche había despejado su cerebro, y él sentía con ligero brote de gozo que no había sentido en mucho tiempo. Tenía la sensación de que este pequeño alivio, esta ligereza de espíritu, era debido a la presencia de ella. Él había sido responsable de todo durante mucho tiempo. Ella, la extraña, la extranjera, de sangre y mentalidad ajenas, no compartía su poder o su conciencia o su conocimiento o su exilio. Ella no compartía nada con él, sino que lo había conocido y se había unido a él total e inmediatamente por encima del abismo de sus grandes diferencias: como si fuera tal diferencia, la disparidad entre ellos, lo que les había hecho conocerse y, al unirlos, los había liberado.

Entraron por la puerta de su casa que no estaba cerrada con llave. No había ninguna luz encendida en la alta y estrecha casa de piedra toscamente esculpida. Allí había estado durante trescientos Años, ciento ochenta fases lunares; su bisabuelo había nacido en ella, así como su abuelo, su padre, y el mismo. Para él le resultaba tan familiar como su propio cuerpo. Entrar con ella, la mujer nómada cuyo único hogar habría sido esta o aquella tienda en una ladera u otra, o las hormigueantes madrigueras bajo la nieve, le producía un placer particular. Sentía una ternura hacía ella que apenas sabía cómo expresar. Sin proponérselo dijo su nombre no en voz alta sino paraverbalmente. En seguida ella se volvió hacia él en la oscuridad del vestíbulo, y a oscuras se lo quedó mirando a la cara. La casa y la ciudad estaban en silencio alrededor de ellos. Mentalmente él oyó cómo ella decía su nombre, como un susurro en la noche, como un toque a través del abismo…

—Me has hablado —le dijo él de viva voz, desconcertado, maravillado.

Elia no respondió nada, pero una vez más él la oyó mentalmente, en su sangre y nervios, cómo la mente de ella lo alcanzaba: «Agat, Agat…»

10. El viejo jefe

El viejo jefe era duro. Había sobrevivido a los golpes, las caídas, el agotamiento, la exposición y el desastre con su voluntad intacta, conservando casi totalmente su inteligencia.

Había algunas cosas que no comprendía, y otras a veces las olvidaba. De todos modos estaba contento de haber salido de la sofocante oscuridad de la Casa del linaje, donde el estar sentado junto al fuego le había hecho sentirse como una mujer; eso estaba claro para él. Le gustaba (siempre le había gustado) esta ciudad de los lejosnatos fundada sobre las rocas, iluminada por el sol, barrida por los vientos construida antes de que ninguno de los vivientes hubiera nacido y que aún permanecía desafiante en el mismo lugar. Era una ciudad mucho mejor construida que Tevar. Sobre Tevar él no tenía siempre ideas claras. A veces recordaba los gritos, los techos ardiendo, los cadáveres despedazados y despanzurrados de sus hijos y nietos. A veces no. La voluntad de sobrevivir era muy fuerte en él.

Poco a poco fueron llegando otros refugiados, algunos de las Ciudades de Invierno saqueadas en el norte; en conjunto había ahora unos trescientos miembros de la raza de Wold en la ciudad lejosnata. Era extraño ser pocos, ser débiles, vivir de la candad de los parias, y algunos tevaranos, particularmente entre los hombres de mediana edad, no pudieron soportarlo. Se sentaron en Ausencia con las piernas cruzadas, los ojos semicerrados, como si se los hubieran estado frotando con aceite de gesina. También algunas de las mujeres, que habían visto cómo despedazaban a sus hombres en las calles y casas de Tevar, o que habían perdido hijos, lloraban afligidas sintiéndose enfermas. Mas para Wold el colapso del mundo tevarano era sólo parte del colapso de su propia vida. Sabiendo que su muerte se aproximaba, miraba con gran benevolencia a cada día y a los jóvenes, humanos o lejosnatos: eran los que tenían que seguir luchando.

La luz del sol brillaba ahora en las calles de piedra, relucía en las fachadas pintadas de las casas, aunque había como una vaga y sucia mancha en el cielo, por encima de las dunas del norte. En la gran plaza, enfrente de la casa llamada Thiatr, donde habían sido albergados todos los humanos, Wold fue saludado por un lejosnato. Tardó un rato en reconocer a Jakob Agat. Luego soltó una risita y dijo:

—¡ Alterra! Tú solías ser un mozo muy guapo. Te pareces a un hechicero de Pernmek sin dientes en la boca. ¿Dónde está… —se había olvidado del nombre de ella—, dónde está mi parienta?

—En mi casa. Mayor.

—Eso es una vergüenza —dijo Wold.

No le importaba si ello ofendía a Agat. Éste era ahora su señor y

jefe, por supuesto; pero quedaba el hecho de que era vergonzoso mantener una querida en la tienda o la casa de uno. Lejosnato o no. Agat debía observar las reglas fundamentales de la decencia.

—Ella es mi esposa. ¿Qué hay de malo en ello?

—He oído mal; mis oídos son viejos —respondió Wold cauteloso.

—Que ella es mi esposa.

Wold alzó la mirada, encontrándose por primera vez directamente con los ojos de Agat. Los ojos de Wold eran de un amarillo pálido como el sol invernal, y ningún blanco se mostraba bajo los sesgados párpados. Los ojos de Agat eran negros, con iris y pupila oscura con ángulo blanco en la cara morena: ojos extraños para mirarlos de frente, sobrenaturales. Wold apartó la mirada. Las grandes casas de piedra de los lejosnatos se elevaban todo alrededor de él, limpias, brillantes y antiguas a la luz del sol.

—Yo tomé una esposa de vosotros, lejosnato —dijo al final—; pero nunca pensé que tú tomarías una de mí. La hija de Wold casada entre los falsoshombres, sin poder tener hijos.

—No tiene por qué lamentarse —le contestó el joven lejosnato impasible y firme como una roca— Yo soy tu igual, Wold En todo, excepto en la edad. Tú tuviste una esposa lejosnata una vez. Ahora tienes un yerno lejosnato. Si quisiste a una, bien puedes tragarte al otro.

—Es duro —dijo el anciano con triste sencillez. Hubo una pausa— No somos iguales, Jakob Agat. Mi pueblo esta muerto o quebrantado. Tú eres un jefe, un señor. Yo no lo soy. Pero yo soy un hombre y tú no lo eres. ¿Qué semejanza hay entre nosotros?

—Por lo menos que no haya inquina ni odio entre nosotros — repuso Agat, aun inconmovible.

Wold miró a su alrededor y al final, lentamente, se encogió de hombros con aire ausente.

—Bien, entonces podemos morir juntos —dijo el lejosnato con aquella risa suya sorprendente. Nunca se sabe cuándo un lejosnato se iba a echar a reír—. Creo que 1os gaales nos atacarán dentro de unas horas, Mayor.

—¿De unas horas?

—Pronto. Puede que cuando el sol esté alto.

Estaban de pie junto a la arena, ahora vacía. Un disco ligero yacía abandonado a sus pies. Agat lo tomó del suelo y, sin proponérselo, como un muchacho, lo arrojó al otro lado del palenque. Mirando a dónde cayó, dijo:

—Ellos son veinte por cada uno de nosotros. Así que, si saltan las murallas o atraviesan la puerta… voy a enviar a todos los niños otoñonatos y sus madres al Rimero. Con los puentes levadizos alzados es imposible tomarlo, y allí hay agua y alimentos para quinientas

personas que les durará por lo menos una fase lunar. Tiene que haber algunos hombres con las mujeres. ¿Por qué no escoge usted a tres o cuatro de sus hombres, y toma a todas las mujeres con sus niños y los leva allí? Deben de tener un jefe. ¿Le parece bien este plan?

—Sí, pero yo me quedaré aquí —manifestó el anciano.

—Muy bien, Mayor —respondió Agat sin la menor entonación de protesta, impasible su rostro áspero y cicatrizado—. Por favor, escoja a los hombres que han de ir con las mujeres y niños. Deben de irse cuanto antes. Kemper conducirá a nuestro grupo.

—Yo iré con ellas —declaró el anciano, exactamente en el mismo tono.

Y Agat pareció un poco desconcertado. Así que era posible desconcertarlo. Pero se mostró de acuerdo inmediatamente. Su deferencia hacia Wold era un cortés fingimiento, por supuesto. ¿Qué razones tenía él para mostrarse deferente con un anciano moribundo que incluso entre su propia tribu ya no era un jefe? Pero siguió manteniendo esta actitud, por muy tontamente que Wold le replicara. Era verdaderamente una roca. No había muchos hombres como él.

—Mi señor, mi hijo, mi igual —dijo el anciano, haciendo la mueca y poniendo sus manos sobre el hombro de Agat—. Mándame donde quieres que vaya. Ya no sirvo de nada, Todo lo que puedo hacer es morir. Vuestra roca negra parece un mal sitio para morir; pero yo lo haré si lo deseas…

—De todos modos mande que algunos hombres se queden con las mujeres —dijo Agat—. Que sean resueltos para evitar que el pánico haga presa en las mujeres. Ahora tengo que ir a la Puerta de Tierra, Mayor, ¿quiere venir?

Agat, ágil y rápido, se marchó. Apoyándose en una lanza lejosnata de metal brillante, Wold subió lentamente las calles y escalones. Pero cuando estaba sólo a mitad de camino tuvo que detenerse a tomar aliento, y entonces comprendió que debía regresar y enviar a las jóvenes madres y sus críos a la isla, como Agat le había pedido. Se volvió y empezó a bajar. Cuando vio cómo arrastraba los pies por las piedras comprendió que debía obedecer a Agat e ir con las mujeres a la isla negra, porque aquí no haría más que estorbar.

Las brillantes calles estaban vacías, exceptuando a algún lejosnato que de vez en cuando pasaba apresuradamente para ir a alguna parte. Todos estaban ya preparados o terminando sus preparativos, en sus puestos o cumpliendo su deber. Si los hombres de los clanes de Tevar se hubieran preparado, si hubieran marchado hacia el norte para salir al encuentro de los gaales, si hubieran mirado hacia el futuro del modo como Agat parecía mirar… No era de extrañar que la gente llamara brujos a los lejosnatos. Pero había sido culpa de Agat que ellos no se hubieran puesto en marcha. Había permitido que una mujer se

interpusiera entre aliados. Si él, Wold, hubiera sabido que la chica iba a hablar de nuevo con Agat, la habría matado tras las tiendas, y habría arrojado su cuerpo al mar, y Tevar seguiría en pie…

En ese momento ella salió por la puerta de una casa de piedra. Al ver a Wold se detuvo.

Él se dio cuenta de que aunque ella se había atado atrás su pelo, como hacían las mujeres casadas, seguía llevando la túnica de cuero y pantalones estampados con la flor del día trifoliada, la marca del clan de su Linaje.

No se miraron el uno a la otra a los ojos.

Ella no habló. Wold le preguntó al final, porque lo pasado estaba pasado, y él había llamado a Agat «hijo»:

—¿Te marchas a la isla negra o te quedas aquí, parienta? —*Me* quedo aquí, Mayor.

—Agat me envía a la isla negra —explico él en tono vago e irguiéndose un poco en su rigidez mientras permanecía, allí a la fría luz del sol, con sus pieles manchadas de sangre, apoyándose en la lanza.

—Creo que Agat teme que las mujeres no quieran irse a menos que las dirija usted o Umaksuman. Y Umaksuman se halla al frente de nuestros guerreros, que guardan la muralla norte.

Ella había perdido toda su ligereza, su cauterizante insolencia sin objeto; ahora se mostraba decidida y gentil. De repente él la recordó vividamente como una niña, la única que había habido en aquellas tierras de Verano, la hija de Shakatany, la nacida en el Verano.

—Así que eres la esposa de Alterra —le dijo.

Y esta idea acudiendo a su memoria y sobreponiéndose al recuerdo de ella como una niña risueña y voluntariosa le confundió de tal modo que no oyó lo que ella le respondía.

—¿Por qué no nos vamos todos los de la ciudad a la isla, si aquélla no puede ser tomada?

—No hay bastante agua, Mayor. Los gaales se vendrían a vivir a esta ciudad, y nosotros moriríamos en aquella roca.

Él pudo ver, más allá de los tejados de la Sala de la Liga, una parte de la calzada. La marea había subido. La marea había subido. Las olas relumbraban más allá del negro saliente del fuerte de la isla.

—Una casa construida sobre agua marina no es casa para hombres —dijo con voz fatigada—. Está demasiado cercana a tierra que hay bajo el mar… Y ahora escucha, había una cosa que yo quería decirle a Arilia…, a Agat. Aguarda. ¿Qué era? Lo he olvidado. No sigo el hilo de mis pensamientos…—Trató de recordar, pero no le vino nada a la memoria—. Bueno, no importa. Los pensamientos de los viejos son como polvo. Adiós, hija.

Prosiguió, cojeando y arrastrando los pies, pesado, y cruzó la

Plaza hasta el Thiatr, donde ordenó a las jóvenes madres que reunieran a sus hijos y lo siguieran. Entonces dirigió su última expedición, un rebaño de mujeres acobardadas y de niños llorosos que le seguían, y los tres hombres jóvenes que él había escogido para que fueran con él, atravesando la vasta y vertiginosa carretera aérea hasta aquella casa negra y terrible.

Aquel lugar estaba silencioso y hacia frío dentro. En las altas bóvedas de las habitaciones no se oía nada más que el ruido del mar golpeando y bañando las rocas de más abajo. Sus gentes se amontonaron confusamente en una sola y gran habitación. Le hubiera gustado que la vieja Kerly estuviera allí, pues le habría servido de ayuda: pero ella yacía muerta en Tevar o en los bosques. Al final, dos mujeres valerosas consiguieron que las otras se pusieran a trabajar: hallaron grano para hacer gachas de harina de bhan, agua y leña para hacer hervir el agua. Cuando las mujeres y los niños de los lejosnatos vinieron con su guardia de diez hombres, las tevaranas les pudieron ofrecer comida caliente. Ahora había quinientas o seiscientas personas en el fuerte, por lo que éste estaba bastante lleno. El eco devolvía las voces; se veían niños por todas partes, casi como si fuera el lado de las mujeres en una Casa de Linaje en la Ciudad de Invierno. Pero desde las estrechas ventanas, a través de la piedra transparente que impedía el paso del viento, se podía mirar hacia abajo hasta el agua que chorreaba en las rocas al pie del acantilado, cuyas crestas pulverizaba el viento.

El viento estaba cambiando de dirección, y la mancha que había en el cielo se volvió calina en su parte norte, de modo que alrededor del pequeño y pálido sol se formó un gran círculo blancuzco: el círculo de nieve. Eso era, eso es lo que él había querido decir a Agat. Que iba a nevar. No como un pequeño espolvoreo de sal al igual que la última vez, sino una gran nevada invernal. La ventisca… Esta palabra, que él no había oído o dicho durante tanto tiempo, le sonó extraña. Morir, entonces. Debía volver a través del paisaje sombrío y constante de su juventud, debía reentrar en el mundo blanco de las tormentas.

Aún siguió junto a la ventana; pero no vio el agua ruidosa de más abajo. Estaba recordando el Invierno. Mucho bien haría a los gaales haber tomado Tevar, y Landin también. Esta noche y mañana ellos podrían saciarse de carne de hann y grano. Pero, ¿hasta dónde podrían llegar cuando la nieve empezara a caer? La nieve de verdad, la ventisca que nivelaba los bosques y llenaba los valles, y los vientos crudísimos que seguían. ¡Correrían cuando ese enemigo se les echara encima! Habían permanecido en el norte demasiado tiempo. Wold de repente soltó una risa aguda y sarcástica, y se apartó de la cada vez más oscura ventana. Había sobrevivido a su jefatura, a sus hijos, a su utilidad, y tenía que morir aquí en una roca sobre el mar; pero tenía

grandes aliados, y le servían grandes guerreros, más grandes que Agat o cualquier otro hombre. La Tormenta y el Invierno luchaban a favor de él, y él sobreviviría a sus enemigos.

Andando pesadamente se dirigió hacia el hogar, desató su bolsa de gesina, soltó un pedacito sobre los carbones encendidos e inhaló profundamente tres veces. Tras ello gritó:

—¡Bueno, mujeres! ¿Están ya las gachas?

Le sirvieron dócilmente, y él comió satisfecho.

11. El asedio de la ciudad

Durante el primer día de asedio, Rolery estuvo ocupada con otras mujeres en mantener aprovisionados a los hombres que había en murallas y tejados, con lanzas —inacabadas fibras de hierbaholn—, grandes y toscas con un extremo acabado en una larga punta, que pesaban unos ochocientos gramos. Apuntando bien, con ellas se podía matar, e incluso en manos inexpertas una lluvia de ellas eran un buen disuasivo contra un grupo de gaales que tratara de colocar una escalera sobre la curva muralla de la parte de tierra. Ella había llevado manojos de esas lanzas subiendo escaleras interminables, y las fue pasando como una más de la cadena de personas que se las pasaban a otras en otras escaleras, corrió con ellas por las calles azotadas por el viento, y aún tenía clavadas en la mano astillas pegajosas tan finas como un cabello. Pero ahora, desde que amaneció, había estado subiendo piedras para las *catapultas,* aquellas cosas que arrojaban piedras como si fueran hondas enormes, que habían sido colocadas en la Puerta de Tierra. Cuando numerosos gaales acudieron a la puerta para emplear sus arietes, aquellas enormes piedras que caían zumbando y golpeando entre ellos, los dispersaban y los volvían a dispersar. Sin embargo, para mantener en marcha las catapultas hacían falta enormes montones de piedras. Los muchachos no paraban de arrancar adoquines de las calles cercanas, y su equipo le mujeres llevaban corriendo ocho o diez a la vez en una especie de caja de patas redondas hasta los hombres que manejaban las catapultas. Ocho mujeres tiraban a mismo tiempo, con su arreo de cuerdas. La pesada caja cargada con tanta piedra parecía inamovible, hasta que al final, conforme ellas tiraban, las patas redondas giraban repentinamente, y con ella traqueteando y dando tumbos detrás, la subían colina arriba hasta la puerta de la muralla en una carrera agotadora, la descargaban, se detenían jadeantes un minuto y se apartaban los cabellos de sus ojos, y luego arrastraban la ahuecada y vacía carretilla en busca de más. Habían estado haciendo esto toda la mañana. Las piedras y cuerdas habían levantado ampollas en las duras manos de Rolery. Ella arrancó cuadriles de su fina falda de cuero y se los ató en las palmas de sus manos con correas de sandalia; ello le fue muy bien y las otras la imitaron.

—Ojalá no hubieran olvidado ustedes como hacer erkars —gritó ella a Seiko Esmit en una ocasión en que avanzaban traqueteando calle abajo con aquella carretilla difícil de manejar tras ellas.

Seiko no le contestó, quizá no la había oído. Ella continuaba con este trabajo agotador (parecía no haber personas débiles entre los lejosnatos); pero el esfuerzo al que estaban sometidas pudo con Seiko;

ésta trabajaba como si estuviera en trance.

En una ocasión, a medida que ellas se acercaban a la puerta, los gaales empezaron a arrojar tizones que caían humeantes sobre las piedras y los tejados. Seiko se había esforzado tirando de las cuerdas como una bestia en una trampa, acobardándose conforme caían aquellos objetos humeantes.

—Ya se van, esta ciudad no puede arder —le dijo Rolery en voz baja.

Pero Seiko, volviendo la cara, contestó:

—Tengo miedo del fuego, tengo miedo del fuego.

Pese a ello, cuando un joven ballestero que estaba allá arriba en la muralla, golpeado en la cara por una honda gaal, cayó de espaldas desde la repisa del paramento, se estrello con brazos y piernas abiertos al lado de ellas, derribó a dos de las mujeres enganchadas a la carretilla, y salpicando sus faldas con su sangre y cerebro, fue Seiko la que se acercó a él, y colocó aquella destrozada cabeza sobre sus rodillas, susurrando unas palabras de adiós al muerto.

—¿Era pariente tuyo? —le preguntó Rolery cuando Seiko volvió a engancharse a la correa y prosiguieron su trabajo.

La mujer alterrana le contestó:

—Todos somos parientes en la Ciudad. Él era Jonkendy Li, el más joven del Consejo.

Un joven luchador en la arena de aquella gran plaza, brillando de sudor y gozoso por el triunfo, diciéndole que ella fuera por donde quisiera en su ciudad. Fue el primer lejosnato que le había hablado.

Seiko no había visto a Jakob Agat desde anteanoche, porque cada persona, humana o lejosnata que se había quedado en Landin tenía su tarea y lugar, y Agat estaba en todas partes, defendiendo una ciudad de mil quinientos contra una fuerza de quince mil. Y en el transcurso del día el cansancio y el hambre disminuyeron sus fuerzas, ella empezó a verlo también caído de bruces sobre unas piedras manchadas de sangre, allá abajo en el otro principal punto de ataque, la Puerta del Mar sobre los acantilados. Su grupo de mujeres paró de trabajar para comer pan y fruta seca traídos por un animoso muchacho que arrastraba una carreta de patas redondas llena de provisiones; una muchachita muy seria que llevaba un pellejo lleno de agua les dio de beber. Rolery cobró ánimos. Estaba segura de que todos morirían, porque ella había visto, desde los tejados, cómo el enemigo ennegrecía las colinas; parecían interminables, a pesar de que apenas habían empezado el sitio. También lo estaba de que no matarían a Agat, y como que él viviría, ella viviría también. ¿Qué tenía que hacer la muerte con él? Él era la vida, la vida de ella. Se sentó en los guijarros de la calle poniéndose cómoda para masticar su pan duro. La mutilación, la violación, la tortura y el horror estaban

sólo a tiro de piedra de distancia por todos lados; pero allí siguió ella comiendo su pan. Mientras ellos lucharan con todas sus fuerzas y pusieron todo su corazón en ello, tal como estaban haciendo, al menos estaban a salvo del temor.

Pero no mucho después vinieron malos momentos. Cuando arrastraban su pesada carga hacia la puerta, el ruido de la traqueteante carretilla y todos los sonidos fueron ahogados por un increíble alarido procedente de fuera de la puerta, un rugido como el de un terremoto, tan profundo y resonante como para sentirlo en los huesos más que para oírlo. Y la puerta saltó de sus goznes de acero, estremeciéndose. Ella entonces vio a Agat, por un momento. Iba corriendo, dirigiendo un numeroso grupo de arqueros y saeteros en la parte baja de la ciudad, gritando órdenes a otro grupo que había en la muralla conforme corría.

Las mujeres se dispersaron, pues se les ordenó que se refugiaran en las calles cercanas al centro de la ciudad. *¡Jou, jou, jou!,* era el grito multitudinario que se oía en la Puerta de Tierra, un ruido tan enorme que parecía que lo hacían las propias colinas, y que se iba a elevar para arrancar a la ciudad de los acantilados y arrojarla al mar. El viento era gélido. Su grupo de mujeres se había disuelto, y todo era confusión. Ella no tenía ningún trabajo al que echar mano. Oscurecía. Los días ya no eran como antes, pues no era hora de que oscureciera. De repente le pareció que se iba a morir, creyó en su muerte; se quedó quieta y gritó conteniendo el aliento, allá en una calle solitaria entre las altas casas vacías.

En una calle lateral unos muchachos arrancaban piedras y las transportaban para elevar las barricadas que habían sido construidas a través de las cuatro calles que llevaban a la plaza principal, reforzando las puertas. Se unió a ellos, para mantenerse caliente, por hacer algo. Trabajaron en silencio, cinco o seis en total, haciendo una labor que era demasiado pesada.

—Nieve —dijo uno de ellos, deteniéndose a su lado.

Ella alzó la mirada de la piedra que iba empujando calle abajo, y vio los blancos copos arremolinándose delante, cayendo cada vez más espesos. Todos se quedaron quietos. El viento había cesado de soplar, y aquella voz monstruosa que aullaba a la puerta se calló. La nieve y la oscuridad vinieron juntos, trayendo el silencio.

—¡Mirad! —exclamó un muchacho, maravillado. Ya no podían ver el final de la calle. Tenue, vacilante y amarillenta se veía la luz de la Sala de la Liga, que sólo estaba a una manzana de casas de distancia.

—Tenemos todo el Invierno para mirar eso —dijo otro muchacho —. Si vivimos para verlo. ¡Vamos! ¡Deben de estar sirviendo la cena en la Sala!

—¿Vienes? —le preguntó el más joven a Rolery.

—Los míos están en la otra casa, en el Thiatr, creo.

—No, comemos todos en la Sala, para ahorrar trabajo, ¡vamos!

Aquellos chicos eran tímidos y bruscos, la trataban como a un camarada. Y se fue con ellos.

Se hizo de noche muy pronto y amaneció muy tarde. Ella se despertó en la casa de Agat, al lado de él, y vio una luz grisácea en las paredes grises, rajas mortecinas que se filtraban a través de las persianas que ocultaban los cristales de las ventanas. Todo estaba tranquilo, completamente tranquilo. Dentro de la casa y fuera de ella no se oía ningún ruido. ¿Cómo podía una ciudad sitiada estar tan en silencio? Pero el asedio y los gaales parecían estar muy lejos, apartados por esta extraña quietud matinal. Ella se quedó inmóvil.

Alguien llamó abajo, aporreando la puerta. Se oyeron voces. El encanto se rompió; el mejor momento pasó. Llamaban a Agat. A ella le costo mucho trabajo despertarlo, y al final, medio adormilado, él se levantó, descorrió la persiana y abrió la ventana, dejando entrar la luz del día.

El tercer día de asedio, el primero de tormenta. La nieve tenía ya una altura de más de treinta centímetros en las calles, y seguía cayendo sin cesar, a veces densa y tranquila, pero siempre empujada por un fuerte viento del norte. Todo había sido silenciado y transformado por la nieve. (Colinas, bosque, campos, todo había desaparecido; no había cielo. Sólo nieve caída y nieve cayendo, al final tan espesa que no se podía distinguir nada.

En dirección oeste, la marea subía y subía entre la silenciosa tormenta. La calzada se curvaba sobre el vacío. No se veía el Rimero. No había cielo ni mar. La nieve había cubierto los oscuros acantilados y ocultado la arena de la playa.

Agat cerró la ventana con pestillo y corrió la persiana. Su rostro aún estaba relajado por el sueño, su voz era ronca:

—No pueden haberse ido —susurró.

Precisamente para decirle eso lo habían llamado desde la calle:

—Los gaales se han ido, se han retirado, corren hacia el sur.

No había nada que decir. Desde las murallas de Landin no se podía ver más que la tormenta. Pero un poco más allá, entre la tormenta, podría haber instaladas mil tiendas de campaña para aguantar el mal tiempo; o puede que no hubiera ninguna.

Algunos exploradores descendieron por el otro lado de la muralla, empleando cuerdas. Tres regresaron diciendo que habían ido hasta la loma del bosque y no habían visto a ningún gaal; pero habían vuelto porque no podían ver la ciudad a cien metros de distancia. Uno no regresó, ¿había sido capturado, o se perdió en la tormenta?

Los alterranos se reunieron en la biblioteca de la Sala; como era

costumbre, cualquier ciudadano que lo deseara podía venir a escuchar y deliberar con ellos. El Consejo Alterranos estaba ahora compuesto de ocho miembros, no de diez. Jonkendy Li había muerto, así como Haris, o sea el más joven y el de más edad. Sólo había siete presentes, porque Pilotson estaba de guardia. Pero la sala estaba llena de oyentes silenciosos.

—No se han ido… No están cerca de la ciudad… Algunos… Algunos están…

Alla Pasfal habló con voz pastosa, el pulso le palpitaba en las venas de su cuello, su cara se había vuelto de un color gris barroso. Ella era la mejor entrenada de todos los lejosnatos en lo que ellos llamaban lenguaje mental: podía oír los pensamientos de los hombres más lejos que nadie, y escuchar una mente ignorante de que ella la estaba escuchando.

«Eso está prohibido», había dicho Agat hacía tiempo, ¿hacía una semana?, y se había mostrado opuesto a esta tentativa de descubrir si los gaales seguían acampados cerca de Landin.

—Nunca habíamos quebrantado esa ley —dijo Agat—. Nunca, en todo el Exilio. Sabremos dónde están los gaales en cuanto las nieves desaparezcan; mientras tanto, nos mantendremos vigilantes.

Pero los otros no estuvieron de acuerdo con él, e impusieron su voluntad. Rolery se sintió confusa e inquieta cuando vio que él se retiraba, aceptando la voluntad de la mayoría. Él había tratado de explicarle a ella por qué debía hacer eso; le explicó que él no era el jefe de la ciudad o del Consejo, y que había diez alterranos elegidos quienes gobernaban conjuntamente; pero eso carecía de sentido para Rolery. O bien el era su jefe o no lo era, y si no lo era, estaban perdidos.

Ahora la anciana mujer se retorció, mirando sin ver, tratando de expresar, con palabras que para ella eran impronunciables, semiatisbos en mentes extrañas cuyos pensamientos eran en lengua extranjera; su breve e inarticulado «lo tengo» de lo que las manos de otro ser tocaban.

—Lo tengo… lo tengo…, línea…, cuerda… —balbuceó.

Rolery se estremeció, asustada y disgustada: Agat, que estaba sentado, se apartó de Alla.

Al final Alla se quedó inmóvil, y permaneció un buen rato con la cabeza inclinada.

Seiko Esmit sirvió a los siete alterranos y a Rolery la tacita ceremonial de ti; cada uno de ellos, apenas tocándola con los labios, se la fue pasando a su compañero, y éste a otro hasta que quedó vacía. Rolery miró fascinada al cuenco que Agat le entregaba, antes de beber y pasarlo. Azul, frágil como una hoja, la luz la atravesaba como si fuera una joya.

—Los gaales se han ido —dijo Alla Pasfal en voz alta, elevando su rostro demacrado—. Ahora se han puesto en movimiento, en algún valle entre dos sierras… Eso lo he recibido muy claro.

—El valle de Giln —murmuró uno de los hombres—. A unos diez kilómetros al sur de los Bogs.

—Huyen del Invierno. Las murallas de la ciudad están a salvo.

—Pero la ley ha sido quebrantada —insistió Agat, su voz ronca cortando entre el murmullo de esperanza y júbilo—. Las murallas pueden ser reparadas. Bueno, ya veremos…

Rolery bajó con él la escalera y ambos cruzaron la vasta Sala de la Asamblea, llena de caballetes y mesas, porque el comedor comunal estaba ahora bajo los relojes dorados y los modelos en cristal de los planetas circundando sus soles.

—Vayamos a casa —le dijo él.

Y poniéndose los grandes abrigos de piel con capucha que habían sido proporcionados a todos en los almacenes situados bajo la Sala Vieja, caminaron juntos entre el viento cegador hasta la Plaza.

No habían andado diez pasos cuando salió de la ventisca una figura grotesca embadurnada con rayas rojas sobre blanco, que se paró ante ellos gritando:

— ¡La Puerta del Mar! ¡Están dentro de las murallas! ¡La Puerta del Mar!

Agat echo una rápida mirada a Rolery y desapareció entre la tormenta. En un instante el estruendo de metal sobre metal retumbó en la torre de arriba, el fuerte ruido ahogado por la nevada. Ellos llamaban a ese gran ruido la *campana,* y antes de que el asedio comenzara, todos habían aprendido sus señales. Cuatro, cinco campanadas, luego silencio, luego cinco de nuevo, y otra vez más: todos los hombres a la Puerta del Mar, a la Puerta del Mar…

Rolery apartó a un lado al mensajero, llevándoselo bajo las arcadas de la Sala de la Liga, antes de que los hombres salieran en tropel por la puerta, sin peto, o poniéndoselo de prisa mientras corrían, armados o desarmados, apresurándose entre la nieve arremolinada, desapareciendo en ella antes de haber cruzado la Plaza.

No vinieron más. Ella pudo oír algún ruido en la dirección de *la* Puerta del Mar, parecía muy remoto debido al sonido del viento y el apaciguamiento de la nieve. El mensajero se apoyó sobre ella, bajo la protección de la arcada. Estaba sangrando de una profunda herida en el cuello, y habría caído si ella no lo hubiera sujetado Reconoció su cara: era el alterrano llamado Pilotson, y ella lo llamó por su nombre para animarlo y ayudarlo a caminar mientras trataba de meterlo dentro del edificio. Él se tambaleó por la debilidad, y murmuró como si aun tratara de comunicar su mensaje:

—Han irrumpido, están dentro de las murallas…

12. El asedio de la Plaza

La alta y estrecha Puerta del Mar se abrió con gran estruendo, los cerrojos cedieron. La batalla entre la tormenta había terminado. Pero los hombres de la ciudad se volvieron y vieron, por encima de la polvareda teñida de sangre en la calle, sombras que corrían a través de la nieve.

Se llevaron deprisa a sus muertos y heridos y regresaron a la Plaza. Con esta ventisca no era posible vigilar para que no se apoyaran escaleras contra los muros; ya que allá no se veía a más de quince pasos de distancia en ambos lados. Un gaal o un grupo de ellos había logrado saltar, justo bajo las narices de los centinelas, y abierto la Puerta del Mar a los asaltantes. Hasta entonces los ataques habían sido rechazados, pero el siguiente podría producirse en cualquier lugar, en cualquier momento, por fuerzas más numerosas.

—Creo que la mayoría de los gaales tomaron hoy rumbo hacia el sur —dijo Umaksuman, quien junto con Agat se dirigía a la barricada que había entre el Thiatr y el Colegio.

Agat asintió.

—Debe de haber sido así. Si no se van, se mueren de hambre. Pero ahora tenemos que enfrentarnos con una fuerza de ocupación que han dejado atrás para acabar con nosotros, y vivir de nuestros aprovisionamientos. ¿Cuántos crees que pueden ser?

—Ante la puerta no había más de mil —repuso el tevarano, dubitativo—; pero puede que haya más. Y todos estarán dentro de las murallas. ¡Mira allí! —Umaksuman señaló a una forma que se ocultaba subrepticiamente, cuando la cortina de nieve reveló por un momento media calle—. Tú por allí —murmuró el nativo, y desapareció velozmente por la izquierda.

Agat rodeó la manzana de casas por la derecha, y se encontró de nuevo con Umaksuman en la calle.

—No ha habido suerte —dijo.

—Yo sí la he tenido —contestó el tevarano, esgrimiendo un hacha gaal incrustada de hueso, que hacía un minuto no tenía.

Por encima de sus cabezas, la campana de la torre de la Sala seguía resonando metódica y lúgubremente entre la nieve: uno, dos…, uno, dos… uno, dos… Retirada a la Plaza, a la Plaza… Todos los que habían luchado en la Puerta del Mar, y los que habían estado patrullando las murallas o vigilando la Puerta de Tierra, o bien dormido en sus casas o habían estado vigilando desde los tejados, ya habían *llegado o* estaban llegando al corazón de la ciudad, la Plaza entre los cuatro grandes edificios. Uno a uno los dejaron pasar a través de las barricadas. Umaksuman y Agat fueron de los últimos en llegar,

sabían que ahora era una locura quedarse fuera en aquellas calles donde las sombras corrían.

—¡Vámonos, Alterra! —le insistió el nativo, y Agat se fue, aunque de mala gana: era duro dejar su ciudad al enemigo.

El viento había amainado ahora. A veces, en el extraño y complejo silencio de la tormenta, la gente de la plaza podía oír el ruido de cristales rotos, los golpes de un hacha contra una puerta que saltaba hecha astillas, allá arriba en una de las calles que desaparecían entre la espesa nevada. Muchas de las casas habían sido abandonadas con las puertas abiertas, como una tentación al botín; encontrarían un poco en ellas aparte de refugio contra la nieve. Hasta la última brizna de aumento había sido llevada a los Comunes de la Sala hacía una semana. Las conducciones de agua y de gas natural de todos los edificios, exceptuando los cuatro que rodeaban la Plaza, habían sido cortadas la pasada noche. Las fuentes de Landin estaban secas, bajo sus anillos de carámbanos y el espesor de la nieve. Todos los almacenes y graneros eran subterráneos, en bóvedas y bodegas excavadas por generaciones anteriores bajo la Sala Vieja y la Sala de la Liga. Vacías, heladas, a oscuras, las casas abandonadas se elevaban sin ofrecer nada a los invasores.

—Pueden vivir de nuestros rebaños durante una fase lunar; incluso sin forraje para ellos, matarán a los hannes y secarán su carne.

Dermat Alterra le había salido al encuentro en la misma puerta de la Sala de la Liga, presa del pánico y formulando reproches.

—Tendrán que capturar a los hannes primero —le replicó Agat, refunfuñando.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que abrimos los establos hace unos minutos, mientras estábamos en la Puerta del Mar, y les dejamos que se fueran. Paol Herdsman estaba conmigo y los puso en estampida. Corrieron como demonios, perdiéndose en la ventisca.

—¿Has dejado que se vayan los hannes…, los rebaños? ¿De qué viviremos el resto del Invierno si se van los gaales?

—¿Es que Paol te habló mentalmente contagiándote el pánico de los hannes, Dermat? —le replicó furioso Agat—. ¿Crees que no seremos capaces de hacer un rodeo de nuestros propios animales? ¿Y qué me dices de las reservas de grano, la caza y la hierba de Invierno? ¿Qué demonios te pasa?

—Jakob —murmuró Seiko Esmit, interponiéndose entre él y aquel hombre mayor.

Jakob Agat se dio cuenta de que había gritado a Dermat, y trató de dominarse. Pero era duro venir de una lucha sangrienta como la defensa de la Puerta del Mar y tener que enfrentarse con un caso de histeria masculina. La cabeza le dolía violentamente; la herida del

cuero cabelludo que le habían hecho en una de sus incursiones al campamento gaal le dolía aún, aunque ya debería de habérsele curado; había logrado escapar ileso de la Puerta del Mar, pero estaba sucio y manchado con la sangre de otros. Contra las altas ventanas sin persianas de la biblioteca, la nieve surcaba el aire susurrando. Era mediodía y parecía el anochecer. Bajo las ventanas estaba la Plaza con sus bien defendidas barricadas. Más allá se hallaban las casas abandonadas, las murallas indefensas, la ciudad de nieve y sombras.

Aquel día de su retirada a la Ciudad Interior, el cuarto día de asedio, permanecieron detrás de sus barricadas; pero ya aquella noche, cuando la nevada disminuyó un poco, una partida de reconocimiento logró salir por los tejados del Colegio. La ventisca empeoró de nuevo hacia el amanecer, o quizás era que una segunda tormenta había seguido inmediatamente a la primera; y a cubierto de la nieve y el frío, los hombres y muchachos de Landin se dieron a la guerrilla en sus propias calles. Salieron de dos en dos o de tres en tres, rondando las calles, tejados y habitaciones, sombras entre sombras. Usaron cuchillos, dardos envenenados, bolos y flechas. Irrumpieron en sus propias casas y mataron a los gaales que se habían refugiado en ellas, o fueron asesinados por ellos.

Como no sentía vértigo, Agat era uno de los que mejor saltaba de tejado en tejado. La nieve había vuelto muy resbaladizas aquellas tejas tan inclinadas: pero la posibilidad de liquidar gaales con sus dardos era irresistible, y las posibilidades de resultar asesinados no eran mayores que en la lucha en las esquinas callejeras o la persecución casa por casa.

El sexto día de asedio, cuarto de tormenta, fue uno de nevada fina, escasa, arrastrada por el viento. Los termómetros que había en el sótano de la Sala de Archivos, que ahora era empleada como hospital, señalaban cuatro grados bajo cero en el exterior, y los anemómetros marcaban rachas de viento de más de cien kilómetros por hora. Estar afuera era terrible, ya que el viento azotaba la cara con aquella fina nieve como si fuera grava, arremolinándola a través de los cristales rotos de las ventanas cuyas persianas habían sido arrancadas para hacer con ellas una hoguera, y se colaba a través de las puertas astilladas. Había poco calor y alimento en cualquier parte de la ciudad, excepto en los cuatro edificios que rodeaban la Plaza. Los gaales se acurrucaron en habitaciones vacías, quemando colchones y puertas, persianas y cofres, encendieron hogueras en el centro de las habitaciones, en espera de que cesara la tormenta. No tenían provisiones, pues sus alimentos se los habían llevado los de la Marcha hacia el Sur. Cuando el tiempo cambiara, ellos podrían cazar, y acabar con los habitantes de la ciudad, y luego vivir gracias a las provisiones invernales. Pero mientras la tormenta durase, sus atacantes pasarían

hambre.

Ellos tenían en su poder la calzada, si es que eso les servía de algo. Los vigilantes situados en la Torre de la Liga los habían visto hacer una incursión hasta el Rimero, que acabó prontamente tras una lluvia de lanzas y con el levantamiento del puente levadizo. A pocos de ellos se les vio aventurarse en las playas con la marea baja, allá debajo de los acantilados de Landin; probablemente habían visto subir la rugiente marea, y no tenían ni idea de la frecuencia ni de la hora en que subiría otra vez, pues ellos eran gente de tierra adentro. Por lo tanto el Rimero estaba seguro, y algunos de los paraverbalistas más expertos de la ciudad habían estado en contacto con uno u otro de los hombres y mujeres que se hallaban en la isla, lo suficiente para saber que se encontraban bien, y para decir a los padres ansiosos que no había niños enfermos. El Rimero se hallaba en buenas condiciones: pero la ciudad estaba destrozada, invadida, ocupada. Más de cien de sus habitantes habían muerto ya en su defensa, y el resto estaba atrapado en unos pocos edificios. Una ciudad de nieve, sombras y sangre.

Jakob Agat se sentó en cuclillas en la sala de paredes grises. Estaba vacía exceptuando una litera de estera de fieltro desgarrada, y cristales rotos sobre los que se había posado la nieve. La casa estaba en silencio. Allá, bajo la ventana donde había estado el jergón, él y Rolery habían dormido una noche; ella lo había despertado por la mañana. Agachado allí, asaltante de su propia casa, pensó en Rolery con amarga ternura. Una vez (parecía que había pasado tanto tiempo, y hacía doce días, quizás), él había dicho en esta misma habitación que no podía pasar sin ella. «Pues entonces que me dejen pensar en ella ahora, al menos pensar en ella», dijo lleno de rabia al silencio; pero todo lo que pudo pensar fue que tanto él como ella habían nacido en mal momento. En la estación equivocada. No se puede empezar un amor al principio de una estación de muerte.

El viento silbó en las ventanas rotas como un quejido. Agat tiritó. Había estado acalorado todo el día, pero el termómetro seguía bajando, y muchos de los guerrilleros que estaban por los tejados empezaban a tener dificultades con lo que los ancianos llamaban congelaciones por la helada. El se sentía mejor si estaba en movimiento, y pensar no le hacía ningún bien. Ya se disponía a salir por la puerta, un hábito de toda la vida, cuando controlándose se dirigió con precaución hacia la ventana por la cual había entrado. En la habitación de la planta baja de la casa de al lado había acampado un grupo de gaales, y él pudo ver la espalda de uno cerca de la ventana. Eran gente rubia; su cabello había sido oscurecido y atiesado con alguna clase de betún o alquitrán; pero se inclinó, y el musculoso cuello que Agat vio agachado era blanco. Resultaba curioso las pocas

posibilidades que él había tenido realmente de ver a sus enemigos. Se disparaba a distancia, o se golpeaba y echaba a correr, o en la Puerta del Mar se luchaba demasiado cerca y con mucha rapidez para mirar. Se preguntó si sus ojos serían amarillentos o ámbar como los de los tevaranos; tenía la impresión de que eran grises. Pero éste no era momento de descubrirlo. Se subió al antepecho, luego trepó por el frontón y salió de su casa por el tejado.

Su camino de siempre para volver a la Plaza estaba bloqueado: los gaales también habían empezando a recorrer los tejados. Se libró de todos sus perseguidores rápidamente, excepto de uno, armado con un lanzadardos, que fue tras él, saltando un foso de casi dos metros y medio entre dos casas y ante el cual se habían detenido los otros. Agat tuvo que dejarse caer en una callejuela, se incorporó y echó a correr.

Un guardián que estaba en la barricada de la calle Esmit, que vigilaba precisamente por si venían escapados, le arrojó una escalerilla de cuerda, y él trepó por ella. Justo cuando llegaba a su parte superior, un dardo se clavó en su mano derecha. Se dejó caer dentro de la barricada, se arrancó el dardo, se chupó la herida y escupió. Los gaales no envenenaban sus dardos o flechas, aunque recogían y empleaban las que los hombres de Landin les arrojaban, y algunas de éstas, por supuesto, estaban envenenadas. Ésta era una clara demostración de una de las razones de la Ley de Embargo. Agat pasó un par de minutos muy malos esperando sentir el primer calambre; pero luego comprendió que había tenido suerte, y pronto empezó a sentir el dolor de aquella pequeña herida en su mano. La mano con la que él disparaba.

La cena se estaba sirviendo en la Sala de la Asamblea, debajo de los relojes dorados. Él no había comido nada desde el amanecer. Tenía un hambre voraz y se sentó ante una de las mesas con su cuenco de bhan caliente y carne salada; luego le fue imposible comer. Tampoco tenía ganas de hablar, pero haciendo un esfuerzo habló con todos los que lo rodeaban, hasta que la campana de la torre, que estaba por encima de ellos, dio la señal de alarma: otro ataque.

Como de costumbre, el asalto fue de barricada en barricada y en conjunto no fue gran cosa. Nadie podía llevar a cabo un ataque prolongado con tan mal tiempo. Lo que ellos buscaban con aquellos ataques variados entre dos luces era tener la oportunidad de hacer pasar a uno o dos de sus hombres a través de una barricada sin proteger, para llegar a la Plaza y para abrir las macizas puertas de hierro de la parte de atrás de la Sala Vieja. Al hacerse de noche, los atacantes se alejaron. Los arqueros que disparaban desde las ventanas superiores de la Sala Vieja y del Colegio cesaron de tirar y finalmente avisaron que las calles estaban limpias de enemigos Como siempre ocurría, algunos defensores habían resultado muertos o heridos: un

ballestero alcanzado en la ventana donde estaba, por una flecha disparada desde abajo, un muchacho que, habiendo trepado demasiado alto en la barricada, fue alcanzado en el vientre por una lanza con punta de hierro; y otros varios heridos leves. Cada día eran más los muertos y heridos y menos los que quedaban para proteger y combatir. La sustracción de unos pocos de demasiados pocos…

De nuevo con calor y temblores, Agat regresó de esta escaramuza. La mayoría de los hombres estaban comiendo cuando se dio la alarma, regresaron y terminaron de comer. Agat no tenía apetito y ahora hasta le repugnaba el olor de la comida. Su mano herida le sangraba cada vez que *él* la empleaba, lo cual le dio una excusa para bajar a la Sala de Archivos, bajo la Sala Vieja, para que el curandero se la vendara.

Era un gran aposento de techo bajo, mantenido siempre a la misma temperatura y luz tenue noche y día, un buen sitio para guardar viejos instrumentos, mapas y documentos, pero también para alojar hombres heridos. Todos yacían sobre jergones en el suelo de fieltro, pequeñas islas de sueño y dolor diseminadas en el silencio de la larga habitación. Entre ellos él vio a su esposa que venia hacia él, tal como él había esperado verla. Y esta visión, la certeza de su presencia, no despertó en él aquella amarga ternura que sentía cuando pensaba en ella; en cambio le proporcionó un intenso placer.

—¡Hola, Rolery! —musitó, y se apartó en seguida de ella para dirigirse a Seiko y al curandero Wattock, preguntándoles cómo estaba Huru Pilotson. Ya no sabía qué hacer con su gozo: le abrumaba.

—Su herida empeora —le murmuró Wattock.

Agat se lo quedó mirando fijamente, y luego se dio cuenta de que estaba hablando de Pilotson.

—¿Empeora? —repitió, sin comprender; y fue a arrodillarse junto a Pilotson.

Pilotson le estaba mirando.

—¿Cómo va eso, Huru?

—Cometiste un gran error —le respondió el herido.

Habían sido amigos durante toda su vida. Agat comprendió en seguida, sin equivocarse, qué era lo que estaba pensando Pilotson: en su matrimonio. Pero no supo qué responder.

—No habría supuesto mucha diferencia —empezó a decir finalmente. Luego se detuvo; no quería justificarse.

Pilotson le dijo:

—No son suficientes, no son suficientes.

Sólo entonces se dio cuenta Agat de que a su amigo se le había ido la cabeza.

—¡Todo va bien, Huru! —contestó de modo tan autoritario que Pilotson, al cabo de un rato, suspiró y cerró los ojos, pareciendo aceptar esta ciega seguridad. Agat se levantó y fue en busca de

Wattock—.

¿Quieres vendarme esto para detener la sangría? ¿Qué le pasa a Pilotson?

Rolery trajo venda y esparadrapo. Wattock vendó la mano de Agat con un par de vueltas hechas con mano experta.

—No lo sé, Alterra —le dijo—. Los gaales deben emplear un veneno contra el que no sirven de nada nuestros antídotos. Ya he probado con todos. Y Pilotson Alterra no es el único. Las heridas no se cierran, y se hinchan. Mira a ese muchacho. Le pasa lo mismo.

El muchacho, un guerrillero de la lucha en las calles, de dieciséis años de edad, gemía y forcejeaba como el que sufre una pesadilla. La herida de lanza en su cadera no sangraba, pero bajo la piel se veían como rayas rojas. Toda la herida tenía un aspecto extraño, y al tacto estaba muy caliente.

—¿Has probado todos los antídotos? —preguntó Agat, apartando su mirada del rostro atormentado del muchacho.

—Todos, Alterra. Eso me recuerda la herida que te hiciste a principios de Otoño, cuando te subiste a aquel árbol siguiendo a un *klois*. ¿Lo recuerdas? Quizás ellos hacen algún veneno de la sangre o las glándulas de klois. Tal vez estas heridas se curen como se curó aquélla. Sí, aquí está la cicatriz. Cuando él era un muchacho como éste —explicó Wattock a Seiko y a Rolery—, subió a un árbol persiguiendo a un klois, y aunque sólo se hizo ligeros arañazos, se le hincharon, se puso caliente y enfermó. Pero en pocos días se curó.

—Éste no se pondrá bien —dijo Rolery a Agat en voz baja.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, yo… Solía mirar a la mujer-medicina de mi clan. Aprendí algunas cosas… Esas rayas de su pierna son lo que ellos llamaban senderos de la muerte.

—¿Conoces pues este veneno, Rolery?

—No creo que sea veneno. Cualquier herida profunda puede hacer eso. Incluso una herida pequeña que no sangre, o que se ponga sucia. Es el demonio del arma…

—Eso es superstición —terció el anciano curandero con orgullo.

—A nosotros no nos afecta el demonio del arma, Rolery —le explicó Agat, apartándola del indignado doctor en un gesto más bien defensivo—. Tenemos…

—¡Pero el muchacho y Pilotson Alterra lo tienen! ¡Mira!

Ella lo llevó a donde uno de los tevaranos heridos estaba sentado, un animoso joven de mediana edad, que de buena gana, mostró a Agat el sitio donde había estado su oreja izquierda antes de que un hacha se la cortara. La herida se estaba curando, pero estaba hinchada, caliente, rezumando…

Inconscientemente, Agat se llevó su mano hacia su propia y

punzante herida en el cuero cabelludo, que él había desatendido.

Wattock los había seguido. Mirando furioso a la inocente hilfa, explicó:

—Lo que estos hilfos llaman «demonio del arma» es, por supuesto, la infección bacteriológica. Tú estudiaste eso en la escuela, Alterra. Como los seres humanos no son susceptibles a la infección por ninguna forma de vida bacteriológica o virus local, el único daño que podemos sufrir es el que se cause a los órganos vitales, la pérdida de sangre o el envenenamiento químico, contra el cual tenemos antídotos.

—Pero ese muchacho se está muriendo, Mayor —replicó Rolery con su voz suave aunque inflexible—. La herida no fue lavada antes de ser cosida.

El anciano doctor se puso rígido de furia:

—¡Vuelve con los tuyos y no me digas cómo se han de cuidar los humanos!

—¡Basta ya! —exclamó Agat.

Silencio.

—Rolery —dijo Agat—. Si aquí pueden prescindir de ti por un momento, creo que será mejor que nos vayamos… —y estuvo a punto de decir: a casa—. Por si podernos cenar algo —terminó vagamente…

Ella no había comido; él se sentó al lado de ella en la Sala de Asamblea, y comió un poco. Luego se pusieron sus abrigos para cruzar a oscuras la Plaza azotada por el viento para dirigirse al edificio del Colegio, donde tenían que compartir el espacio de una aula junto con otra pareja. Los dormitorios de la Sala Vieja eran más cómodos; pero la mayoría de los matrimonios cuya mujer no se había ido al Rimero preferían este ambiente semiprivado siempre que se les permitiera disfrutarlo.

Una mujer estaba dormida profundamente tras una fila de pupitres, acurrucada en su abrigo. Las mesas habían sido puestas de pie y amontonadas para obstruir las ventanas rotas contra las piedras, los dardos y el viento.

Agat y su esposa colocaron sus abrigos en el suelo sin alfombrar para que les sirvieran de cama. Antes de dormirse, Rolery tomó nieve limpia de un antepecho y lavó las heridas de la mano y el cuero cabelludo de él. Le dolió, y él protestó, malhumorado por la fatiga; pero ella le dijo:

—Tú eres Alterra, y no te pondrás enfermo. Esto no te hará daño… No te hará daño…

13. El último día

En su sueño febril, en la fría oscuridad de la polvorienta habitación, Agat habló en voz alta algunas veces, y en cierta ocasión en que ella estaba dormida, él la llamó en sueños, alargando su mano a través del abismo tenebroso, repitiendo su nombre cada vez más en la lejanía. Sus voces interrumpieron el sueño de ella, que se despertó. Aún estaba oscuro.

Pronto llego la mañana. La luz penetró por los lados de las mesas levantadas, y unas rayas blancas cruzaron el techo. La mujer que había estado allí cuando ellos entraron la pasada noche, aún dormía, exhausta; pero la otra pareja, que había dormido sobre una de las mesas para evitar las corrientes, se despertó. Agat se incorporó, miró a su alrededor y dijo con voz ronca y cara afligida:

—La tormenta ha terminado…

Apartando un poco una de las mesas, atisbaron fuera y vieron el mundo de nuevo: la pisoteada Plaza, barricadas semicubiertas por la nieve, las grandes fachadas con persianas, de los cuatro edificios; más allá, tejados cubiertos por la nieve, y un poco de mar. Un mundo blanco y azul, claro y brillante, sombras azules y todas las puntas tocadas por un sol tempranero aparecían bañadas de un blanco deslumbrador.

Era muy hermoso; pero era como si las murallas que los protegían hubieran sido desgarradas durante la noche.

Agat estaba pensando en lo mismo que ella, porque le dijo:

—Será mejor que nos vayamos a la Sala antes de que ellos se den cuenta de que pueden subirse a los tejados y utilizarnos como blanco de sus tiros.

—Podemos emplear los túneles de los sótanos para ir de un edificio a otro —dijo uno de los presentes.

Agat se mostró de acuerdo.

—Eso haremos —dijo—. Pero las barricadas han de ser guarnecidas…

Rolery dio largas un rato, hasta que los otros se hubieron ido, y entonces logró persuadir al impaciente Agat para que le dejara echar un nuevo vistazo a su herida de la cabeza. Había mejorado o al menos no había empeorado. En su rostro aún había las señales de la paliza que le habían propinado sus parientes; las propias manos de ella estaban llagadas de acarrear piedras y tirar de cuerdas, y llenas de úlceras que el frío había empeorado. Descansó sus magulladas manos sobre la magullada cabeza de él, y se echó a reír:

—¡Cómo dos viejos guerreros! —exclamó—. ¡Oh, Jakob Agat! Cuando vayamos al país bajo el mar, ¿tendrás de nuevo tus dientes

perdidos?

Él alzó la vista para mirarla, sin comprender, y trató de sonreír, pero no pudo.

—Quizá cuando un lejosnato muere vuelva a las estrellas…, a los otros mundos —añadió ella, cesando de sonreír.

—No —replicó él, levantándose—. Nos quedamos aquí. Ven, esposa mía.

A pesar de la brillantez del sol, del cielo y de la nieve, el aire del exterior era tan frío que hacía daño al respirar. Al cruzar corriendo la Plaza hasta las arcadas de la Sala de la Liga, un ruido tras ellos les hizo volverse. Agat y Rolery se agacharon, sacando su lanzadardos y se prepararon para echar a correr. Una extraña figura que emitía agudos chillidos pareció traspasar la barricada de un salto y precipitarse de cabeza al otro lado, a pocos metros de ellos: era un gaal, con dos lanzas clavadas entre sus costillas. Los guardianes que había en las barricadas miraron atónitos y gritaron, los arqueros cargaron sus ballestas y alzaron la mirada para ver a un hombre que les gritaba desde una ventana con persianas en la parte este del edificio que se elevaba ante ellos. El gaal muerto boca abajo en la sangrienta nieve pisoteada, en la sombra azul de la barricada.

Uno de los guardianes se acercó corriendo a Agat, gritándole:

—¡Alterra! ¡Debe de ser la señal para un ataque!

Otro hombre, saliendo de pronto por la puerta del Colegio, le interrumpió:

—¡No! ¡Yo lo he visto, lo estaba persiguiendo, por eso gritaba de esa manera…!

—¿Qué has visto?

—¡Corría, tratando de salvar su vida! ¿No lo habéis visto los que estabais en la barricada? No me extraña que gritara. Es blanco y corre como un hombre, con un cuello como… ¡Dios mío! ¡Así, Alterra! Ha bordeado la esquina, tras él, y luego ha dado media vuelta.

—Un demonio de las nieves —dijo Agat, y se volvió hacia Rolery para que ésta se lo confirmara. Ésta, que había oído las cosas que contaba Wold, asintió:

—Blanco y alto, y la cabeza yendo de un lado para otro…

Ella lo imitó al modo horrible como hacía Wold, y e hombre que lo había visto desde la ventana gritó:

—¡Así es!

Agat se subió a la barricada por si podía echar un vistazo al monstruo. Ella se quedó abajo, observando al muerto, quien había estado tan aterrorizado que había corrido hacia las lanzas de sus enemigos para escapar. Ella no había visto nunca a un gaal tan de cerca, porque no se hacían prisioneros, y había estado prestando servicio en el sótano, con los heridos. El cuerpo era corto y delgado,

frotado con grasa hasta que la piel, más blanca aún que la suya, brillaba como si fuera tocino; el grasiento cabello estaba entrelazado con plumas rojas. Mal vestido, con andrajos de fieltro como chaqueta, el muerto yacía con los miembros extendidos debido a su muerte violenta, su rostro oculto como si aún se escondiera de la bestia blanca que le había dado caza. La chica se quedó inmóvil junto a él, en la brillante y helada sombra de la barricada.

—¡Allí! —le oyó gritar a Agat, por encima de ella, en la inclinada y escalonada cara interna del muro, construido con piedras del pavimento y rocas de los acantilados. Él bajó hasta donde estaba ella, sus ojos centelleándole, y se la llevó apresuradamente hasta la Sala de la Liga—. Lo he visto por un segundo mientras cruzaba la calle Otake. Corría y balanceó su cabeza hacia nosotros. ¿Sabes si vienen en manadas?

Ella no lo sabía; sólo lo que le contó Wold de una vez que había matado a un demonio de las nieves con una sola mano, entre las míticas nieves del último Invierno. Ellos llevaron la noticia y plantearon la cuestión en el refectorio que estaba lleno de gente. Umaksuman aseguró que los demonios de las nieves a menudo venían en manadas, pero que los lejosnatos no querrían hacer caso a lo que decía un hilfo, y querrían mirar en sus libros. Y en efecto trajeron un libro que decía que los demonios de las nieves habían sido vistos después de la primera tormenta del Noveno Invierno, corriendo en una manada de doce a quince ejemplares.

—¿Cómo lo dicen los libros? ¿No hacen ningún sonido? ¿Es como el lenguaje mental con que me habláis?

Agat se la quedó mirando. Estaban sentados ante una larga mesa en la Sala de Asamblea, bebiendo la caliente y clara sopa de hierbas que tanto gustaba a los lejosnatos; ti, como la llamaban.

—No… Bueno, sí, un poco. Escucha, Rolery, voy a salir fuera dentro de un minuto. Tú vuelve al hospital. No hagas caso a Wattock. Es un viejo y está cansado. Pero sabe mucho. No cruces la Plaza si tienes que ir a otros edificios. Ve por los túneles. Entre los arqueros gaales y esas criaturas… —Soltó una especie de risa—. ¿Y ahora qué? —le preguntó.

—Jakob Agat, quiero preguntarte…

En el breve tiempo que ella lo conocía, nunca había estado segura de cuántas eran las partes de que se componía su nombre, y qué partes debería usar.

—Escucho —le contestó él con gravedad.

—¿Por qué no habláis mentalmente a los gaales? Decidles que… se vayan. Como tú me dijiste, en la playa, que corriera hacia el Rimero. Como vuestros pastores dicen a los hannes…

—Los hombres no son hannes —repuso él; y a ella se le ocurrió

pensar que él era el único de los lejosnatos que había hablado de los tevaranos, de los lejosnatos y de los gaales, denominando a todos como hombres.

—Esa anciana, Pasfal, ella escuchó a los gaales, cuando el gran ejército se puso en marcha hacia el sur.

—Sí. La gente que tiene ese don y está entrenada puede escuchar, aun a distancia, sin que la mente del otro lo sepa. Eso es un poco como ocurre cuando una persona está entre una muchedumbre, que siente su temor o alegría; y hay más lectura mental que otra cosa, aunque sin palabras. Pero el lenguaje mental y su recepción es diferente. Un individuo no entrenado si tú le hablas, cerrará su mente antes de que sepa que ha oído algo. Especialmente si lo que oye no es lo que él desea o cree Por lo general los no-comunicantes tienen defensas paralelas. De hecho, aprender la comunicación paraverbal es en principio aprender a quebrantar esas defensas.

—¿Pero los animales oyen?

—Hasta cierto punto. Eso es otra de las cosas que se hace sin palabras. Algunas personas tienen el hábito de proyectarse a los animales. Es muy útil para pastores y cazadores. ¿No has oído nunca decir que los lejosnatos eran muy buenos cazadores?

—Sí, por eso los llamamos brujos. Pero entonces, ¿yo soy como un hann? Te he oído.

—Sí, y tú me hablaste a mí una vez, en mi casa. Eso ocurre a veces entre dos personas: no hay barreras, no hay defensas. —Él apuró su taza y alzó la mirada, meditando con tristeza sobre aquel motivo decorativo representaba el sol y los enjoyados mundos circundantes en la larga pared que formaba uno de los lados de la habitación—. Cuando eso ocurre, es necesario que se amen entre sí. Necesariamente… Yo no puedo enviar mi temor u odio contra los gaales. Ellos no me oirían. Pero si lo volviera contra ti, podría matarte. Y tú a mí, Rolery…

Luego vinieron a decirle que lo necesitaban en la plaza, y él tuvo que dejar a Rolery, quien se dirigió a cuidar a los tevaranos que había en el hospital, que era el trabajo que le habían asignado, y también para ayudar al muchacho lejosnato herido: una muerte horrible, cuya agonía se prolongó todo el día. El viejo curandero dejó que cuidara al muchacho. Wattock estaba amargado y furioso, viendo que todos sus conocimientos eran inútiles.

—¡Nosotros los humanos no morimos de vuestra fétida muerte! —exclamó impaciente en cierta ocasión—. ¡Este muchacho nació con algún defecto en la sangre!

Ella no hizo caso a lo que él decía. Ni tampoco el muchacho, que murió entre grandes dolores, agarrándose a su mano.

Trajeron nuevos heridos a aquella grande y tranquila habitación,

de uno en uno y a veces de dos en dos. Sólo por esto sabían ellos que arriba se estaba desarrollando una lucha enconada, allá donde el sol brillaba sobre la nieve. Bajaron a Umaksuman, que había sido derribado y quedó inconsciente por una piedra lanzada con honda por un gaal. Con sus largos miembros, yacía allí majestuoso, y ella se lo quedó mirando con un confuso orgullo: un guerrero, un hermano. Ella creyó que estaba muerto; pero al cabo de un rato él se incorporó, meneando su cabeza, y luego se levantó:

—¿Qué sitio es éste? —preguntó, y ella casi se echó a reír al contestar. Los del linaje de Wold eran duros de morir. Él le contó que los gaales estaban atacando a todas las barricadas, un empuje incesante, como el gran ataque contra la Puerta de Tierra cuando ellos, con todas sus fuerzas, trataron de escalar las murallas subiendo unos a hombros de otros—. Son guerreros estúpidos —explicó, frotándose el gran chichón que tenía sobre su oreja—. Si se suben a los tejados que rodean esta plaza y empiezan a tirarnos flechas, pronto no nos quedarán hombres para defender las barricadas. Lo único que saben es venir corriendo todos a la vez, gritando… —se frotó la cabeza de nuevo, y preguntó—: ¿Qué han hecho con mi lanza? —y volvió a la lucha.

Ya no traían aquí a los muertos, sino que los dejaban en un cobertizo abierto que había en la Plaza hasta que pudieran ser quemados. Si mataban a Agat, ella no se enteraría ahora. Cuando los camilleros venían con un nuevo paciente, ella alzaba la mirada con una secreta esperanza: si traían a Agat herido, era señal de que no estaba muerto. Pero nunca se trataba de él. Se preguntó si podría enviarle un grito a su mente antes de que él muriese, si lo mataban, y si ese grito la mataría también a ella.

A última hora de aquel día interminable trajeron a la anciana llamada Alla Pasfal. Con otros ancianos y ancianas de los lejosnatos, ella había pedido la peligrosa tarea de llevar armas a los defensores de las barricadas, lo cual significaba atravesar corriendo la Plaza expuesta a los disparos del enemigo. Una lanza gaal le atravesó la garganta de lado a lado. Wattock pudo hacer muy poco por ella. Allí, pequeña, ennegrecida, la vieja mujer yació moribunda entre hombres jóvenes. Atraída por su mirada, Rolery se acercó a ella, llevando en sus manos una jofaina llena de vómitos de sangre. Aquellos ojos envejecidos la miraron oscuramente, con dureza, tan impenetrables como una roca, y Rolery le devolvió la mirada, aunque eso no era una cosa que su pueblo hiciera.

La vendada garganta habló con débil ronquera, la boca se retorció.

Romper las propias defensas…

—¡Escucho! —le dijo Rolery en voz alta, con la frase formal de su

pueblo, con voz temblorosa.

«Se irán —dijo en su mente la voz cansada y débil de Alla Pasfal —. Tratarán de seguir a los otros que van camino del sur. Nos temen a nosotros, a los *demonios* de las nieves, y a nuestras casas y calles. Tienen miedo. Se irán después de este ataque. Dile a Jakob que puedo oír, que puedo oírles. Dile a Jakob que se irán… mañana…»

—Se lo diré —contestó Rolery, echándose a llorar. Inmóvil, callada, la moribunda se la quedó mirando con ojos que parecían piedras negras.

Rolery volvió a su tarea, porque los heridos necesitaban ser atendidos y Wattock no tenía otros ayudantes. Y ¿de qué serviría salir en busca de Agat allá entre la nieve manchada de sangre, con tanto ruido y apresuramiento, para decirle, antes de que lo mataran, que una vieja loca había asegurado que ellos sobrevivirían?

Siguió trabajando mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Uno de los lejosnatos, gravemente herido pero aliviado por la maravillosa medicina que Wattock empleaba, una bolita que, tragada, hacía que el dolor disminuyera o cesara, le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Se lo preguntó somnoliento, con curiosidad, como un niño se lo preguntaría a su madre.

—No lo sé —respondió Rolery—. Procura dormir.

Pero ella sabía, aunque vagamente, que estaba llorando porque la esperanza era tan intolerablemente dolorosa, que quebrantaba la resignación con la cual ella había vivido durante días; y el dolor, puesto que ella era sólo una mujer, le hacía llorar.

No había manera de saberlo aquí abajo, pero el día debería de estar terminando, porque Seiko Esmit vino trayendo una bandeja con comida caliente para ella y Wattock y aquellos heridos que podían comer. Seiko esperó para llevarse de nuevo los cuencos, y Rolery le dijo:

—Aquella anciana, Pasfal Alterra, ha muerto.

Seiko se limitó a asentir con un movimiento de cabeza. Su cara estaba rígida y tenía un aspecto extraño, y dijo en voz alta:

—Están disparando tizones y arrojando objetos ardiendo desde los tejados. No han podido irrumpir, de modo que van a quemar los edificios y los almacenes y entonces todos moriremos de hambre con el frío. Si la Sala se incendia quedaréis atrapados aquí. Moriréis quemados vivos.

Rolery comió su ración de alimento y no contestó. Las gachas de bhan calientes habían sido sazonadas con jugo de carne y yerbas troceadas. Los lejosnatos sufriendo un asedio eran mejores cocineros que su pueblo en medio de la abundancia de Otoño. Ella acabó su cuenco, y también la mitad del contenido de otro cuenco que había

dejado un herido, y un par de restos, y devolvió la bandeja a Seiko, lamentando que no hubiera habido más.

Nadie bajó durante mucho rato. Los hombres dormían y gemían en su sueño. La atmósfera era cálida; el calor de las llamas de gas se elevaba a través de las rejillas que hacían aquel lugar tan cómodo como una tienda campaña calentada por el fuego. Y entre la respiración de los hombres, Rolery podía oír el tic, tic, tic de aquellas cosas redondas que había en las paredes, y éstas, así como las cajas de cristal apoyadas contra la pared, y las altas filas de *libros,* arrancaban destellos dorados y castaños a la luz suave y continua de las llamaradas de gas.

—¿Le has dado el analgésico? —le preguntó en voz baja Wattock: y ella se encogió de hombros queriendo decir que sí, levantándose de al lado de uno de los hombres.

El viejo curandero parecía medio Año más viejo de lo que era, mientras se sentaba en cuclillas junto a Rolery frente a una mesa para cortar vendas, de las cuales ya andaban escasos. A Rolery le parecía que era un gran doctor. Para complacerle en vista de su fatiga y desánimo le preguntó:

—Mayor, si no es el «demonio del arma» el que hace que una herida se pudra, ¿qué es entonces?

—¡Oh…, criaturas! Bestezuelas, animalitos demasiado pequeños para que se los pueda ver. Sólo podría enseñártelos con ayuda de un cristal especial, como aquel que hay en aquella caja. Viven casi en todas partes; están en las armas, en el aire, en la piel. Si se meten en la sangre, el cuerpo los resiste y la batalla es lo que causa la hinchazón y todo eso. Es lo que dicen los libros. No es que me haya importado nunca a mi como médico.

—¿Y por qué esas criaturas no muerden a los lejosnatos?

—Porque no les gustan los extranjeros. —Wattock soltó un bufido ante este pequeño chiste—. Somos extranjeros, ya lo sabes. Ni siquiera podemos digerir el alimento aquí a menos que tomemos periódicamente dosis de ciertos enzimoides. Tenemos una estructura química que es ligeramente diferente a la forma orgánica local, y eso se muestra en el citoplasma. Tú no sabes lo que es eso. Bueno, significa que estamos hechos de una forma ligeramente diferente a los hilfos.

—¿Por eso ustedes tienen la piel oscura y nosotros clara?

—Bueno, eso no tiene importancia. Son variaciones completamente superficiales, el color y la estructura del ojo y todo ello. No, la diferencia se halla en un nivel inferior, y es muy pequeña, una molécula en la cadena hereditaria —explicó Wattock con agrado, animándose mientras hablaba—. Y ella no es causa de grandes divergencias con el tipo hominal común de vosotros, los hilfos, tal

como escribieron los primeros colonos, y ellos estaban bien enterados. Pero eso significa que nosotros no podemos cruzarnos con vosotros, o digerir el alimento orgánico local sin ayuda, o reaccionar a vuestros virus… Aunque la verdad es que todo eso del enzimoide tiene algo de exageración. Es parte del esfuerzo por hacer lo mismo que hizo la primera generación. Para algunos es pura superstición. Yo he visto personas que han vuelto de largas expediciones de caza, o a los refugiados de Atlantika la pasada Primavera, que no habían sido inyectados ni tomado una píldora de enzimoides en dos o tres fases lunares, y a pesar de ello digerían los alimentos. La vida tiende a adaptarse, al fin y al cabo.

Y al decir esto Wattock puso una expresión muy extraña, y la miró fijamente. Ella se sintió culpable, ya que no tenía la menor idea de lo que él le había explicando, pues ninguna de las palabras clave eran palabras de su idioma.

—¿La vida, qué…?—preguntó tímidamente.

—Se adapta. Reacciona. ¡Cambia! Si se le da la suficiente presión, y con las generaciones suficientes, la adaptación favorable tiende a prevalecer… Si la radiación solar actuara a la larga como una especie de norma bioquímica local…, todos los niños nacidos muertos y los abortos no serían entonces más que superadaptaciones o quizá la incompatibilidad entre la madre y un feto normalizado… —Wattock se detuvo agitando sus tijeras y se inclinó para trabajar de nuevo; pero en seguida alzó de nuevo el rostro para mirar con aquel modo extraño e intenso, murmurando—: ¡Extraño, extraño, extraño!… Eso implicaría, bueno, que el cruce fertilizador podría tener lugar.

—Escucho de nuevo —murmuró Rolery.

—¡Que de los matrimonios entre hombres e hilfas podrían nacer hijos!

Esto sí que lo comprendió ella al final, aunque no entendió si lo que él había dicho era un hecho, un deseo, o un sueño.

—Mayor —dijo—. Soy demasiado estúpida para oírle.

—Tú lo comprendes muy bien —dijo una voz débil allí cerca: la de Pilotson Alterra, que se había despertado—. ¿Así que crees que nos hemos convertido finalmente en la gota que queda en el cubo, Wattock?

Pilotson se había incorporado apoyándose en el codo. Sus ojos negros brillaban en un rostro demacrado, acalorado y sombrío.

—Si tú y algunos de los otros tenéis heridas infectadas, entonces ese hecho ha de tener una explicación.

—¡Maldita sea la adaptación, entonces! ¡Malditos el cruzamiento y la fertilidad! —exclamó el enfermo, y se quedó mirando a Rolery—. Mientras fuimos fieles a nosotros mismos, sólo nos cruzamos entre nosotros y fuimos Hombres. Exiliados, Alterranos, humanos. Fieles al

conocimiento y las Leyes del Hombre. Ahora, si podemos cruzarnos con los hilfos, la gota de nuestra sangre humana se perderá antes de que pase otro Año. Diluida, disminuida hasta llegar a la nada. Nadie sabrá poner en funcionamiento estos instrumentos, o leer esos libros. Los nietos de Jakob Agat se sentarán para entrechocar dos piedras y gritar, hasta el fin de los tiempos… ¡Malditos seáis, bárbaros estúpidos! ¿No podéis dejarme a solas? ¿Dejarme en paz?

Estaba temblando por la fiebre y la furia. El viejo Wattock, que había estado manejando uno de aquellos pequeños dardos huecos, llenándolo, alargó la mano con su suave habilidad característica y pinchó al pobre Pilotson en el antebrazo.

—Échate, Huru —le dijo, y poniendo cara de aturdimiento el herido obedeció—.

A mí no me importa morir de vuestras sucias infecciones —prosiguió Pilotson, con voz cada vez más pastosa—; pero llevaos a vuestros sucios críos, lleváoslos fuera de aquí, lejos de la… ciudad.

—Esto lo mantendrá tranquilo por un rato —dijo Wattock, suspirando.

Se sentó en silencio mientras que Rolery continuaba preparando vendas. Ella era diestra y rápida haciendo tal trabajo. El anciano doctor la observó con cara melancólica.

Cuando ella se incorporó para estirar su espalda, vio que el anciano también se había quedado dormido, un oscuro bulto de piel y huesos acurrucado en un rincón tras la mesa. Ella siguió trabajando, preguntándose si había comprendido lo que él le dijo, y si lo habría dicho en serio: que ella podría tener un hijo de Agat.

Se había olvidado totalmente de que Agat muy bien pudiera estar ya muerto, tal como se iban desarrollando los acontecimientos. Permaneció allí sentada entre hombres heridos y durmientes, bajo las ruinas de una ciudad llena de muertos, y meditó en silencio sobre las cosas de la vida.

14. El primer día

El frío se hizo más intenso en cuanto llegó la noche. La nieve, que se había derretido bajo el sol, se congeló, formándose un hielo muy resbaladizo. Ocultos en los tejados cercanos o en las buhardillas, los gaales arrojaban sus flechas con las puntas untadas, que al salir disparadas y atravesar la fría atmósfera vespertina parecían pájaros. Los tejados de los cuatro edificios sitiados eran de cobre, los muros de piedra, por lo tanto en ellos no ardía el fuego. Los ataques contra las barricadas cesaron, y ya no fueron arrojadas más flechas o tizones encendidos. De pie ante una barricada, Jakob Agat miró hacia las calles cada vez más oscuras que estaban solitarias entre los sombríos edificios.

Al principio los hombres que estaban en la Plaza aguardaron un ataque nocturno, porque los gaales estaban ya francamente desesperados; pero cada vez iba haciendo más y más frío. Al final Agat ordenó que se mantuviera sólo la mínima vigilancia, y permitió que la mayoría de los hombres fueran a que les curaran sus heridas, comieran y descansaran. Si ellos estaban exhaustos, también lo debían de estar los gaales, y ellos por lo menos estaban vestidos contra el frío, mientras que los gaales no. Ni siquiera la desesperación lanzaría a los nórdicos en esta horrible noche iluminada sólo por las estrellas, con sus escasos andrajos de piel y fieltro. Así que los defensores pudieron dormir, muchos en sus puestos, o acurrucados en las salas y junto a las ventanas de edificios calientes. Y los sitiadores, sin alimentos, se apretujaban alrededor de las hogueras encendidas en habitaciones de piedra de altos techos; y sus muertos yacían rígidos sobre la costra de hielo delante de las barricadas.

Agat no tenía ganas de dormir. No podía entrar en los edificios, dejando la Plaza donde ellos habían estado luchando durante todo el día en defensa de su vida, y que ahora estaba tan tranquila bajo las constelaciones de Invierno: el Árbol, la Flecha, y el Carril de las Cinco Estrellas, así como la Estrella de Invierno orgullosas por encima de los tejados allá por la parte del este: las estrellas del Invierno. Parecían cristales encendidos en la profunda y fría negrura de lo alto.

Él sabía que ésta sería la última noche, su propia última noche, o la de su ciudad, o la última noche de lucha, de lo que fuera, eso él no lo sabía. Conforme fueron pasando las horas, y la Estrella de Nieve se elevó, y un silencio total reinó en la Plaza y en las calles que la rodeaban, empezó a sentir una especie de gozo. Todos dormían, todos los enemigos que había dentro de los muros de la ciudad, y parecía como si él fuera el único que estuviera desvelado; como si la ciudad, con todos sus durmientes y muertos perteneciera a él solo. Ésta era su

noche.

Y no quería pasarla en una trampa dentro de una trampa. Dando aviso al adormilado guardián, se subió a la barricada de la calle Esmit, y saltó al otro lado.

—¡Alterra! —le llamó alguien con un murmullo ronco; él se volvió e hizo gesto de que mantuvieran una cuerda lista para él para que cuando volviera pudiese subir por ella, y prosiguió, justo por el centro de la calle. Tenía una convicción de su invulnerabilidad, y de que discutirla habría sido señal de mala suerte. Él la aceptaba, y caminó calle arriba entre sus enemigos como si estuviera dando un paseo después de cenar.

Pasó junto a su casa, pero no se volvió para mirarla. Las estrellas se eclipsaban tras las negras agujas de los tejados y reaparecían, sus reflejos reluciendo en *el* hielo que había a sus pies. Cerca del extremo superior de la calle, ésta se estrechaba y volvía un poco entre casas que habían estado deshabitadas desde antes que Agat naciera, y luego se abría de improviso a una plazuela bajo la Puerta de Tierra. Las catapultas seguían estando allí, en parte destruidas y desmanteladas por el fuego que les prendieron los gaales, cada una de ellas con un montón de piedras a su lado. El alto portalón había sido abierto y luego vuelto a cerrar, y ahora parecía atrancado. Agat subió las escaleras de una de las torres de la puerta hasta un puesto de guardia en la muralla; recordó que él había mirado hacia abajo desde aquel sitio poco antes de que empezara a nevar, en el momento culminante de la batalla contra el conjunto de los gaales, una rugiente marea de hombres parecida a la marea que subía allá en la playa. De haber tenido más escaleras, los gaales habrían acabado con todos ellos aquel día… Ahora nada se movía; nada hacía el menor ruido. Nieve, silencio, luz de estrellas sobre la ladera y los muertos, árboles cargados de nieve que la coronaban.

Miró hacia atrás en dirección oeste, contemplando en su conjunto la Ciudad de Exilio; un pequeño racimo de tejados que descendían desde este alto puesto en la muralla hasta el acantilado marino. Sobre aquel puñado de piedras las estrellas se movían lentamente hacia el oeste. Agat se quedó inmóvil, sintiendo frío a pesar de su vestimenta de cuero y pieles gruesas, tarareando bajito una jiga.

Finalmente sintió los efectos del cansancio del día, y descendió de aquel punto elevado. Los escalones estaban helados. Resbaló *en* el penúltimo y no cayó al suelo porque se agarró a la rugosa piedra del muro, y aún tambaleándose se dio cuenta de que algo se había movido al otro lado de la plazuela.

En el negro abismo de una calle que se abría entre dos filas de casas, algo blanco se movió, un ligero movimiento ondulante como una ola vista en la oscuridad. Agat se quedó mirando perplejo,

aturdido. Luego aquello salió al gris confuso de la luz de las estrellas: una figura alta, delgada y blanca que corría hacia él rápidamente como un hombre corre, la cabeza sobre el cuello largo y curvado balanceándose un poco de un lado a otro. Y al acercarse hizo un ruido como de un resuello, como gorjeante.

Él no había dejado de tener en sus manos su lanzadardos, pero su mano estaba rígida por la herida de ayer, y el guante le estorbaba: disparó y el dardo hizo blanco, pero aquel monstruo ya había caído sobre él, los cortos antebrazos terminados en garras, alargados, la cabeza hacia delante con su movimiento cambiante y oscilante, una boca redonda muy abierta que enseñaba los dientes. Él se agachó rápidamente en un esfuerzo para hurtar su cuerpo a la primera arremetida de aquel monstruo y de su mordedura; pero éste fue más rápido que él y se agachó también agarrándole, y él sintió las garras de aquellos bracitos de apariencia débil que desgarraban el cuero de sus vestiduras y cayó al suelo sin poderse librar de aquella sujeción. Una terrible fuerza le echó hacia atrás la cabeza, dejando al descubierto su garganta, y vio a las estrellas arremolinarse en el cielo muy por encima de él y apagarse.

Y luego trató de incorporarse en manos y rodillas, sobre piedras heladas, junto al grande y ensangrentado bulto de piel blanca que se crispaba y temblaba. Cinco segundos necesitó el veneno de la punta del dardo para actuar, y casi había sido un segundo de más. La boca redonda aún se cerraba y abría, las piernas, con sus pies anchos y planos que parecían raquetas bombeaban como si el fantasma de las nieves siguiera andando. Los demonios de las nieves cazaban en manadas, recordó Agat de repente, mientras trataba de recobrar el aliento y dominar sus nervios. Los demonios de la nieve cazaban en manadas… Volvió a cargar su arma torpe, aunque metódicamente, y, cuando la tuvo lista, emprendió el camino calle Esmit abajo, no corriendo, no fuera a resbalar en el hielo, ni andando a zancadas. La calle seguía solitaria, y serena, y le pareció muy larga.

Pero al acercarse a la barricada, iba silbando otra vez.

Estaba profundamente dormido en una habitación del Colegio, cuando el joven Shevik, su mejor arquero, vino a despertarle, susurrando de modo apremiante:

—Ven, Alterra, ven, despiértate. Tienes que venir…

Rolery no había venido durante la noche; los otros que estaban en la habitación seguían dormidos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —preguntó Agat con voz entrecortada, levantándose y poniéndose apresuradamente su destrozado abrigo.

—Ven a la Torre —fue todo lo que Shevik le dijo.

Agat le siguió, al principio con docilidad, luego, ya despertado del

todo, empezando a comprender. Cruzaron la Plaza, gris por la primera luz mortecina, subieron corriendo las escaleras circulares de la Torre de la Liga, y echaron un vistazo sobre toda la ciudad. La Puerta de Tierra estaba abierta.

Los gaales se habían reunido allí y estaban saliendo por ella. Era difícil verlos a la media luz de antes de la salida del sol; serían entre mil y dos mil, calcularon los hombres que observaron con Agat, aunque era difícil decirlo. Sólo eran manchas borrosas en movimiento bajo las murallas y sobre la nieve. Salieron por la puerta en fila india o en grupos, desapareciendo uno tras otro bajo la puerta y reapareciendo luego más allá, en la ladera de la colina, iban a paso ligero en una larga línea irregular, en dirección sur. Antes de que hubieran ido muy lejos, la débil luz y los pliegues de la colina los ocultaron; pero antes de que Agat cesara de observar, el horizonte hacia el este había empezado a ponerse brillante, y un frío resplandor alcanzó a la mitad del cielo.

Las casas y las empinadas calles de la ciudad estaban muy tranquilas bajo la luz de la mañana.

Alguien empezó a tocar la campana, justo encima de sus cabezas, en la torre que allí se elevaba, un constante y rápido clamor y estruendo de bronce sobre bronce que aturdía. Tapándose los oídos con las manos, los hombres que había en la torre bajaron corriendo, encontrándose con otros hombres y mujeres a mitad de camino. Todos rieron y gritaron detrás de Agat, y lo alcanzaron; pero éste bajó corriendo las escaleras de piedra, el insistente júbilo de la campana aún martilleándole, y se dirigió a la Sala de la Liga. En aquella enorme, atestada y ruidosa habitación donde los soles dorados flotaban en las paredes y los años y Años eran explicados en esferas de oro, él buscó al ser extraño, a la forastera, a su esposa. Finalmente la encontró, y tomando sus manos le dijo:

—¡Se han ido! ¡Se han ido! ¡Se han ido!

Todos le gritaban a él, y se gritaban entre sí, riendo y llorando. Al cabo de un minuto le dijo a Rolery:

—Ven conmigo. Vamos al Rimero.

Inquieto, exultante, aturdido, quería estar en movimiento, salir de la ciudad y asegurarse de que era de ellos otra vez. Nadie había salido de la Plaza todavía, y cuando ellos cruzaron la barricada del oeste, Agat sacó su lanzadardos.

—Corrí una aventura ayer noche —explicó a Rolery.

Y ella, mirando el rasgón en su abrigo, le dijo:

—Ya lo sabía.

—Lo maté.

—¿Un demonio de las nieves?

—Exacto.

—¿Tú solo?

—Sí. Sólo estábamos los dos, por suerte.

La mirada solemne de la cara de ella mientras se apresuraba por seguir el mismo paso que Agat hizo que él riera de placer.

Salieron a la calzada, corriendo contra el viento helado entre el cielo brillante y las aguas oscuras y espumosas.

La noticia, por supuesto, ya había llegado allí, por el sonido de la campana y el lenguaje mental, y el puente levadizo del Rimero fue bajado tan pronto como Agat se acercó a él. Hombres y mujeres, y niños soñolientos acurrucados en pieles, salieron corriendo a su encuentro, con más gritos, preguntas y abrazos.

Tras las mujeres de Landin, las mujeres de Tevar se quedaron rezagadas, temerosas y tristes. Agat vio que Rolery se dirigía a una de ellas, una joven con el pelo enmarañado y cara manchada de barro. Casi todas ellas se habían cortado el pelo y parecían desaliñadas y sucias, así como los pocos hombres hilfos que se habían quedado en el Rimero. Un poco disgustado por este desagradable espectáculo en esta brillante mañana de victoria, Agat habló a Umaksuman, que había venido para reunir a los de su tribu. Se detuvieron en el puente levadizo, bajo la pared vertical del fuerte negro. Hombres y mujeres hilfos se habían reunido alrededor de Umaksuman, y Agat alzó su voz para que todos le pudieran oír:

—Los hombres de Tevar defendieron nuestras murallas junto con los hombres de Landin. Sean bienvenidos e invitados a quedarse con nosotros o a irse si quieren, a vivir con nosotros o a dejarnos, como quieran. Las puertas de nuestra ciudad están abiertas para vosotros durante todo el Invierno. Sois libres de salir, pues, pero bienvenidos dentro de ellas.

—Escucho —dijo el nativo, inclinando su cabeza rubia.

—Pero, ¿dónde está Wold, el Mayor? Quería decirle…

Entonces Agat se fijó en las caras cubiertas de ceniza y las cortadas cabelleras, comprendiendo. Estaban de luto. Y entonces recordó la muerte de sus amigos, de sus parientes, y dejó de sentir la arrogancia de la victoria.

Umaksuman le dijo:

—El Mayor de mi Linaje pasó bajo el mar con sus hijos que murieron en Tevar. Ayer se fue. Estaban preparando el fuego del amanecer cuando oyeron la campana y vieron que los gaales se iban hacia el sur.

—Yo velaré este fuego —contestó Agat, pidiendo permiso a Umaksuman.

Los tevaranos vacilaron, pero un anciano que estaba a su lado dijo con firmeza:

—La hija de Wold es la esposa de éste: tiene el derecho del clan.

Lo dejaron acercarse, con Rolery y todos los que habían quedado de su pueblo, hasta una alta terraza en el exterior de una galería en la parte del Rimero que daba al mar. Allí sobre una pira de leña partida yacía el cadáver del anciano, deformado por la edad y poderoso, envuelto en un paño rojo, el color de la muerte. Un niño acercó la antorcha y las llamas se elevaron, rojas y amarillas, sacudiendo el aire, empalidecido por la fría primera luz del sol. La marea rechinaba al descender, atronando allá abajo en las rocas al pie de murallas negras cortadas a pico. Al este, sobre las colinas de la cordillera de Askatevar, y al oeste, sobre el mar, el cielo estaba claro; pero hacia el norte se veía una mancha azulina: el Invierno.

Cinco mil noches de Invierno, cinco mil días de lo mismo: el resto de su juventud y quizás el resto de sus vidas.

De nuevo aquella distante y azulada oscuridad en el norte indicaba que no había habido ningún triunfo. Los gaales parecían una pequeña fuga de sabandijas, ya ida, huyendo ante el verdadero enemigo, el verdadero señor, el señor blanco de las Tormentas. Agat permaneció de pie junto a Rolery frente al fuego que ya se extinguía, en aquel alto fuerte cercado por el mar, y a él le pareció que la muerte del anciano y la victoria del joven eran la misma cosa. Ni la pena ni el orgullo suponían tanto para ellos como el gozo, el gozo que temblaba en el viento frío entre el cielo y el mar, brillante y breve como el fuego. Éste era su fuerte, su ciudad, su mundo; éste era su pueblo. Él no era un exiliado aquí.

—Vamos —le dijo a Rolery mientras el fuego se apagaba en cenizas—. Vamos. Vayamos a casa.

Fin